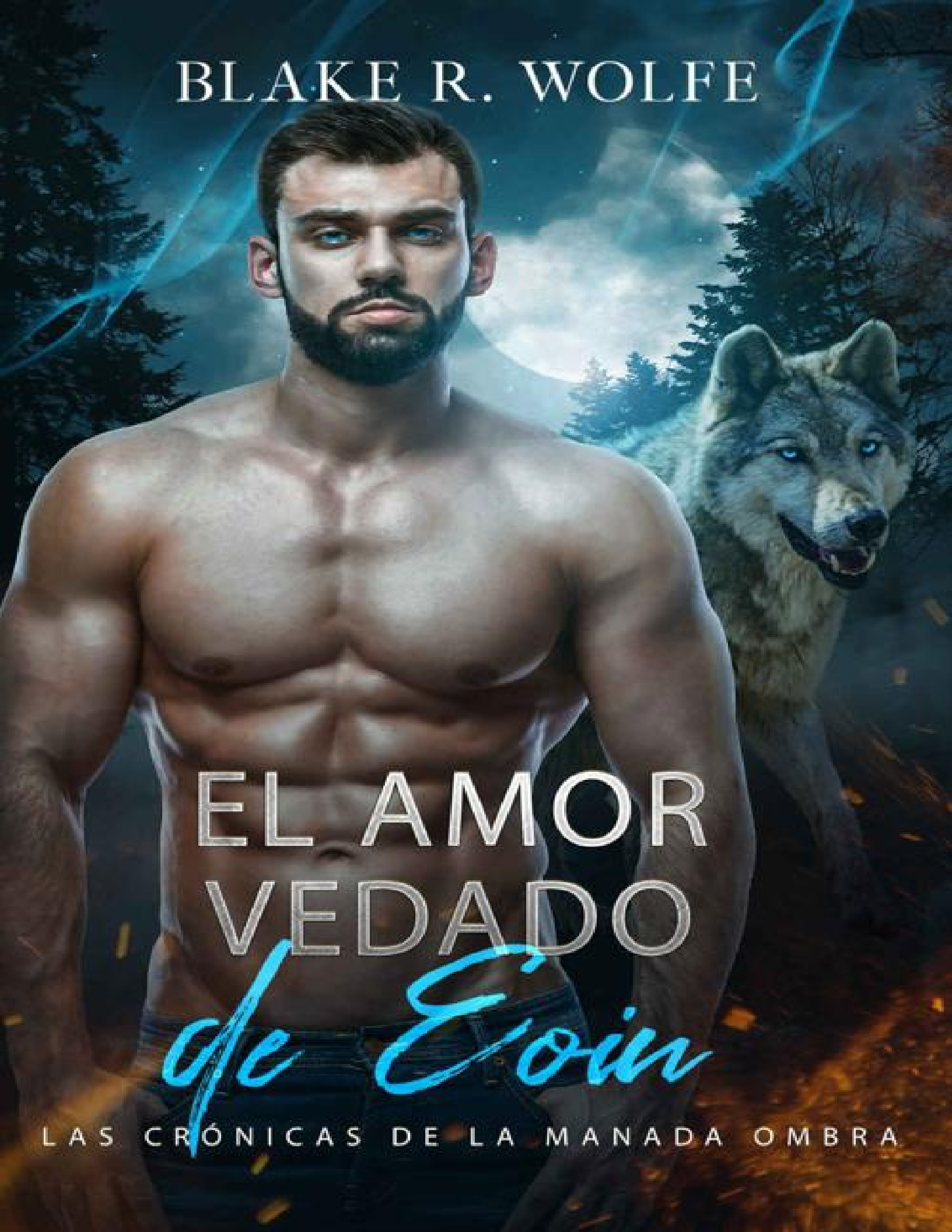




BLAKE R. WOLFE

EL AMOR
VEDADO

de Eoin

LAS CRÓNICAS DE LA MANADA OMBRA

El Amor Vedado de Eoin
Las Crónicas de la Manada Ombra #4

Blake R. Wolfe

UwU Publishing



Copyright © 2024 UwU Publishing

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Cover design by: UwU Publishing
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Introducción

Hola, lector, y bienvenido al libro número 4 de Las Crónicas de la Manada Ombra. Eoin es un recién llegado a este grupo de hombres lobo, pero tengo el presentimiento de que vas a adorar su historia.

En la universidad, hice un extenso trabajo de investigación sobre el grafiti para mi clase de historia del arte y, déjame decirte, la cultura es fascinante y el arte es hermoso. En este libro, quise rendir homenaje a esa cultura y a lo que significa para algunas personas, al mismo tiempo que ofrezco a mis lectores una hermosa historia de amor. Al igual que en la vida real, el amor puede ser un poco accidentado a veces. Pero si tenemos suerte, ¡todo sale bien al final!

Sin más preámbulos, ¡empecemos con el espectáculo!

Si deseas recibir actualizaciones de Blake sobre próximos lanzamientos, puedes unirte a su boletín en www.blakerwolfe.com

Uno: Eoin

Pintar un enorme pene arcoíris en la fachada de la oficina del alcalde no era algo que los hombres lobo típicamente hicieran en luna llena. Pero después de los comentarios de mierda que ese imbécil había hecho en las noticias más temprano, era lo que se merecía.

Mis sentidos de lobo estaban en máxima alerta mientras metía la mano en mi bolsa para sacar otra lata de aerosol. La luz de la farola proyectaba apenas un tenue resplandor amarillento que me permitía distinguir las tapas de colores en su interior. Incluso en forma humana, casi podía sentir mis orejas girando, escuchando atentamente los sonidos de la ciudad oscurecida a mi alrededor.

Me estaba arriesgando mucho.

Pero su discurso había sido homofóbico, por decir lo menos. Y yo, siendo platino gay, no apreciaba sus opiniones. Especialmente cuando las usaba para incitar encubiertamente el odio contra personas como yo. No me importaba si eran humanos o lobos; los gays teníamos que mantenernos unidos. No todos tenían el beneficio de súper sentidos o una mochila llena de pintura en aerosol. Así que me tomé la tarea de transmitir el mensaje.

La pintura de esta noche era solo mi firma; mi apodo desplegado en su oficina en un arcoíris de colores con forma de pene gigante.

¿Pensaba que esto acabaría con el odio? No, por supuesto que no. Pero, ¿nos haría sentir mejor a mí y a varios otros como yo sobre lo que estaba pasando? Probablemente. No es como si pudiéramos llamar a la policía para denunciar al alcalde por decirle a la gente que no merecíamos derechos. Nuestra única forma de luchar era a través de la protesta, que estaba convencido de que no funcionaba, o la guerra de guerrillas sutil. Y yo elegí lo segundo. La pintura siempre había sido mi método, y las latas de aerosol simplemente llegaban a mis manos de forma natural.

Además, ser un hombre lobo significaba que nunca me atrapaban.

Nadie estaba vigilando las cámaras de seguridad en busca de un perro vagando por la calle. Por supuesto, si miraran más de cerca, notarían que llevaba una mochila en el hocico. Ahí es donde guardaba mi ropa, mi máscara y mis pinturas. Podía desnudarme en cualquier lugar, llevar la bolsa como lobo a los lugares más seguros, transformarme para hacer mi trabajo y volver a transformarme para irme. Era perfecto.

Y estar por mi cuenta significaba que nunca tenía que preocuparme de que alguien más compartiera la culpa conmigo. Era el plan perfecto. Eso, más el trabajo diurno más aburrido y convencional del mundo, significaba que era imparable.

Terminé de pintar con aerosol la última letra, dando un paso atrás para admirar mi obra. A lo largo de la pared, en un arcoíris con forma de pene en estilo salvaje, estaba mi apodo MONSTERA. Un poco obvio, pero también podía confundirse con una planta, lo cual me gustaba. ¿Era un vagabundo amante de las plantas o un monstruo? Nadie lo sabría nunca, ¿verdad?

Después de mirar por unos momentos, decidí que necesitaba algunos retoques más. Y el semen, no podía olvidarme de eso. Quería que salpicara sobre la puerta principal. De esa manera, todos

los que pasaran tendrían que verlo. Después de eso, cubriría todo con sellador. Al ser un edificio de ladrillo, la pintura ya sería difícil de quitar. Pero con una capa de sellador, se necesitarían productos químicos fuertes para eliminarla, dañando la fachada de la oficina al mismo tiempo. Quería que la evidencia permaneciera durante meses o incluso años.

Normalmente, no era del tipo que destruía propiedades con mi trabajo. Me gustaba hacer tags, pero nunca en propiedad privada o con la intención de destruir. Por lo general, me limitaba a los pasos elevados de las autopistas, la parte trasera de las señales de tráfico, los buzones de correos y los postes de luz. Pero esto era personal, y sabía cómo hacerlo durar.

Empecé a pintar de nuevo, volviendo a repasar para darle más cuerpo a las letras, añadiendo toques al tag para darle algunas cualidades de mural. Más de una vez tuve que ocultarme en la esquina del edificio cuando pasaba un coche en plena noche. Era finales de otoño, y la temporada turística había terminado, así que el pueblo estaba prácticamente muerto después de la hora de la cena de todos modos. Eso facilitaba mi trabajo.

Sin embargo, estaba justo terminando el bastante expresivo pene cuando escuché el crujido de la grava detrás de mí.

Me di la vuelta, listo para correr si era necesario. Por encima de mi máscara, vi una figura oscura de pie en el lado opuesto de la calle, apoyada contra uno de los postes de luz. Levanté la nariz al aire, olfateando en busca de alguna pista sobre quién o qué estaba observando. Yo no era el único hombre lobo en este pueblo.

En el momento en que inhalé, la brisa cambió, y sentí que todo mi cuerpo se estremecía, un calor floreciendo en mi pecho. El aroma era definitivamente masculino y humano, el cálido olor a cuero lleno de notas florales. Penetró en mi cerebro, haciendo que todo se volviera repentinamente nebuloso. No podía pensar con claridad. De hecho, me encontré dando un paso adelante, como en esos viejos dibujos animados de Bugs Bunny, impulsado por este olor embriagador. Nunca había conocido a un humano que oliera así.

Sin embargo, solo había dado unos pocos pasos antes de finalmente sacudirme. Me quedé mirándolo, tratando de entender cómo coño me había puesto tan excitado de repente. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi polla estaba dura como una roca, presionando contra la tela de mis pantalones de chándal oscuros. Incluso bajo la tenue luz de las farolas, tenía que ser increíblemente obvio. No era poca cosa en el departamento de penes, y considerando que no traía ropa interior en estos viajes, era aún más evidente.

El tipo simplemente continuó mirando, sus ojos recorriendo mi cuerpo y aterrizando directamente en mi entrepierna. Sus ojos se abrieron de par en par, y esperaba que saliera corriendo, pero en su lugar, simplemente siguió mirando, devorándome con la mirada de pies a cabeza.

Una ola de lujuria me invadió, mi corazón latiendo salvajemente en mi pecho. La sangre palpitaba en mis oídos, y el mundo a mi alrededor se desvaneció. Todo lo que quería hacer era cruzar la calle y agarrarlo por las solapas, forzando mi lengua en su garganta. Después de eso, haría lo que él me permitiera. Lo único que sabía era que quería arrasar su cuerpo y marcarlo como mío.

Y eso no era algo que hubiera sentido antes. Claro, había tenido mis encuentros casuales, pero follar con un extraño en una calle oscura era nuevo incluso para mí. No era algo que me diera ganas de hacer, y parecía un poco repentino.

Pero había algo en este tipo...

Sacudiendo la cabeza en un vano intento de aclarar mis pensamientos,forcé a mis pies a llevarme de vuelta al frente de la oficina del alcalde. Tiré mi lata de pintura en la mochila y la

cerré, echándomela al hombro. Pero mi corazón seguía latiendo con fuerza, y aún no podía irme. Lancé otra mirada al hombre, que seguía mirando en silencio.

—¿Qué coño estás mirando? —gruñí, agarrándome la polla en una muestra adolescente de dominancia.

Él no respondió nada.

Con un bufido de fastidio, doblé la esquina del edificio hacia el callejón oscuro para poder transformarme. Claramente, estaba demasiado cachondo para andar por la ciudad. Me ocuparía de eso cuando llegara a casa. Pero algo en ese tipo me había afectado de una manera extraña. Nunca reaccionaba así ante las personas, especialmente los humanos. Tal vez era algo más, enmascarándose como humano. Aunque, mi nariz nunca me había fallado en ese aspecto. Tener cierta apariencia era una cosa. Oler diferente era otra.

Dejé caer mi mochila al suelo, las latas tintineando en su interior. La ansiedad se mezcló con mis pensamientos, dándome esa sensación de peligro pisándome los talones que me emocionaba. No quería que me atraparan, eso seguro, y el tipo definitivamente podía ser un policía o algo así. Pero, al mismo tiempo, me sentía inexplicablemente atraído hacia él, desesperado por descubrir qué pasaría después. Bajé la mano, agarrando mi polla palpitante a través de mis pantalones de chándal. El calor y las feromonas hacían difícil pensar. Sabía que debía irme, pero de nuevo, ¿qué podría hacerle un humano a un hombre lobo?

Era invencible.

El sonido de pasos apresurados se acercó, y levanté la vista justo a tiempo para ver al hombre doblar la esquina y detenerse en seco. Un delgado rayo de luz lunar iluminó su rostro y hombros. Tenía una piel pálida y cremosa, cabello castaño corto en un estilo despeinado, y penetrantes ojos color avellana que me miraban fijamente. Su mandíbula bien afeitada colgaba ligeramente abierta como si no creyera lo que estaba viendo. Observé cómo sus ojos recorrían mi cuerpo, su mirada deteniéndose donde mi mano aún agarraba mi polla a través de mis pantalones de chándal.

La miró con hambre, y di un paso adelante, sin quitar mi mano. Extendí el brazo, agarrándolo por la solapa de su chaqueta y atrayéndolo hacia mí. Sin previo aviso, me subí la parte delantera de la máscara y presioné bruscamente mis labios contra los suyos.

Hubo una brusca inhalación, y sus anchos hombros se tensaron, pero un momento después, se relajó, su boca abriéndose para mí. Hundí mi lengua, explorando su disposición a recibirme. Su aroma era tan fuerte que casi me derribó, pero no me detuve. Nuestras feromonas se mezclaron en el aire, y la electricidad recorrió mi cuerpo. Todo se borró de mi mente en un instante excepto una cosa.

Follármelo.

Fue una sensación repentina, más de lo que había tenido antes, pero me importaba un carajo. Necesitaba más de él, y eso era todo lo que importaba. Pero primero, iba a jugar con él. Apartándome, di un paso atrás, bajándome la máscara para ocultar mi rostro.

—¿Y bien? —dije, mi voz amortiguada por la máscara mientras volvía a mirar mi polla dura como una roca—. No se va a chupar sola, cariño.

Esperaba completamente que saliera de su estupor ante mis palabras bruscas. No estaba siendo gentil con él. Sin embargo, para mi sorpresa, se dejó caer de rodillas en el pavimento, mirándome, esperando expectante.

Y no pude evitar sonreír.

Con mi mano derecha, me bajé los pantalones de chándal, dejando que mi gruesa polla se liberara por fin. La corona le besó la nariz, el fuerte aroma de las feromonas llenando el aire a

nuestro alrededor. Con mi mano izquierda, agarré un puñado de su cabello, girando su cabeza hacia un lado para que mi polla presionara contra su mejilla.

—¿Qué estás esperando, cariño? —gruñí.

Una mano temblorosa se levantó, acariciando mis pesados testículos antes de trazar a lo largo de la parte inferior de mi eje. Respiró profundamente, bebiendo mi aroma. Pude ver que lo estaba grabando en su memoria.

—Yo... n-no suelo... h-hacer cosas como esta... —tartamudeó.

Apreté su cabello con más fuerza, tirando de su cabeza hacia atrás.

—¿Acaso te pedí que me contaras tu puta vida? —No esperé a que respondiera—. No. Puedes chuparme la polla o largarte. —Inclinando mis caderas hacia adelante, unté mi precum por su mejilla, sonriéndole con suficiencia—. Pero sé que no puedes resistirte. ¿Verdad, cariño?

Miró el monstruo palpitante frente a él, luego volvió a mirarme, negando con la cabeza.

—¿Qué eres? ¿Eh? —sonreí con suficiencia—. ¿Solo una puta común vagando por las calles de noche buscando polla? Eso es bastante triste, ¿no crees?

—Yo... no estaba buscando...

—Oh, sí que lo estabas —lo interrumpí, agarrándolo por la barbilla—. Has estado ahí parado mirándome durante la mitad de la maldita noche. Sabes exactamente lo que estabas haciendo, cariño.

—Deja de llamarme así —gruñó, claramente irritado con su nuevo apodo—. En realidad, estaba observando a un criminal común pintando con aerosol un edificio público...

Sus palabras fueron interrumpidas cuando le agarré la mandíbula con fuerza, inclinándome cerca para que nuestros labios casi se tocaran.

—No soy un puto criminal común —gruñí, mis dedos deslizándose hasta su cuello. Un suave gemido escapó de sus labios cuando apliqué presión, su piel erizándose bajo mi toque—. Y no soy el criminal. El bastardo que trabaja en esa oficina está tratando de lastimar a gente como tú y yo.

—¿Como tú y yo? —logró chillar—. ¡¿Qué demonios tenemos tú y yo en común?!

—Bueno, para empezar, a ambos nos gusta la polla.

—No soy nada como t...

Le apreté el cuello de nuevo, cortándolo.

—No me mientas, cariño.

Me puse de pie de nuevo, presionando mi carne palpitante contra su mejilla. Sus labios se separaron, y no pude evitar reírme mientras alejaba mi polla de su boca hambrienta.

—Estás tan loco por la polla que ni siquiera puedes pensar con claridad, ¿verdad, cariño? Podría sentarme aquí y llamarte por todos los nombres del libro, y no importa cuánto argumentaras, si te dejara, me atenderías hasta que saliera el sol. —Incliné la cabeza hacia un lado, frunciendo el ceño—. ¿Tienes debilidad por los chicos malos o algo así? ¿O simplemente te gusta que te usen?

—Yo... yo... —tartamudeó, su rostro sonrojándose en la tenue luz de la farola—. N-no sé de qué estás hablando. —De repente pareció avergonzado y a la defensiva mientras su expresión cambiaba a una de enojo—. ¡Que te jodan!

—Bien —dije chasqueando la lengua—. Si vas a ser grosero al respecto, no te dejaré tener tu premio.

Me metí el pene de vuelta en los pantalones deportivos sin dejar de mirarlo. Un destello de anhelo y decepción cruzó su rostro, y no pude evitar reírme de nuevo. Agarré mi mochila, me la eché al hombro y di un paso adelante. Mi bulto rozó sus labios y lo oí jadear, pero la irritación persistía. Lo tenía tan excitado y confundido que no sabía ni dónde estaba parado. Y eso, por

encima de todo, me daba vida.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, cariño —ronroneé, dándole una palmada fuerte en la mejilla—. Pero me temo que eres demasiado estirado para mí. —Tiré de su cuello y solapas—. No me va mucho el rollo de ejecutivo. Por tu pinta, seguro que has lamido todos los culos que se te han puesto por delante.

—Tú... hijo de puta... —gruñó.

—Ay, ¿un apodo cariñoso para mí también? —me reí entre dientes—. Vaya que te gusta ir rápido, nene.

Me di la vuelta, adentrándome en la oscuridad, cuando sentí una mano agarrar la parte trasera de mi camiseta y tirar con fuerza. Si hubiera sido humano, quizás me habría derribado. Pero siendo un lobo, pude mantenerme firme, y la tela de mi sudadera se rasgó en su mano. Me giré, puse una mano en su pecho y le di un empujón de los buenos.

La ira en su rostro fue reemplazada por dolor cuando golpeó el concreto, aterrizando de lleno sobre su trasero. Por suerte para él, tenía un culito de burbuja delicioso que no veía la hora de follar algún día. Pero por ahora, necesitaba aprender su lugar. Yo era el lobo alfa en esta relación, sin importar si tenía el linaje o no. Una vez que el sol se ponía, estas calles eran mi territorio, y eso lo convertía a él en mío también.

Pavoneándome, me agaché frente a él, agarrando su mejilla una vez más. Lo besé bruscamente, forzando mi lengua en su boca. Y antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, tomé su labio entre mis dientes y mordí con fuerza. Chilló como un cachorro, llevándose una mano a los labios. Un brillo carmesí apareció en sus dedos, y me miró incrédulo.

—Esto es por tu insolencia de esta noche —dije, lamiendo lentamente su sangre de mis labios. Poniéndome de pie en toda mi estatura, una sonrisa arrogante se extendió por mi rostro una vez más—. Espero algo mejor de ti la próxima vez, cariño. —Hice una pausa por un momento, dándole una última mirada—. Esa marca significa que ahora me perteneces. Harías bien en recordarlo.

Con un saludo arrogante de dos dedos, giré sobre mis talones y me alejé trotando hacia las sombras, dejando a mi nuevo juguete magullado y sucio en la acera. No pude evitar sentirme bastante orgulloso de mí mismo.

Iba a ser muy divertido jugar con él.

Dos: Kent

Las manchas no salían de mis pantalones. Por más que frotara, no podía quitar las evidencias de mis escapadas nocturnas de las rodillas. Realmente no quería tener que pagar por la limpieza, pero dudaba que el pequeño pueblo de Ludington tuviera alguna tienda por departamentos que valiera la pena para comprar reemplazos.

Estar en un pueblo pequeño definitivamente no era lo mío. Eso y que todavía estaba jodidamente furioso por la forma en que ese tipo me había tratado la noche anterior. La manera en que me habló fue completamente inaceptable, ¿y luego tirarme en la acera? ¿Qué coño? Odiaba ese maldito apodo cariñoso. Cariño... una parte de mí secretamente lo disfrutaba, pero el enorme moretón en mi trasero me recordaba que también lo odiaba. Una pequeña parte de mi cerebro sabía que era mi culpa por haberlo agarrado, pero la silencié de inmediato.

Ese tipo era un completo imbécil.

Y sin embargo, al mirar mis calzoncillos, podía ver mi polla tensándose contra la tela, dura como una roca con solo pensar en él y en esa palabra...

Cariño...

Suspiré, frotándome los ojos con las palmas en un vano intento de apartar esos pensamientos de mi mente. No había explicación para lo que me había pasado la noche anterior. Yo no era ese tipo de hombre. Pero cuando vi a la figura enmascarada dañando la oficina del alcalde, no pude evitar sentir intriga.

Era extraño. Normalmente, me iba por los tipos que eran como yo. El joven profesional rico y exitoso era mi hombre ideal. Me gustaban bien arreglados, bien vestidos y con un sentido del decoro apropiado para cualquier situación. Claro, también me gustaban los chicos que amaban ir de fiesta los fines de semana en discotecas y follar en oficinas vacías, pero eso era solo parte del trabajo. Todos en mi mundo hacían eso. Vivíamos rápido y las relaciones morían jóvenes, pero nadie tenía tiempo para nada serio de todos modos. Lo más importante era el trabajo y salir adelante. Eso era lo que yo quería de una relación.

Pero esto era algo diferente.

Ese artista del grafiti, o criminal como debería llamarlo, definitivamente no estaba cortado por la misma tijera que mis amantes anteriores. Era rudo, astuto, degradante y un imbécil, el tipo de persona que encontrarías cocinando en un bar de mala muerte. No solo eso, obviamente pasaba sus noches dañando propiedad pública. Era solo cuestión de tiempo hasta que lo atraparan y terminara en la cárcel. Diablos, tal vez ya había estado en la cárcel.

Saqué el trozo de tela que había arrancado de su sudadera la noche anterior, inhalando profundamente su aroma. Todas las cosas que deberían haberme asustado me excitaban aún más.

—¿Qué coño...? —suspiré, inclinando la cabeza hacia el techo. Me masajé la nuca, cerrando los ojos con fuerza—. ¿Qué demonios me pasa?

Este chico malo, si es que se le podía llamar así, se me había metido bajo la piel de la peor manera. No solo me había cabreado, sino que me había hecho imposible pensar en otra cosa que no fuera su gruesa polla. ¿Quién coño se creía que era, exponiéndose así ante mí? ¿Y por qué me

puse de rodillas en el momento en que me ladró órdenes?

Todo era tan confuso. La mezcla de lujuria y rabia era una que no podía entender, así que decidí centrarme en la rabia. Estaba cabreado porque me había tratado como a una puta cualquiera, cabreado porque me había hecho desear tanto su polla que no podía pensar con claridad, y cabreado porque me había masturbado en ese callejón después de que se fuera con su líquido preseminal aún untado en mi mejilla.

Necesitaba salir de este pueblo. Rápido.

Mi cuerpo se desplomó, escapándoseme un profundo suspiro. No podía irme todavía. No hasta que el trabajo estuviera terminado.

Trabajaba para una gran empresa inmobiliaria en Nueva York como especialista. Mi trabajo consistía en ofrecer a nuestros clientes más ricos un servicio de guante blanco con un toque personal cuando se trataba de comprar propiedades. Me decían lo que querían durante una cena cara, y yo encontraba esa propiedad para ellos, hacía la oferta y compraba la propiedad. Después de eso, me encargaba de todo, desde la remodelación hasta el diseño interior, dándoles la bienvenida a casa solo cuando estaba totalmente terminado según sus estándares. Y todo esto lo hacía por una comisión del veinte por ciento sobre el monto total de la factura. No sonaba como mucho, pero cuando enviaba facturas de más de un millón de dólares tres o cuatro veces al año, se sumaba.

Así que cuando mi cliente más reciente, el dueño de un imperio de vuelos comerciales, llamó y dijo que quería una casa de verano en Ludington, Michigan, con vista al lago y sin límite de precio, por supuesto, dije que sí. De hecho, tomé el primer vuelo fuera de Nueva York.

Había pasado el vuelo mirando propiedades y agentes inmobiliarios locales. Como no tenía licencia en Michigan, necesitaría un agente local para completar la venta. Por supuesto, elegí la mejor agencia de la zona y les hice saber que llegaría al día siguiente para ponerme a trabajar. Para cuando el avión aterrizó, ya era bien entrada la noche, y estaba demasiado excitado para dormir.

Así fue como me encontré vagando por calles poco iluminadas tan tarde en la noche y me topé con el imbécil. Pero cómo había terminado de rodillas seguía siendo un misterio...

—No —dije, interrumpiéndome a mitad del pensamiento—. Ya es suficiente de eso.

Agarrando los pantalones aún manchados, los arrojé a la esquina del baño. No tenía tiempo para lidiar con ellos ahora. Mi cliente tenía una casa que comprar. Quería que estuviera terminada antes de la primavera para poder pasar el verano allí con su familia. Considerando el tiempo de cierre para la compra y las renovaciones, estaba en un horario ajustado. Tenía tres semanas para hacer que esta venta sucediera y ni un día más.

Pisando fuerte de vuelta a mi habitación de hotel, me dirigí al armario donde todos mis trajes aún colgaban en sus fundas de plástico. Había decidido no sacarlos, considerando el estado de mi habitación. Era el mejor hotel de la ciudad, con unas impresionantes tres estrellas. Las comodidades eran lamentables, no había servicio a la habitación y el wifi era terrible. Cómo alguien lograba quedarse en semejante cuchitril estaba más allá de mi comprensión. Pero era lo mejor que pude encontrar con tan poco aviso, y no estaría allí por mucho tiempo. Tres semanas en un hotel de mierda no eran nada comparado con el pago que recibiría por esta transacción. Después de eso, podría llevarme de viaje a un resort en el Caribe o algo así. Un Mai Tai junto a la piscina sonaba celestial. Especialmente comparado con este infierno frío y húmedo en el que me estaba quedando actualmente.

Saqué uno de mis trajes y comencé a vestirme, metiendo mi polla aún dura hacia un lado. Tendría que lidiar con eso más tarde. Apenas había subido la cremallera de mis pantalones

cuando el teléfono en la mesita de noche dejó escapar un chillido. Lo arranqué del receptor, asegurándome de no dejarlo tocar mi cara.

—¿Diga? —ladré.

—Eh... ¿señor Abaldon? —dijo una tímida voz adolescente.

—El mismo.

—Soy de recepción. Su coche de alquiler ha llegado.

—Bien. Dígales que bajaré en cinco minutos para recogerlo y que más vale que esté limpio.

Hubo una breve pausa. —S-Sí, señor.

Colgué el teléfono sin despedirme. Me pareció extraño que tuvieran a un niño atendiendo la recepción del hotel. Pero no tenía tiempo para pensar en ello. Si el hotel quería llevar su negocio a la ruina, era su problema. Alguien con cerebro podría adquirir la propiedad y hacer algo con ella una vez que desaparecieran.

Sin prisa, terminé de vestirme. Una última parada frente al espejo para asegurarme de que no quedara ni rastro de barba en mi barbilla y que mi cabello estuviera perfectamente peinado. En mi mundo, la apariencia era el cincuenta por ciento de la venta. Cuanto mejor te veías, más en serio te tomaba la gente y menos discutían. La moda y la higiene personal eran una forma de intimidación, y funcionaban de maravilla.

Satisfecho con lo que vi, agarré mi maletín para el portátil y salí por la puerta.

Abajo, encontré al adolescente de recepción charlando con el adolescente del alquiler de coches.

¿Acaso no había ningún trabajador en este pueblo que tuviera más de diecinueve años?

—Kent Abaldon —dije, interrumpiendo su conversación mientras me acercaba al mostrador—.

¿Dijiste que tenía un coche de alquiler aquí?

—Sí, s-señor —tartamudeó, mirando de reojo al otro chico a mi lado—. Acaba de llegar.

—Bien —asentí—. Por favor, haz que limpien mi habitación mientras estoy fuera.

—Por supuesto, señor.

¿Ves? Un traje y una apariencia bien cuidada siempre conseguían el trabajo hecho.

—¿Este hotel tiene servicio de tintorería?

—Me temo que n-

—¿Puedes recomendarme alguno en el pueblo?

El chico me miró como si estuviera hablando en otro idioma. —Yo... eh... puedo buscar uno para usted.

—Por favor, hazlo. Puedes dejar su información en la mesita de noche de mi habitación. —Me alejé de él, centrándome en el chico del alquiler—. ¿Pudiste conseguir el Tesla?

—Lo siento, señor —respondió nerviosamente—. Lo mejor que pudimos conseguir fue un SUV híbrido.

—Mientras esté limpio —suspiré—. De todos modos, no es como si hubiera una estación de carga en este pueblo de mala muerte.

—Hay una junto al supermerca-

—Tengo un poco de prisa —interrumpí con un gesto de la mano—. ¿Puedo tener las llaves para poder irme? Llego tarde a una reunión.

El chico parecía completamente confundido, pero de todos modos buscó en sus bolsillos el juego de llaves. Me las entregó, seguidas de un portapapeles con documentos. Firmé sin siquiera mirarlos y se lo devolví.

—¿Al menos hay café en este pueblo? —les pregunté a ambos.

El recepcionista miró hacia el área del desayuno continental donde había cafeteras de gasolinera a la vista.

—Buen café —especifiqué antes de que pudiera hacer la oferta.

—Eh... hay un Starbucks en el centro...

Suspiré. Era suficiente.

—Gracias.

Con eso, me dirigí hacia las puertas principales, dejando a los dos chicos en el mostrador. Vivir en este pueblo durante tres semanas enteras se sentía como una prueba del universo, especialmente con ese imbécil vagando por las calles por la noche. Pero solo seguía pensando en el pago.

Tan pronto como se cerrara la venta, me iría.

Tres: Eoin

Estaba sentado en mi escritorio con la cabeza apoyada en la mano, mirando fijamente la pantalla del ordenador y tratando desesperadamente de mantenerme despierto. Normalmente, mis escapadas nocturnas no me afectaban tanto, pero esta última me había mantenido despierto la mayor parte de la noche.

No podía dejar de pensar en él.

No es que estuviera enamorado ni ninguna estupidez por el estilo. Pero no podía negar que se había metido en mi mente y se negaba a marcharse. Si pudiera averiguar por qué, podría desterrarlo de mi cerebro para siempre. Por más que lo intentara, algo de él se resistía a irse.

¿Sería porque era el primer tío que mostraba interés por mí en meses? Posiblemente. ¿Sería porque el subidón de poder realmente me excitaba? También era bastante posible. ¿Sería porque su contacto encendía todo mi cuerpo de placer? Probablemente algo de eso también.

Las piezas individuales eran divertidas pero no mantenían mi atención por mucho tiempo. Sin embargo, la mezcla de las tres se convertía en un veneno letal que simplemente no podía dejar de beber una y otra vez.

¿Quién coño era ese tío? ¿Y por qué se me llenaba el estómago de mariposas cada vez que pensaba en él?

Debería haber sospechado de alguien tan dispuesto a ponerse de rodillas en medio de una calle oscura para un perfecto desconocido. No es que tuviera mucho de qué preocuparme; los hombres lobo no podían contraer enfermedades humanas ni nada por el estilo. Pero aun así, ¿qué tipo de persona hace eso? Probablemente el tipo que lo hace con cualquiera, y no estaba seguro de querer ser solo una muesca más en su cinturón.

Es cierto que lo había provocado, y me encantaba. Pero se sentía más como un papel que estaba interpretando. Él era el hombre de negocios estirado con un secreto, y yo era el chico malo que le quitaba el control. Era una escena sacada directamente de una novela BDSM. Pero en realidad, no éramos diferentes. Mientras yo era un artista del grafiti por la noche, también era un hombre de negocios de día. No me gustaba realmente el trabajo ni el mundo de los cubículos que lo acompañaba, pero pagaba las facturas. No es que alguien se diera cuenta si un día desapareciera de repente. Todo el mundo estaba demasiado envuelto en sus propias vidas como para que les importara una mierda.

El grafiti, por otro lado, me daba vida. Era una forma de liberarme de mi monótona existencia y hacer algo emocionante. Cuando ponía una firma, la gente se daba cuenta. Había otros grafiteros por toda la ciudad que conocían mi nombre y dejaban sus firmas junto a las mías como si fuéramos amigos. Solo que... nunca los había conocido. Monstera tenía la reputación de poner sus firmas en lugares desafiantes y nunca ser atrapado. Otros grafiteros parecían admirar realmente eso.

¿Era triste que recibiera toda mi atención de eso? Un poco. Pero era difícil crecer como un hombre lobo gay y bajito en un pueblo pequeño. Mi manada no quería tener mucho que ver conmigo, y los chicos de la escuela tampoco. La única atención que recibía era cuando me daban

una paliza. Joder, incluso mis padres me repudiaron cuando salí del armario. La única persona que me ayudó alguna vez fue mi primo Wyatt, pero ahora tenía su propio negocio y una pareja. No tenía tiempo para entretenerme.

Así que hice lo que siempre hacía. Seguí trabajando; iba al gimnasio todos los días y me escabullía por la noche para hacer mi trabajo. El trabajo mantenía un techo sobre mi cabeza, los músculos se aseguraban de que nadie se atreviera a meterse conmigo, y el arte me hacía sentir visto.

Hasta ahora, eso había sido suficiente.

Pero este pelirrojo desconocido había puesto todo mi mundo patas arriba, y la razón se me escapaba. No podía entender por qué su olor me volvía loco o por qué el roce de sus labios me hacía tan feliz que podría morir. No era normal que un lobo se sintiera así por un humano, y también tenía al lobo dentro de mí alborotado. En el mejor de los casos, los humanos eran un agujero para follar y seguir adelante. De hecho, eso es probablemente lo que ese tío quería de mí. Una vez que consiguiera mi polla, se iría y nunca volvería. Así es como siempre pasaba. La gente tomaba lo que quería y te dejaba tirado.

Además, una vez que descubriera quién era yo realmente, su interés desaparecería. Nada arruina una fantasía más rápido que la realidad. Él quería un alfa chico malo, y yo no era ninguna de esas cosas desde el amanecer hasta el anochecer. Incluso de noche, apenas cometía delitos menores. Lo de alfa era solo una fachada. No era más que una pose para asegurarme de que la gente no se metiera conmigo.

Mi teléfono vibró a mi lado, haciendo ruido sobre la superficie del escritorio. Era otro mensaje de mi mejor amigo. Tenía un sexto sentido para contactarme cuando estaba en el mayor tumulto.

Hunter: Veo que anoche te fue bien.

Fruncí el ceño, leyendo el mensaje. ¿Sabía algo sobre el pelirrojo que había conocido? Inmediatamente, empecé a escribir de vuelta.

Yo: ¿A qué te refieres?

Hunter: Tal vez deberías ver las noticias de vez en cuando, amigo...

—¿Te enteraste de lo de la oficina del alcalde?

Mis oídos se aguzaron al escuchar la voz de la nueva secretaria de recepción hablando con uno de mis colegas. Me quedé donde estaba, tratando de no parecer demasiado interesado. Dejando que mis sentidos de lobo tomaran el control, escuché atentamente, esperando oír las noticias que había estado esperando toda la mañana.

—Parece que alguien profanó su oficina anoche.

Profanar era una buena palabra. Me gustaba la idea de que ese cabrón fuera profanado.

—Aparentemente, ha ofrecido una recompensa para quien pueda identificar a la persona que lo hizo —continuó—. Y no es una pequeña.

Estaba demasiado intrigado como para no acercarme. Cogiendo mi taza medio vacía del escritorio, me dirigí al vestíbulo principal, fingiendo que necesitaba rellenarla. Las noticias eran demasiado jugosas como para solo escuchar desde la otra habitación. Quería ver sus caras.

Una rubia de piernas largas estaba sentada en la esquina del mostrador de recepción, tirando de su falda corta hacia abajo cuando entré en la habitación. Sin embargo, en el momento en que se dio cuenta de que era yo, se detuvo, levantando ligeramente la nariz. Era un hecho bien conocido que yo era el gay de la oficina, y aunque no la conocía personalmente, ella claramente sabía quién era yo.

—¿Cuánto es la recompensa? —preguntó, volviéndose hacia la secretaria—. ¿Hay alguna pista sobre quién es?

—Nada que yo haya oído. Pero no tardará mucho. El alcalde está ofreciendo diez mil dólares. Joder.

Dejé mi taza en la estación de café, tratando de mantener la calma.

—¿Diez mil por unos grafitis? —se rió la rubia—. Parece que su orgullo se lastimó más que otra cosa.

—Ya sabes que últimamente ha estado dando todos esos discursos sobre no querer personas LGBTQ en nuestra comunidad. Y la pintura se hizo en arcoíris...

—Solo es otro ejemplo de cómo ya nadie puede tener una opinión.

Sentí el bajo retumbar en mi pecho cuando el lobo dentro de mí dio un gruñido de advertencia.

—No creo que ser un intolerante sea una opinión —respondió la secretaria, sin ceder ante la agente—. La gente tiene derecho a vivir su vida como quiera.

—Sí, bueno, no quiero que mis hijos vean eso —la agente se puso de pie, alisando las arrugas de su falda—. No quiero que se les ocurran ideas.

—Ver a una persona gay no te hace gay...

La rubia sacó su teléfono y se lo llevó a la oreja, levantando un dedo para silenciar a la secretaria.

—¿Hola? —dijo, dándose la vuelta y caminando hacia el frente de la oficina antes de salir por la puerta principal—. Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

No estaba hablando con nadie, y no necesitaba mis oídos de lobo para saberlo. La secretaria resopló, hurgando en su escritorio para encontrar algo en qué trabajar. Me miró nerviosamente.

—Está bien —dije, agarrando mi taza una vez más y dirigiéndome hacia mi cubículo—. Esa ha sido una de las formas más amables en que la gente me ha dicho que no les gusta que exista, créeme. Ella no es la peor de todos.

—Aun así... qué bruja.

No pude evitar sonreír mientras la miraba. —No dejes que el jefe te oiga decir eso —extendí mi mano—. Me llamo Eoin. Creo que no nos hemos conocido aún.

—Alison —respondió—. Empecé la semana pasada.

—Lamento no haberme presentado. No soy exactamente sociable en la oficina.

—No pasa nada. Tampoco esperaba una cálida bienvenida en un trabajo de oficina —me dio una rápida sonrisa—. Está bien. Tendré mi licencia y me iré de aquí en primavera. Es solo temporal.

—Me alegro por ti. Lárgate de aquí lo más rápido que puedas.

Levantó una ceja en mi dirección. —Tú también tienes una boca sucia.

—No se lo digas a mis clientes —me reí—. Créeme, mi voz de servicio al cliente es de primera.

Abrió la boca para responder, pero fue interrumpida cuando la puerta detrás de nosotros tintineó. Ambos nos giramos para mirar, y sentí que la taza se me resbalaba de los dedos.

Era él.

El sonido de la cerámica rompiéndose me sacó de mi estupor, y miré hacia abajo a mis pantalones negros, ahora cubiertos de café caliente.

—¡Lo siento mucho, señor! —dijo Alison, corriendo alrededor del escritorio con un puñado de pañuelos—. ¡Soy tan torpe! ¡Le traeré otro enseguida!

Estaba... cubriéndome para que no quedara mal frente a un cliente.

—Está... está bien —dije, dando un paso atrás mientras ella limpiaba el café del suelo—. No te preocupes.

Ella miró al hombre pelirrojo que acababa de entrar por la puerta. —Disculpe el desorden, señor —me hizo un gesto con la cabeza—. Pero mi colega aquí puede ayudarlo mientras yo limpio esto.

Él me miró de arriba abajo, observando mi ropa mal ajustada cubierta de café y las gafas de

lectura posadas en mi nariz. Por un momento pensé que oiría mi corazón latiendo en mi pecho. El lobo dentro de mí estaba enloquecido, prácticamente dando vueltas alrededor de mi cerebro. Pero el hombre solo se burló, claramente poco impresionado con mi apariencia. No tenía idea de quién era yo.

Cuatro: Kent

—Me llamo Kent Abaldon —dijo, mirando fijamente al tipo bajito y desaliñado frente a mí—. Llamé ayer para pedir un agente. Estoy aquí representando al Sr. Thompson para su compra frente al lago con E&C Properties. —Lo miré de arriba abajo una vez más, sus pantalones manchados de café eran lo segundo más llamativo después de su camisa arrugada—. Necesito a su mejor agente con un buen historial. Será una experiencia algo intensa.

—Lo está mirando —dijo la secretaria desde su lugar en el suelo, señalando al hombre bajito frente a mí—. Él es el mejor.

Arqueé una ceja en su dirección.

—¿Entonces tú eres A-oh-wen?

—Ese soy yo, señor —respondió, con una voz suave y más aguda de lo que esperaba. Sonreía de oreja a oreja—. Pero se pronuncia Owen.

—¿Tus padres son de Irlanda o algo así?

—Supongo que es posible. —Hubo un destello de algo en su rostro que fue cubierto por otra sonrisa antes de que pudiera descifrarlo—. ¿Por qué no viene a mi escritorio y comenzamos?

Se dio la vuelta, dirigiéndose hacia un pequeño grupo de cubículos que parecían mayormente vacíos. Me quedé allí por un momento, preguntándome si debía seguirlo. Seguramente, este tipo desaliñado y torpe no podía ser el mejor agente de la oficina. Había una mujer fumando afuera que parecía comer clavos de acero para el desayuno. Aunque, las mujeres como ella tendían a ser pura perra y nada de tetas. Había tratado con muchas de ellas en Nueva York.

No, le daría una oportunidad al tipo desaliñado. Si no me impresionaba en cuarenta y ocho horas, cambiaría a la barracuda de afuera. Además, tener un agente fácil de manipular significaba menos negociación en cuanto a la comisión. Estaba aquí para ganar dinero y largarme. Los pueblos pequeños no eran lo mío.

Cuanto menos tiempo pasara allí, mejor.

Especialmente considerando lo que había hecho la noche anterior. Eso no podía volver a suceder. Cambiando mi bolso de laptop a la otra mano, pasé por encima de la secretaria, que fregaba el suelo, y seguí a Owen a la oficina. Me llevó a un pequeño escritorio desprovisto de cualquier pertenencia personal. Tomó una silla de otro cubículo vacío y la acercó para mí.

—Tome asiento y empezaremos —dijo, con voz suave y amable—. Así que está buscando una propiedad frente al lago, ¿eh?

Tomé asiento, rápidamente abrí mi bolso y saqué mi laptop. Con un giro de la pantalla, se transformó en una tableta, y abrí las propiedades que ya había investigado.

—Así es. No estoy buscando nada por debajo del millón, nada más antiguo de veinte años, y debe tener acceso privado a la playa. Tengo algunas seleccionadas y saqué otras que no están en el mercado. Estoy dispuesto a tocar puertas si es necesario.

Owen tomó la tableta, pasando rápidamente por algunas de las propiedades.

—Cliente exigente, ¿eh?

—E impaciente. Necesito tener este lugar elegido y una oferta aceptada en tres semanas.

Me dio una mirada incrédula.

—¿Sabe que es temporada baja, verdad?

—Eso nunca me ha detenido antes.

Su reacción fue exactamente lo que esperaba. Todos pensaban que estaba siendo arrogante, pero en realidad, solo estaba seguro de mí mismo. Había hecho ventas antes y siempre cumplía con mis clientes, sin importar la situación. Y esta no era diferente.

—Me gustaría ver propiedades hoy.

Owen suspiró, devolviéndome la tableta.

—Tenemos que autorizarlas primero con el agente vendedor. Podría tomar una semana ver todas estas.

—¿Están ocupadas estas propiedades? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Probablemente no. La mayoría de las personas en ellas son aves migratorias. Ya se han ido por la temporada.

—Y su sistema tiene los códigos de las puertas, ¿verdad?

—Sí, pero yo-

—Entonces supongo que podemos ir a verlas —dije, guardando la laptop en mi bolso—. La gente lista sus casas para vender, no para microgestionar las visitas. No les importa.

—No sé-

—Yo sí —respondí, poniéndome de pie—. Agarra lo que necesites y encuéntrame afuera. Mi vehículo aún está en marcha.

Con eso, di media vuelta y me dirigí hacia el vestíbulo principal. Pasé junto a la secretaria, que aún limpiaba fragmentos de cerámica, y la barracuda que entraba de fumar su cigarrillo. Ella me miró de arriba abajo, evaluándome antes de mostrar una sonrisa brillante.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar-

Levanté una mano para silenciarla.

—Ya está solucionado.

Lo último que quería hacer era perder el tiempo en halagos sin sentido. No importaba si era un hombre o una mujer. La gente reconocía un traje caro cuando lo veía. Como en un dibujo animado antiguo, podía ver los signos de dólar en sus ojos, mi éxito, su próximo boleto de comida. Era aún peor en los pueblos pequeños. Todos luchaban, tratando de sobrevivir con sus míseros salarios de las fábricas locales que lentamente cerraban. No podía culparlos por querer salir, pero tendrían que hacerlo por su cuenta, tal como lo hice yo.

Había una razón por la que odiaba los pueblos pequeños. Me recordaban demasiado a hogares en los que nunca pasé suficiente tiempo como para sentirme querido. Y nunca iba a volver.

De vuelta en el coche, cargué las propiedades en la aplicación de navegación de mi teléfono y lo dejé en el portavasos. Una rápida mirada en el espejo retrovisor me dijo que Owen ni siquiera había salido del edificio, y no pude evitar suspirar.

Era lento. Eso era un punto en su contra. Uno pensaría que una venta de más de un millón de dólares motivaría a alguien a mover el trasero, pero no a este tipo. Había oído que esta agencia era la mejor de la zona, y esperaba que sus agentes fueran igual. Pero también había oído que el hijo del dueño se había ido recientemente y planeaba abrir su propia agencia. Empezaba a tener la sensación de que todo el talento se había ido con él.

Tamborileando con los dedos sobre el volante, observé por la ventana el día frío y gris que me rodeaba. El pavimento estaba mojado por la lluvia de la mañana temprano, y las hojas, antes coloridas, yacían molidas en el concreto por los coches que pasaban. Miré de nuevo por el

retrovisor, pero no había señal de mi agente. Cada vez más frustrado, encendí la radio, desesperado por una distracción.

—La oficina del alcalde fue vandalizada anoche entre la medianoche y las tres de la madrugada. El artista del grafiti logró evitar todas las cámaras de seguridad, permaneciendo sin ser detectado mientras destruía la fachada de uno de los edificios históricos más antiguos del centro de la ciudad.

Mi corazón dio un vuelco y me incliné hacia adelante, subiendo el volumen.

—Esto es lo que el alcalde Anderson tenía que decir.

La voz del presentador se desvaneció, reemplazada por los sonidos de una concurrida calle de la ciudad. Un hombre, el alcalde, supuse, comenzó a hablar, claramente siendo entrevistado por reporteros locales frente a su oficina.

—Fue bastante impactante —dijo, con un tono que no denotaba sorpresa en absoluto—. Como pueden ver, el arte, si quieren llamarlo así, es un dibujo tosco de la anatomía masculina. Ni que decir tiene que yo y todos los involucrados con esta gran ciudad estamos consternados de que semejante criminal cobarde camine por nuestras calles, destruyendo la belleza y la historia del centro. Es por eso que hemos decidido ofrecer una recompensa de diez mil dólares para cualquiera que tenga información que conduzca a la captura de este delincuente. La fuerza policial también se ha unido a nuestra búsqueda. Nuestro pintor fue lo suficientemente amable como para dejarnos pistas sobre qué tipo de persona es y a qué comunidades podría pertenecer.

Hizo una pausa por un momento. —Este acto de terrorismo contra nuestra comunidad no quedará impune. Es por eso que, ahora más que nunca, nuestra comunidad necesita abrazar los valores tradicionales y enseñar lo mismo a nuestros hijos. No dejen que las redes sociales sigan envenenando a nuestra juventud, o terminarán en el lado equivocado del camino como la persona que hizo esto.

Los sonidos de la ciudad se desvanecieron mientras el presentador de noticias volvía. —Cosas locas por ahí, Todd. Pero ahora pasemos al clima. Las cosas se están enfriando a medida que un frente frío avanza hacia nuestra área...

Bajé el volumen de la radio, con el corazón latiéndome en el pecho. No estaba seguro de qué esperaba. Obviamente, pintar un grafiti gigante de un pene en la oficina del alcalde iba a llamar la atención. Pero ¿diez mil dólares? Era una recompensa increíblemente alta para un pueblo pequeño. Quienquiera que atraparan probablemente pasaría tiempo en la cárcel, como mínimo. Y yo había estado allí, lo que podría haberme incriminado en el proceso. Diez minutos más podrían haber significado ser arrestado compartiendo el asiento trasero de un coche de policía con el tipo que lo hizo.

Si tan solo hubiera visto su cara cuando tenía su pene presionado contra mi mejilla.

Pero entonces, se me ocurrió una idea. Tal vez podría darle la vuelta a la situación a mi favor. Después de todas las cosas de mierda que me había llamado, definitivamente me importaba un carajo si terminaba en la cárcel o no. Y nadie, ni siquiera yo, rechazaría diez mil fáciles. Además, tenía la corazonada de que podría encontrarlo de nuevo. Siempre y cuando pudiera hacer que se quitara la máscara, sería muy fácil cobrar un bono extra antes de volver a casa. Y todavía tenía ese trozo de su sudadera en mi bolsillo como prueba.

Este viaje estaba resultando ser mucho más lucrativo de lo que esperaba.

Cinco: Eoin

Mis patas golpeaban contra el hormigón, con el asa superior de mi mochila enganchada en mi mandíbula inferior. Jadeaba, tratando de mantener un ritmo rápido mientras me abría paso por el centro de la ciudad. Me aseguré de permanecer en las sombras, sin querer que nadie notara a un lobo escabulléndose por las calles a medianoche. Con mi pelaje blanco y gris, tenía tendencia a destacar. A menos que hubiera nieve, entonces era prácticamente invisible.

Aunque era finales de octubre en Michigan, aún no nevaba. Y eso era bueno para mí. Pintar y escabullirse se volvía mucho más difícil cuando dejabas huellas por todas partes. Y necesitaba ser invisible si iba a llevar a cabo este próximo grafiti.

La oficina del alcalde, como era de esperar, estaba acordonada y bajo vigilancia constante de la policía local. Sin embargo, no estaban vigilando los negocios locales que donaban dinero a la campaña del alcalde. Gracias a las leyes de recaudación de fondos, esa información era pública en línea y no muy difícil de encontrar. Tenía una lista completa de lugares para atacar. Ahora que se había establecido la recompensa ridículamente alta, sentía que era un gran juego. Y ganaría siempre y cuando no me atraparan.

Pero nunca me atrapaban.

Doblé la esquina, dirigiéndome por una de las calles laterales donde se encontraba una franquicia de sándwiches. Era una de esas que se anunciaban constantemente en la televisión. Había conocido a muchas personas en la escuela secundaria que trabajaban para el dueño, y era un verdadero imbécil. Le gustaba despedir a la gente por estar enferma, nunca les pagaba más del salario mínimo y las horas eran agotadoras. Nunca había visto gente tan golpeada y abatida en mi vida hasta que vi a sus empleados. Así que, por supuesto, no era sorpresa que fuera un importante contribuyente del alcalde. Y eso significaba que su tienda también iba a recibir un gran pene arcoíris esta noche.

Sin embargo, estaba un poco más preparado. Colocadas sobre la entrada y a lo largo del lado opuesto del edificio había cámaras de seguridad. No eran gran cosa, pero tenía que ser más cuidadoso. Afortunadamente, un poco de pintura en aerosol negra las haría completamente inútiles en unos tres segundos.

Dejando caer mi mochila en el rincón más oscuro del callejón, respiré hondo, dando la bienvenida a la transformación en mi cuerpo. Los huesos crujieron y se quebraron, mi espalda se arqueó mientras el pelaje desaparecía. Mis orejas se deslizaron por los lados de mi cráneo mientras se reformaba, mi mandíbula encajando en su lugar con un crujido. En cuestión de segundos, había pasado de ser un lobo plateado a un humano desnudo, el aire frío de la noche haciendo que mi piel se erizara.

Me vestí rápidamente, esta vez optando por algo un poco más holgado. Las cámaras me verían seguro, pero la ropa holgada y un pasamontañas evitarían que determinaran mi tipo de cuerpo o vieran alguno de mis tatuajes. Había pensado en intentar pintarlos como lobo, pero parecía un poco sospechoso. Sin mencionar que era muy difícil pintar sin pulgares. Créeme, lo intenté.

Una vez que mi conjunto oscuro estaba en su lugar, llevé mi bolsa al borde frontal del edificio.

Metiendo la mano dentro, saqué una sola lata de pintura negra, coloqué una boquilla gruesa y me agaché alrededor de la esquina. Mantuve la cabeza baja mientras corría hacia la primera cámara. Con apenas una mirada, puse la lata de aerosol directamente en el lente y presioné el gatillo.

Una cámara menos.

Para la siguiente, me di la vuelta, optando por retroceder hacia la cámara de la puerta principal en lugar de enfrentarla de frente. Era una de esas lentes súper gran angular, así que tuve que cubrir toda la cosa con pintura para cegarla. Además, con el letrero brillantemente iluminado aún encendido en la ventana, toda la calle estaba bañada en luz verde. Me aseguré de que nadie viniera por la calle antes de apresurarme, levantando la lata hacia la cúpula de vidrio que rodeaba la cámara.

En cuestión de segundos, también estaba ciega. La pintura negra goteaba por el cristal mientras miraba hacia arriba, y no pude evitar sonreír. Todo esto era demasiado fácil para un lobo. Nadie podía atraparme.

Corrí de vuelta al callejón, recogí mi bolsa y la dejé caer frente a la tienda. Cambié las boquillas de mi lata y comencé a bocetar. La pintura de esta noche iba a ser similar a la del frente de la oficina del alcalde. Pero esta vez, el pene iba a ser un poco más largo con algunos detalles más intrincados.

Tan pronto como empecé a pintar, mis pensamientos comenzaron a divagar. Y, por supuesto, volvieron primero a él.

No hace falta decir que me había sorprendido esa mañana cuando entró en la agencia y me tomó como su agente. Gracias a mi personalidad de trabajo, que era completamente fabricada, no tenía idea de quién era yo. Pude ver su verdadero yo de primera mano, y no estaba seguro si me gustaba lo que veía.

Kent era un poco imbécil.

Estuvo frío y distante todo el día, sin que pasara una palabra entre nosotros a menos que estuviera relacionada con el negocio. No es que esperara algo muy diferente. Tan pronto como me di cuenta de que no tenía idea de quién era yo, no había razón para que me hablara. Pero ya había lidiado con su tipo muchas veces.

Se imaginaba a sí mismo como un pez gordo en un pueblo demasiado pequeño para él. Tenía un cliente que complacer y un cheque que cobrar. Eso era todo. Y cuando vivías en un mundo despiadado, tratabas a todos así sin importar dónde estuvieras. Para él, yo no era nada más que una herramienta para que pudiera hacer su venta. Tan pronto como terminara, me dejaría caer como una papa caliente y estaría en el próximo vuelo de regreso a donde sea que viniera.

Y, por alguna razón, eso me molestaba.

No entendía cómo este imbécil de fuera de la ciudad se había metido bajo mi piel. Pero cada vez que estaba cerca de mí, me encontraba pendiente de cada una de sus palabras. Su aroma me volvía loco, hasta el punto de estar completamente excitado casi todo el tiempo. No solo eso, sino que mi lobo también lo anhelaba, esforzándose por liberarse y taclearlo contra el suelo. Demonios, incluso en forma humana, podía prácticamente sentir mi cola meneándose.

¿Cómo estaba haciendo eso? Nadie en mi vida se había metido bajo mi piel de esa manera. Claro, había tenido mis encuentros casuales y algunos enamoramientos aquí y allá, pero nunca nada que durara más de un mes o dos. ¿Por qué era que este tipo, al que totalmente odiaba, me estaba causando tal angustia? Era irritante, por decir lo menos, y deseaba tener las agallas para decirle que se fuera a la mierda. Pero mi personalidad de trabajo no hacía cosas así. Y, si era honesto, necesitaba el dinero.

Las ventas habían sido terriblemente lentas desde que Wyatt dejó la oficina, llevándose a Tanner

y a la mayoría de los clientes con él. Su padre pasó un par de semanas poniendo la oficina "de vuelta en forma" y luego se largó de vuelta a Maine. Las cosas habían estado mal desde entonces.

Necesitaba el dinero para abrir mi propio estudio de arte, y una venta de un millón de dólares cubriría casi exactamente el pago inicial del alquiler del lugar que había estado considerando.

No era nada grandioso, solo una pequeña cabaña destartalada junto al río. Pero estaba justo al lado de la carretera principal y cerca de una playa popular en verano. Si pudiera conseguir el alquiler, podría hacer ventas fáciles a los turistas durante todo el verano. Sabía cómo hacer productos, y era un pintor rápido, así que sabía que podría lograrlo. Y estaba jodidamente cansado de los bienes raíces y de la gente de mierda que se enojaba conmigo por no conseguirles una casa prácticamente gratis. Los clientes eran lo peor sin importar dónde trabajaras, y estaba harto hasta la muerte de ello.

Pero este estudio de arte... era mi boleto de salida. Mis sueños finalmente realizados. Después de todos estos largos años de partirme el culo para salir del arroyo, finalmente tendría una vida que valiera la pena vivir. Finalmente les demostraría a todos los que dudaron de mí, que me abandonaron, que lo había logrado. Era alguien, y podía triunfar sin importar sus dudas.

Así que tenía que mantener contento a Kent Abaldon. Tenía que hacer la venta. Todo mi futuro dependía de este único evento, y ninguna cantidad de sentimientos confusos iba a joder eso para mí.

Sin embargo, eso era solo durante las horas de trabajo. Aparte de eso, no tenía absolutamente ninguna intención de volver a verlo jamás.

—¿Volviendo a tus viejos trucos, eh?

Me giré sobre mis talones, blandiendo la lata de pintura como un arma. Mis ojos recorrieron arriba y abajo la calle, buscando la fuente de la voz. Y allí estaba, apoyado casualmente contra una farola al otro lado de la calle con esa misma sonrisa presumida que siempre llevaba.

Mis músculos se tensaron mientras rechinaba los molares. Era él. Kent jodido Abaldon con esa estúpida sonrisa en su cara. Se veía aún más arrogante de lo habitual. La brisa cambió, y su aroma me golpeó. El cuero cálido y las flores silvestres llenaron mis pulmones, haciendo que las mariposas en mi estómago cobraran vida. Mi corazón comenzó a latir con fuerza mientras lo miraba, absorbiendo esos penetrantes ojos color avellana y labios rosados y carnosos.

—Hola, cariño —ronroneé, poniendo esa voz ronca de nuevo que sabía que tanto le gustaba—. Sabía que volverías. Siempre lo hacen. —Bajé la mano, agarrando mi bulto creciente, su aroma volviéndome loco—. ¿Vienes a terminar el trabajo, nene?

La sonrisa arrogante en su rostro no vaciló mientras se apartaba de la farola. Cruzó la calle, hurgando en su bolsillo en busca de algo. Al principio, sentí una oleada de diversión. ¿Realmente había traído un arma para luchar contra un hombre lobo? Incluso si fuera de plata, necesitaría mucho más que eso para derribarme. Además, nunca sería lo suficientemente rápido como para pillarme desprevenido.

Pero cuando sacó un trozo de tela, mis músculos se relajaron. Era el pedazo de mi sudadera que me había arrancado la noche anterior.

—Hay un agujero en tu hombro izquierdo donde va esto —sonrió con suficiencia—. Garantizo que la policía encontrará eso interesante.

—¿Oh? —me burlé—. ¿Ya los llamaste? ¿No puedes lidiar conmigo por ti mismo?

Su sonrisa se desvaneció ligeramente. —No, aún no los he llamado. Vine aquí para darte la oportunidad de confesar.

Su expresión cambió de manera casi imperceptible. Pero nada se le escapa a un hombre lobo en

alerta.

—Quiero ayudarte. Solo quítate la máscara y podemos hablar sobre llevarte a una vida mejor. Eché la cabeza hacia atrás, la carcajada resonando por las calles mientras la luna casi llena brillaba sobre nosotros.

—Oh, cariño —me reí, limpiándome las lágrimas de los ojos—. Eres el peor mentiroso sobre la faz del planeta.

Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por un bufido. —No sabes una mierda sobre mí.

—Oh, sí que lo sé, cariño —respondí, dando un paso adelante. Extendí la mano, agarrando la solapa de su chaqueta y tirando de él hacia adelante—. ¿O debería decir, Kent Abaldon?

Seis: Kent

Mi sangre se heló al instante. ¿Cómo coño sabía este imbécil mi nombre? ¿Mi nombre completo?

—No te lo esperabas, ¿verdad, cariño? —sonrió, sus colmillos brillando a la luz de la luna—. ¿Pensabas que ibas a venir aquí a amenazarme y que eso sería todo? —Dejó caer la lata de spray en su bolsa, dando un paso hacia mí—. No, no. Hice mi investigación. Y manchar tu nombre en tu elegante bufete sería demasiado fácil. Apuesto a que a tus clientes no les impresionaría saber que andas solicitando servicios a desconocidos en plena noche, ¿verdad?

Los músculos de mi mandíbula se tensaron, mis molares rechinando mientras miraba a este hombre. Sabía más sobre mí de lo que pensaba, y no podía entender cómo. Nuestro último encuentro había sido informal, por decir lo menos. No intercambiamos nombres, mi cartera no faltaba, y definitivamente no le conté nada sobre mi vida laboral. Pero de alguna manera, sabía cosas sobre mí que nadie en este pequeño pueblo debería saber.

—Veo que te he pillado desprevenido —se rio, poniendo las manos en las caderas—. Yo también hago mi investigación, ¿sabes? Especialmente cuando algún tipo decide que va a intentar entregarme por una recompensa en efectivo.

—Yo... no estaba...

—No lo niegues —se burló—. Eres mejor que eso. Ambos sabemos que lo único que te importa es la venta. —Me miró de arriba abajo, su mirada deteniéndose en mis labios—. Bueno, eso y una cosa más.

—No sé a qué te refieres...

—Kent. Cariño. Eres un pésimo mentiroso. —Dio un paso adelante, agarrando mi barbilla entre sus dedos—. Tienes un tic.

El contacto de su piel contra la mía me provocó escalofríos por la espalda. Me encontré inclinándome hacia adelante involuntariamente en su agarre. Había algo tan atrayente en este imbécil. Aunque lo odiaba, no podía negar que sentía un impulso inexplicable de estar cerca de él. La forma en que me miraba hacía que la sangre se me agolpara en la entrepierna, mientras las mariposas en mi estómago revoloteaban al mismo tiempo. ¿Qué clase de hechizo me había lanzado este idiota?

—E-Entonces, ¿q-qué hacemos ahora? —pregunté, mi voz volviendo lentamente—. Estamos en un punto muerto.

Soltó mi barbilla, mi cuerpo anhelando su toque en el momento en que nos separamos.

—Creo que ambos queremos algo de esto, cariño —dijo el hombre, cruzando los brazos sobre su pecho—. Para decirlo claramente, yo no quiero que me atrapen. Y tú... —Me miró de arriba abajo otra vez—. Tú necesitas sacarme de tu sistema, ¿no es así?

Mi mandíbula se tensó de nuevo. Quería gritar, decirle que estaba equivocado sobre mí. Pero la tensión en mis pantalones me decía lo contrario. Por mucho que no quisiera admitirlo, este tipo se me había metido bajo la piel. Lo deseaba... mucho. También quería golpearlo en la cara, pero chuparle la polla sería un buen comienzo.

—Mira —dijo el tipo encogiéndose de hombros—. Me importa una mierda si me odias o por qué tienes algo conmigo. Eso es algo que tú tienes que averiguar. Pero no veo por qué esto no puede ser mutuamente beneficioso, ¿verdad, cariño? Además, al final del día, vas a volver a casa de todos modos. No tienes nada que perder.

—Pero... —dije, sacudiendo la cabeza—. Lo que estás haciendo está mal. Estás arruinando los edificios de esta gente, sus valores de propiedad, y causando un disturbio.

—¿Oh? —se rio—. ¿Finalmente desarrollaste un sentido de la ética?

Lo miré fijamente, sin estar seguro de lo que quería decir.

—Kent Abaldon, el hombre que va por ahí consiguiendo propiedades para sus clientes ricos. Te abres paso para conseguir lo que tus clientes quieren y así poder cobrar un gran cheque. —Sus ojos azules se clavaron en los míos—. Mientras tanto, no te preocupas por las personas que pisoteas ni por las personas que tus clientes explotan para ganar su dinero en primer lugar. Mientras consigas lo que quieres, todo está bien.

—¿Y?

—Y —continuó—, estás ignorando los problemas que tienes justo frente a tus narices. El alcalde Anderson está incitando a la violencia contra la comunidad LGBTQ+ a través de sus discursos sobre valores tradicionales. —Se volvió, señalando la tienda de sándwiches detrás de él—. Y el dueño de esta tienda ha estado usando a la gente y descartándola durante años mientras apoya todos los esfuerzos del alcalde para promover su agenda. —Cruzó los brazos de nuevo, poniendo una expresión de desaprobación—. ¿Y vas a quedarte ahí parado y decirme que lo que estoy haciendo está mal? Que te jodan.

Mi mandíbula trabajaba mientras intentaba en vano encontrar un contraargumento. Pero por mucho que lo intentara, no se me ocurría nada.

—Eso es lo que pensaba —se burló—. Eres como todos los demás. Tienes todos estos ideales elevados hasta que alguien apunta el foco hacia ti. Bueno, lamento decírtelo, pero el resto de nosotros no nacimos con una cuchara de oro en la boca. Y algunos nos negamos a mirar hacia otro lado cuando la gente se comporta como imbécil en nuestro propio pueblo. No todos podemos volver corriendo a un ático y ignorar el mundo.

Lo miré fijamente, incapaz de encontrar algo mejor que decir. —¿Cómo demonios sabes tanto sobre mí?

Se rio, dando otro paso adelante para que estuviéramos a solo unos centímetros de distancia. Su mano se extendió, recorriendo mi brazo superior. Me estremecí ante su toque, mi piel erizándose bajo la tela.

—¿Ves esta máscara, cariño? —dijo mientras rodeaba la parte posterior de mi cuello—. Significa que podría ser tu recepcionista del hotel, tu barista, tu repartidor, o alguien incluso más cercano a ti de lo que esperarías. —Se inclinó cerca, sus labios casi tocando los míos—. Podría ser cualquiera, y nunca lo sabrías.

—Eso no es posible —repliqué—. Te reconocería en cualquier parte.

Levantó la mirada, esos ojos penetrando los míos una vez más. —Aún no lo has hecho.

—¿Quién eres?

Otra sonrisa arrogante se extendió por su rostro, y sentí que me derretía.

—Soy el chico malo con el que has estado soñando, cariño. La antítesis de toda esa gente estirada con la que trabajas a diario —me agarró la nuca con firmeza, una presión que casi me hizo caer en sus brazos—. Quieres algo nuevo y emocionante, ¿verdad? —Colocó su otra mano sobre mi corazón—. La idea te está volviendo loco, así que ¿por qué no dejar que suceda? No es para siempre. Solo un instante que podría darte un pequeño respiro de esta vida loca tuya —Se

acercó más a mí, sus labios rozando los míos—. ¿Por qué no te dejas ser libre por una vez?

Me quedé sin aliento teniéndolo tan cerca, mi sistema nervioso disparado a toda potencia. Mis manos ya estaban en su cintura. Cómo habían llegado allí, no tenía ni idea. Podía sentir su forma musculosa moviéndose bajo mis dedos, la fuerza de su cuerpo era palpable. Si se lo permitiera, podría levantarme y llevarme a donde quisiera. Y no podía negar que me gustaba. No necesitaba mirar hacia abajo para sentir mi bulto frotándose contra el suyo, la mínima fricción me hacía estremecer de anticipación.

Levanté la mirada hacia sus ojos azules que me atravesaban. ¿Realmente iba a dejar que esto sucediera? Tenía razón; me iría en tres semanas y nadie sabría jamás de nuestra conexión. Todo lo que tenía que hacer era mantener la boca cerrada sobre sus hábitos de pintura, y él me dejaría seguir con mi vida. Era un chantaje mutuo, pero nos mantenía a ambos a raya. Él haría su trabajo, yo recibiría mi pago, y ambos obtendríamos algo de sexo en el proceso. ¿Qué podría salir mal?

Sentí que el último vestigio de mi autocontrol se rompía cuando me incliné hacia adelante, mis labios presionados contra los suyos. Él gruñó satisfecho, apretando su agarre en mi nuca mientras forzaba su entrada en mi boca. No me resistí. Abriéndome a él, le permití explorar cada centímetro de mí, su lengua girando alrededor de la mía.

Cuando finalmente nos separamos, él estaba tan sin aliento como yo, su máscara ligeramente torcida por el calor de nuestra pasión.

—¿Eso es un sí, cariño? —preguntó, su mano aún en mi hombro—. ¿Tenemos un acuerdo?

—S-Sí —respondí, jadeando por aire—. Guardaré tu secreto si tú guardas el mío. Yo... no quiero que la gente sepa sobre... —Hice un gesto hacia él—. Esto.

—No es lo peor que me han llamado —se rio.

—Ojalá entendiera por qué me siento así... —suspiré. Las palabras eran principalmente para mí mismo—. Esto no es normal en mí.

—Ese es tu problema para resolver, cariño. Llama a tu terapeuta cuando llegues a casa si estás tan preocupado por ello.

—¿Qué te hace suponer que tengo un terapeuta?

—Por favor —se rio, ladeando la cadera mientras me miraba de arriba abajo—. Trabajo estresante y rígido, la ropa más impecable que he visto jamás, y obviamente tienes serios problemas de control. No hay manera de que no tengas un terapeuta.

Abrí la boca para replicar, pero me interrumpió.

—No creo que sea algo malo, cariño —añadió—. Pero probablemente te iría mucho mejor en una nueva línea de trabajo. Podría ahorrarte mucho en facturas médicas.

—Oh, ¿y supongo que debería empezar a pintar edificios con aerosol para ganarme la vida, entonces? —solté—. Ya que eres un experto en mi vida.

Meneó un dedo frente a mi cara, chasqueando la lengua. —Vamos, vamos. No te pongas así. No todo es un ataque a tu identidad.

—Bueno, tal vez si no sonaras como un imbécil cada vez que abres la boca...

—Así soy yo, nene —dijo, extendiendo los brazos—. Y te encanta.

Quería discutir; de verdad que sí. Sin embargo, este hombre, quien quiera que fuese, siempre tenía una respuesta que me enfurecía. Era un completo idiota, pero no podía discutir con él. Me gustaban sus gestos arrogantes y la forma en que nunca dejaba que nadie le superara. Aunque no sabía quién era, reconocía los muros de hielo que había erigido a su alrededor. Solo una vida llena de luchas podía hacer que alguien actuara así. Lo sabía porque yo también los tenía.

—¿Entonces cuándo vamos a empezar con esto? —pregunté al fin, viendo cómo sacaba más

latas de pintura de su bolsa.

—Empieza ahora —respondió con frialdad, mostrándome esa sonrisa torcida—. Con que tú hagas de vigía mientras termino este grafiti.

—Genial —resoplé, cruzando los brazos sobre el pecho—. Justo lo que quería ser, un cómplice.

—No te preocupes. Llegaremos a la parte del sexo pronto. Ten paciencia, cariño.

Miré arriba y abajo de la calle, apenas viendo algo mientras la energía nerviosa recorría mi cuerpo. Tenía miedo de que nos atraparan, miedo de que la gente supiera cuánto deseaba que este imbécil me follara, y miedo de lo dispuesto que estaba a seguir con esta locura. Claramente, hacer un viaje a este pequeño pueblo había causado un cortocircuito en mi cerebro. Tal vez era algo en el agua.

—¿Entonces cómo coño se supone que debo llamarte? —pregunté, gritando por encima de mi hombro.

El hombre enmascarado dio un paso atrás, señalando el grafiti en forma de pene con el arcoíris que se extendía por el frente de la tienda.

—Puedes llamarme Monstera.

Siete: Kent

La frustración era lo único que sentía mientras recorría pisoteando la tercera mansión frente al lago que había visitado esa mañana. Y no tenía nada que ver con la casa.

Había pasado la mitad de la noche de vigía para Monstera, solo para que me provocara y me dejara plantado en el último minuto. Dijo algo sobre que necesitaba probarme a mí mismo antes de darme un apretón en el trasero y largarse. Me fui a casa después de eso, completamente abatido y tan jodidamente caliente que no podía pensar con claridad. E incluso después de masturbarme y dormir un par de horas, no me sentía mejor. De hecho, me sentía peor que antes. Se había metido bajo mi piel de la peor manera posible.

Y mi inútil agente no estaba ayudando en absoluto.

Di la vuelta a la esquina y lo encontré sentado en la isla de la cocina, escribiendo en su teléfono como siempre lo hacía. No era de ninguna ayuda más allá de proporcionarme el código para entrar por la puerta principal. Sin mencionar que nunca tenía prisa por hacer nada. Mientras tanto, yo tenía el plazo más ajustado del planeta y un trato nocturno con un imbécil que se hacía el difícil.

Podría haber sido envidia de su aparentemente pacífica existencia. Pero principalmente, estaba simplemente cabreado.

—Vámonos, Eoin —ladré, dirigiéndome a través de la cocina hacia la puerta principal—. Este no es el lugar.

—Has visto casi todas las casas en venta en los últimos días —respondió, sin moverse aún de su sitio—. Me estoy quedando sin cosas que mostrarte.

—Entonces empecaremos a tocar puertas —repliqué con un bufido—. Lo que sea necesario para conseguir la casa perfecta para mi cliente.

—Tal vez si me dieras una idea de lo que están buscando, podría ayudar.

Me volví hacia él con una risa. —Claro. Podrías ayudar con mis clientes de lujo vestido así.

Eoin se miró a sí mismo, con las cejas fruncidas, no por enojo sino por confusión. —¿Hay algo mal?

Dios, era un pusilánime, y yo estaba demasiado malhumorado para contenerme.

—Tu atuendo es barato y sin ajustar, todo está arrugado, tus zapatos parecen sacados de una tienda de todo a un euro, y no estoy del todo convencido de que te hayas peinado. Nunca. ¿Cómo diablos consigues hacer ventas en primer lugar? Nadie te toma en serio vestido así.

Esperaba que se enfureciera, especialmente porque no estaba siendo cuidadoso con mis críticas. Pero simplemente se miró una vez más antes de volver a mirarme.

—¿Qué tienen que ver la ropa con vender una casa?

La pregunta era genuina y no algo que hubiera esperado. Por el comportamiento, la vestimenta y el tono de voz de Eoin, era evidente que había pasado la mayor parte de su vida trabajando en atención al cliente. Era bueno ocultando sus emociones y siempre sonaba agradable, incluso cuando yo estaba siendo francamente cruel con él. Pero, quizás por primera vez, me di cuenta de lo poca experiencia que tenía en el mundo de los negocios. Claro, estaba vendiendo casas, pero

era obvio que nunca había ido a una escuela de negocios ni había ocupado un puesto de alto rango en una corporación.

De repente, sentí que estaba pateando a un perro callejero. Había estado atacando a este hombre mentalmente, y no verbalmente, por lo que creía que era una persona intencional. Pero ahora me daba cuenta de que simplemente ignoraba las realidades de mi mundo.

—Mira —suspiré, pellizcándome el puente de la nariz—. Lo siento. Las cosas están realmente estresantes para mí en este momento. No debería haber dicho eso. Me disculpo.

—Vale —respondió, con la mirada aún fija en mí. Hizo una larga pausa—. ¿Es... Es mi ropa realmente tan mala?

Otro suspiro. —Eh... Quiero decir... no es... lo peor...

Dejó escapar una pequeña risa, su atractiva sonrisa tomándome por sorpresa por un momento. Por un breve segundo, vi más allá de su fachada desaliñada al hombre que había debajo. No me había fijado antes en la fuerte línea de su mandíbula o en cómo se le veían los caninos cuando sonreía.

—Esa no es la declaración más tranquilizadora que he escuchado nunca.

—¿Dónde... eh... la conseguiste?

—En Sears.

Ladeé la cabeza. —¿No quebraron en 2019?

Eoin asintió. —Sí. Esta es la misma ropa que conseguí para las entrevistas de trabajo justo después del instituto. —Agarró el frente de su camisa, sus dedos recorriendo los botones—. Supongo que probablemente ya son un poco viejas. —Me miró de nuevo—. El jefe nunca dijo nada, así que pensé que estaban bien.

—Tu jefe es un hombre de sesenta años que dirige la oficina desde Maine —respondí—. Por supuesto que no dijo nada.

Con cada intercambio, podía ver a Eoin cada vez más desanimado. Lo llevaba como un campeón, pero podía notar que le molestaba. Y lo peor era que me importaba. Menos de tres días en este pequeño pueblo y ya me estaba permitiendo tener corazón. Era ridículo. Pero no podía evitar ver un poco de mí mismo en Eoin. Me recordaba a una versión más joven de mí mismo, aunque suponía que teníamos casi la misma edad. Nadie me había enseñado cómo vestirme para el éxito o cómo abrirme camino en el mundo tampoco. Y, en lugar de dejar que Eoin lo descubriera por sí mismo, me sentí obligado a ayudarlo. Al menos un poco.

—Mira —dije, tomando asiento al otro lado de la isla de la cocina y entrelazando mis dedos sobre el frío mostrador de mármol—. No estoy diciendo nada de esto para hacerte sentir mal, pero tal vez sea hora de que mejores un poco tu guardarropa. La gente te tomará mucho más en serio cuando te vistas para el papel.

—¿No es eso como un ciclo sin fin? —preguntó—. ¿Comprar la ropa para hacer la venta y así poder comprar más ropa para hacer más ventas? Es como necesitar un coche para conseguir trabajo, pero necesitar el trabajo para conseguir el coche.

No pude evitar esbozar una sonrisa. Era más inteligente de lo que le había dado crédito.

—Sí, es un poco así. Pero en este caso, la ropa no es tan cara —hice un gesto abarcando toda la habitación—. Hay casas realmente bonitas por aquí en un pueblo bastante pequeño. Nadie va a esperar que lleves Armani. Pero si al menos tienes un aspecto bien arreglado, la gente te tomará mucho más en serio.

—¿Eso no me hará menos accesible? —preguntó—. Pensé que la gente quería agentes que parecieran amigables y con los pies en la tierra.

—Déjame impartirte una lección importante ahora mismo —dije, inclinándome sobre el

mostrador—. La gente no quiere que seas accesible. Quieren que parezcas saber lo que estás haciendo. Y vestirse apropiadamente ayudará con eso.

—No estoy seguro de creer eso.

—Míralo de esta manera —expliqué—. Si fueras a un mecánico y el tipo que iba a arreglar tu coche estuviera con un traje de tres piezas impecable, uñas perfectas y una camisa blanca inmaculada, ¿creerías que alguna vez ha trabajado en un coche?

—Yo...

—No, por supuesto que no. Esperarías ver a tipos grasientos cubiertos de suciedad y aceite, y confiarías más en ellos porque tienen la apariencia adecuada —extendí los brazos, mirando mi blazer de lana beige a medida y mi henley de lino—. Me visto así porque te dice que soy serio y confiable, pero también moderno y relajado.

—Esto suena realmente complicado... —dijo Eoin, tirando incómodamente de su propia corbata.

—Mira —respondí, estirándome sobre el mostrador y agarrando su corbata. Se desprendió fácilmente en mi mano—. Primera lección. Las corbatas bien hechas y sencillas son para ejecutivos de negocios. Las corbatas estampadas o divertidas son para maestros y gerentes de personal, que, si me preguntas, son la misma maldita cosa —di vuelta a su descolorida corbata de clip azul en mi mano—. Y las corbatas de clip solo las usan los vendedores de coches usados y los agentes de seguros, dos de las personas más odiadas en la faz del planeta.

—El jefe dice que es parte del código de vestimenta...

—Una vez más, tu jefe está en Maine —me reí—. No se va a dar cuenta.

Eoin me miró fijamente por un largo momento, su mandíbula trabajando mientras trataba de encontrar algo que decir. —¿P-por qué te importa? —preguntó al fin.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Su pregunta me había dejado perplejo. ¿Por qué me importaba?

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que yo no era del tipo mentor. Toda mi vida había sido siempre cuestión de supervivencia, y eso rara vez incluía a alguien más que a mí mismo. Es cierto que ahora me iba mucho mejor, pero eso no significaba que los sentimientos se hubieran ido. Pero mientras miraba a Eoin, tenía la sensación de que teníamos más en común de lo que yo sabía. Había algo familiar en él, algo que había visto antes. No podía precisar qué era exactamente. Tal vez él y yo habíamos tenido crianzas similares, y yo simplemente podía percibirlo. No había pruebas, por supuesto, pero eso no impedía que tuviera esos sentimientos.

—Mira —dije al fin—. Sé lo que es vivir en un pueblucho de mierda como este y sentir que nunca vas a llegar a ninguna parte. Y si eso es lo que quieres, está totalmente bien. No soy quien para juzgar. Pero creo que tú quieres más que eso, Eoin. Pones buena cara, pero hay más en ti que esta persona de servicio al cliente que llevas puesta todo el día. Simplemente aún no sé qué es.

Me levanté del mostrador, el taburete chirriando en el suelo de piedra mientras me ponía de pie. Eoin me miraba fijamente, sus ojos moviéndose rápidamente mientras sus labios permanecían firmemente apretados. Era fácil ver que había tocado una fibra sensible en él. Simplemente no estaba seguro de cómo todavía.

—Solo piénsalo —añadí—. Encuéntrame en el coche cuando estés listo. Me gustaría ver dos lugares más hoy si podemos.

Solo había dado unos pasos cuando me llamó.

—¿Qué... eh... haces este fin de semana, Kent?

Me detuve, volviéndome hacia él. —No tengo planes. ¿Por qué?

—No hay realmente nada por aquí, pero... ¿querías... no sé... ir de compras conmigo a Traverse

City?

Levanté una ceja en su dirección, y sus mejillas se sonrojaron inmediatamente.

—Solo... ya sabes... profesionalmente.

—Claro —dije encogiéndome de hombros—. Profesionalmente.

—Vale —asintió, con la mirada fija en el suelo—. Te... eh... enviaré los detalles por mensaje, supongo.

—Suená bien.

Con eso, me volví hacia la puerta, dejando a Eoin solo en la cocina. Y, por alguna razón, no pude evitar la sonrisa que se extendía por mi rostro.

Ocho: Eoin

¿En qué lío me había metido? Allí estaba yo, sentado en el asiento del copiloto del coche de alquiler de Kent, mientras hacíamos el largo viaje hasta Traverse City para ir de compras un sábado por la tarde.

El largo trayecto en coche me dio mucho tiempo para arrepentirme de mis decisiones. Sin embargo, en lugar de expresarlas en voz alta, decidí empeorar las cosas involucrando a mi mejor amigo, Hunter. Debería haber sabido que era mala idea contarle lo que estaba pasando, pero no pude evitarlo. La presión de ser dos personas diferentes con Kent me estaba superando, y necesitaba una forma de aliviar parte del estrés.

Hunter: ¡Pequeño golfo! Esto suena como algo sacado de una película porno. ¿Lo sabes, verdad?

Yo: Lo sé. Pero no es como si lo hubiera hecho a propósito. ¿Cómo iba a saber que el perverso que me estaba mirando iba a entrar en la agencia al día siguiente y contratarme?

Hunter: Sí, pero ahora vas de compras con él. A PROPÓSITO

Yo: Lo... lo sé. No entiendo qué me pasa...

Hunter: Entonces, ¿cuál crees que le gusta más? ¿El Eoin del trabajo o el Eoin de la noche?

Yo: No importa cuál le guste más. El punto es que probablemente lo descubrirá tarde o temprano.

Hunter: ¿Y? ¿Qué importa? Dijiste que se va en dos semanas de todos modos. ¿Por qué no simplemente divertirse y luego dejarlo ir?

Era una pregunta obvia y una a la que debería haber tenido respuesta. Me había estado devanando los sesos durante los últimos tres días tratando de encontrar una explicación, pero no la tenía. Kent sacaba a relucir dos lados muy distintos de mí. Cuando era Eoin, me hacía sentir comprendido y cuidado. Pero cuando era Monstera, me adoraba a mí y a mi cuerpo. Aunque todavía no le había dejado adorarme como él quería, íbamos por ese camino. Me encantaba el intercambio de poder con él en las calles, pero el problema era que no podía averiguar si realmente estaba interesado en Eoin o solo estaba siendo amable. Pero no quería arruinar algo bueno antes de que empezara, entregándome demasiado rápido como Monstera.

Ser dos personas diferentes era jodidamente raro.

Yo: Pero... quiero decir... ¿y si le gusto?

Hunter: ¿Oh? ¿Hay algo más que no me estás contando, amigo?

Yo: Qué coño voy a saber. Apenas puedo distinguir dónde está arriba ahora mismo.

Hunter: No me imagino que vaya a ser más fácil si dejas que esto siga. Vas a meter la pata eventualmente, y él se va a dar cuenta. Eso va a ser difícil de explicar.

Yo: YA es difícil de explicar... además es humano... eso ya son un montón de problemas de entrada

Hunter: Y no se va a volver más fácil.

Hunter tenía razón, por supuesto. Normalmente la tenía cuando se trataba de cosas así. Aunque nunca había sido la herramienta más afilada del cobertizo, sabía cómo hablar con la gente cuando se trataba de cosas importantes. Sabía que debería seguir su consejo y contarle la verdad a Kent ahora, pero estaba a casi dos horas de casa sin forma de volver si decidía dejarme atrás. Sin mencionar que ya había querido entregar a Monstera por la recompensa de diez mil dólares. ¿Quién dice que no lo haría en el momento en que le dijera la verdad? No era ningún secreto que no le gustaba Monstera. Quería follárselo, claro, pero ¿que le gustara? Esa era otra historia.

¿Y por qué coño me importaba?

No conocía a Kent más allá de lo que hacía en el trabajo. Entendía que era ambicioso y un poco cabrón, pero aparte de eso, realmente no tenía ni idea de quién era como persona. Cada día, captaba un atisbo de su personalidad, pero no era mucho en qué basarse.

Entonces, ¿por qué me sentía tan atraído por él? Simplemente estar sentado en el coche con él era una prueba de autocontrol. Su cálido aroma a cuero llenaba el interior, y era todo lo que podía hacer para ocultar la gruesa erección que serpenteaba por mi pierna durante todo el viaje. Obviamente, me atraía, pero incluso la lujuria tenía un límite, y esto había ido mucho más allá. Había algo más pasando, y me estaba volviendo loco.

—¿Estás bien ahí? —preguntó la voz ronca de Kent mientras miraba fijamente la carretera—. Pareces algo nervioso.

—S-Sí, lo siento —respondí, pasándome los dedos por el pelo. Escogí la mentira más fácil que se me ocurrió—. Es solo todo esto de hoy, ¿sabes?

—¿Qué? ¿Las compras?

—Supongo.

Se rio. Era un sonido hermoso. —¿Qué te tiene tan alterado sobre ir de compras?

—No lo sé... —mentí—. No es un lugar donde me sienta muy cómodo. Realmente no sé lo que estoy haciendo.

—No te preocupes, te ayudaré con eso. —Hizo una pausa por un momento—. ¿Hay algo más que te moleste?

—N-No... —suspiré.

Durante un largo momento, me quedé allí sentado, con la barbilla apoyada en la mano mientras miraba por la ventana.

—Bueno... quizás un poco —añadí por fin.

—¿Qué pasa?

—Mira, no quiero que esto suene grosero —empecé—. Pero... ¿por qué te importa? Ayudarme, quiero decir. Sé que dijiste que sabes lo que es crecer en un pueblo pequeño y todo eso, pero ¿por qué realmente me estás ayudando?

—¿Necesito más razón que esa?

Suspiré. —Supongo que no. Es solo que es sospechoso.

—¿Sospechoso?

Pareció un poco ofendido. Tomé una respiración profunda, sabiendo que tenía que darle al menos algo de verdad. Necesitaba entender la verdadera razón de mi pregunta.

—La gente no es amable sin motivo —respondí despacio—. Lo hacen porque quieren algo.

Su actitud cambió a la defensiva de inmediato.

—¿Y qué crees que podrías darme tú que yo no pudiera conseguir por mí mismo?

—No intento ser grosero contigo, te lo juro —añadí rápidamente, poniendo mi mano en su brazo. En el momento en que nos tocamos, sentí que mi piel se erizaba, la sensación de hormigueo

llegando hasta la base de mi columna—. Supongo que intento decir que no estoy acostumbrado a esto, y es difícil saber cómo actuar. ¿Tiene sentido?

Se ablandó bajo mi tacto, su cuerpo relajándose una vez más.

—Lo entiendo —asintió con un profundo suspiro. Sus ojos color avellana me miraron de reojo—. Tenía la sensación de que había más en ti que esta fachada de trabajo que llevas. Desde el momento en que te conocí, supe lo que eras.

Mi corazón comenzó a acelerarse de repente, la adrenalina bombeando por mis venas. ¿Qué sabía él de mí? ¿Sabía que yo era Monstera? Tal vez sabía que era un hombre lobo. O quizás, solo quizás, ya lo había descubierto todo, y esta farsa podría terminar antes de empezar. La idea era emocionante y aterradora a partes iguales. Me quedé allí sentado, mirándolo, esperando las siguientes palabras que salieran de sus labios.

—Creciste siendo queer en un pueblo pequeño, y apuesto mi último dólar a que tus padres te repudiaron.

Ladeé la cabeza confundido. Era una suposición acertada, pero no la esperaba. Aunque, pensándolo bien, nunca le había dicho a Kent que era gay. Eso parecía estar un poco fuera de las presentaciones necesarias en un ambiente de trabajo. No era algo que intentara ocultar, pero tampoco era demasiado obvio al respecto, ya que todavía tenía que trabajar con un público mayormente conservador. Sin embargo, la parte sobre ser repudiado por mi familia fue una sorpresa.

—Yo... ¿c-cómo lo supiste?

—¿Acerté en ambas partes?

—S-Sí.

Sonrió.

—La parte gay fue fácil, aunque definitivamente no vistes acorde. —Me dedicó otra sonrisa—. Sin ofender.

—No me ofendo. Es ropa de trabajo.

—En cuanto a lo de la familia —continuó encogiéndose de hombros—, el trauma reconoce al trauma.

Lo miré boquiabierto.

—¿Tus padres también te echaron?

—No. Nunca tuve. Salí del sistema de acogida al cumplir la mayoría de edad.

De nuevo, completa sorpresa.

—P-Pero ¡mira lo bien que te va!

Eso realmente lo hizo reír.

—Esa es siempre la primera reacción de todos —dijo—. Así que puedes imaginar que nadie tenía grandes esperanzas para un chico gay inadoptable en el sistema. —Frunció el ceño mientras volvía a mirar la carretera—. Pero les demostré lo contrario, ¿no? Solo veintinueve años y casi un millón de dólares en el banco. No está mal para un niño de acogida.

Había mil formas en las que podría haber respondido, y elegí la más estúpida.

—Eres mayor que yo.

—Sí, lo supuse —asintió—. ¿Qué tienes? ¿Veintidós o algo así?

—Tengo veinticuatro, gracias.

—Aún un bebé —se rio.

—Yo tampoco lo estoy haciendo tan mal, ¿sabes? —añadí, cruzando los brazos—. Tengo mi propio lugar y algo de dinero ahorrado. No tanto como tú, pero un buen nido de huevos para mi próximo proyecto. No está mal para alguien que fue echado de casa a los dieciséis.

Extendió la mano y me dio una palmadita en el hombro.

—Eres adorable cuando te exaltas.

El calor subió a mis mejillas en un instante. Incluso con sus ojos en la carretera, no había forma de que no me viera sonrojar. El calor se extendió por mi cuerpo desde donde me tocó, dirigiéndose directamente hacia mi entrepierna. Su olor cambió ligeramente al mismo tiempo.

Me deseaba.

—Lo siento si me pasé de la raya —dijo, retirando su mano—. Dijiste que este era un viaje profesional, después de todo.

Mi cuerpo anhelaba su contacto de nuevo, pero me obligué a permanecer sentado.

—Yo... eh... supongo que puedo ser adorable profesionalmente, ¿verdad? —me reí nerviosamente.

Kent me miró de reojo, guiñándome un ojo.

—No veo por qué no.

Nueve: Eoin

—No sé qué coño voy a hacer, Hunter —suspiré, abriendo agresivamente el envoltorio de mi hamburguesa—. Esto ya es demasiado complicado.

Estaba encaramado en una mesa de picnic húmeda en un parque local junto a mi mejor amigo después de jugar al baloncesto toda la mañana. Entre el aire frío, el sudor y la llovizna que caía, parecía una rata medio ahogada devorando basura jugosa. Mientras tanto, Hunter estaba agradablemente sonrojado, como un dios griego sin camisa, y perfectamente tranquilo mientras comía una sola patata frita. Era en momentos como estos que lo odiaba.

—Esta vez la he cagado de verdad —continué, metiendo comida en mi boca.

—¿Es realmente tan difícil decírselo? —preguntó Hunter, cogiendo otra patata y sumergiéndola en su batido de chocolate varias veces antes de metérsela en la boca—. Las mentiras no son una buena forma de empezar una relación.

Lo miré fijamente durante un largo momento, observando cómo masticaba la abominación que había creado.

—Tienes unos hábitos alimenticios asquerosos.

—¡Es dulce y salado! Es una combinación clásica —replicó, sumergiendo otra patata—. No cambies de tema.

Puse los ojos en blanco.

—No, no puedo simplemente decírselo, Hunter —suspiré—. En primer lugar, quería entregarme la noche que me encontró. Quiere esa recompensa.

—Bueno, ¿quién puede culparlo? Incluso yo pensé en entregarte por diez mil dólares.

Le lancé una mirada fulminante.

—Que habría compartido contigo una vez que salieras de prisión.

—Vaya, gracias —me burlé—. Además, ese no es el mayor problema.

—¿Entonces cuál es?

Esta era la parte que había estado evitando con Hunter. Él no sabía que Kent era humano. Ciertamente, no era raro que los lobos tuvieran aventuras con humanos. Pero ¿desarrollar posibles sentimientos reales? Eso era un gran tabú en nuestra manada. Había una razón por la que mi primo Wyatt y su pareja humana tuvieron que abandonar la manada cuando se juntaron.

Sabía que Hunter no me lo tendría en cuenta, pero siendo el sobrino del Alfa, no podía ser visto con lobos que pudieran burlar las reglas. Ya era bastante malo que yo fuera gay, pero tomar un amante humano podría separarnos permanentemente.

—Kent es... bueno... él es... humano.

Hunter se detuvo con una patata chocolateada a medio camino de su boca.

—Oh —dijo—. Supongo que eso complica un poco las cosas.

—Solo un poco.

Ambos nos quedamos en silencio durante un largo momento, comiendo lentamente nuestros grasientos almuerzos. Hunter no estaba enfadado. Eso se veía claramente. Pero ni siquiera yo podía negar que esto podría crear una brecha entre nosotros. Él tenía un legado de liderazgo de

manada que mantener, y yo era un don nadie prescindible. Si se tratara de perder su estatus o seguir siendo amigos, yo animaría a Hunter a mantener su estatus. Me importaba mucho, pero su vida iba a ser de lujo y comodidad, y no le quitaría eso a nadie.

—¿Qué hay de esa otra manada? —dijo Hunter por fin, mirándome—. ¿La que inició Packard?

—¿Te refieres a Parker? —me reí—. La Manada Ombra. ¿Qué pasa con ella?

—Ellos permiten apareamientos mixtos, ¿no?

—S-Sí.

—Y todos son gay.

—¿A dónde quieres llegar?

Me dio un codazo en el hombro.

—¿Por qué no te unes a ellos?

Intenté poner mi mejor cara de sorpresa para Hunter, pero la verdad es que había estado pensando en unirme a la Manada Ombra durante los últimos dos meses. Desde que Wyatt dejó la agencia, había estado enviándole mensajes con actualizaciones, y él había estado compartiendo algo de su propia vida. Nunca habíamos sido los amigos más cercanos, pero parecía que nos estábamos poniendo al día rápidamente.

Todo lo que me contaba sobre la Manada Ombra parecía maravilloso. Parker era un Alfa amable y cariñoso que no daba órdenes a sus subordinados. De hecho, toda la estructura de la manada parecía ser poco tradicional, con todos haciendo más o menos lo suyo a menos que necesitaran apoyo. Wyatt también me había animado a unirme a ellos. Incluso me había invitado a su cena compartida de Halloween de la manada en los próximos días.

—Yo... no lo había pensado —mentí, incapaz de mantener el contacto visual con Hunter.

—Eres un mal mentiroso.

—¿Q-Qué?

—Puede que no sea muy listo —continuó, dándome otro codazo—. Pero sé cuándo la gente miente. Eres demasiado fácil de leer.

—Vale, vale... —suspiré—. Wyatt me ha estado contando sobre eso.

—¿Ves? ¡Ya tienes una entrada! Eso es genial.

Estaba todo sonrisas, pero olvidó un punto muy importante.

—¿Y qué? ¿Qué pasa con esto? —dije, señalándonos a los dos—. Si dejara la manada, ¿se te permitiría siquiera hablar conmigo? Tu padre es el Beta de la manada.

—No creo-

—Y luego, si tomo una pareja humana, que no estoy diciendo que vaya a hacerlo, eso haría las cosas aún más tensas. —Extendí la mano, colocándola en su hombro—. Eres mi mejor amigo, Hunter. No quiero perder esto. Me conoces... Yo... no tengo mucho más.

Sonaba un poco dramático decirlo en voz alta, pero había verdad en ello. Hunter había sido mi mejor amigo desde la escuela primaria y el único lobo que se mantuvo a mi lado después de que mis padres me echaran de casa. Incluso intentó que sus padres me dejaran vivir con ellos, pero no quisieron ni oír hablar de ello. Un lobo gay ya era suficiente problema, pero si vivía con su hijo, los rumores sobre nosotros dos circularían rápido. Ya éramos inseparables en ese momento, así que no haría falta mucho para arruinar su reputación para siempre.

En su lugar, los había convencido de proporcionarme un refugio temporal en uno de los moteles que poseían en la ciudad. Podría quedarme allí gratis, bajo el cuidado de la manada, hasta que cumpliera dieciocho años y me graduara de la escuela secundaria. Después de eso, estaría por mi cuenta. Era más de lo que jamás podría haber esperado, y tenía que agradecerse todo a Hunter.

—Eoin —respondió, rodeándome los hombros con el brazo—. No me voy a ninguna parte.

Ambos somos adultos ahora, y si mi padre quiere alterarse por con quién te acuestas, ese es su problema, no el mío. —Me acercó más, alborotando mi cabello ya desordenado y húmedo—. Se necesitará mucho más que eso para deshacerte de mí.

—Gracias, Hunter.

Me gustaban las palabras que decía, pero no podía evitar preguntarme si tenían algo de verdad. Tal vez lo decía en serio, pero cuando se trataba de liderazgo de manada y legados, la tradición y la familia tenían la costumbre de siempre tener la última palabra. La verdad era que, una vez que abandonara el barco, no habría vuelta atrás. Cualquier consecuencia que surgiera estaría completamente fuera de mi control.

—Entonces, ¿cómo es este tipo? —preguntó Hunter, quitando su brazo y volviendo a sus papas fritas—. Obviamente, te ha calado un poco, así que tengo curiosidad.

—Es un poco imbécil, honestamente —suspiré—. Pero a veces es agradable.

—Esa es una crítica deslumbrante.

—No lo sé, joder, Hunter —bufé—. Es un poco cabrón, pero es un cabrón como yo. Lo hace porque la vida ha sido dura con él. Pero no puedo odiarlo demasiado por eso. El muy idiota me llevó de compras ayer y me compró ropa y cosas.

Hunter me miró fijamente por un largo momento, con la boca parcialmente abierta. —Vaya... debes gustar realmente de este tipo —dijo, con una sonrisa extendiéndose por su rostro—. Hacía tiempo que no te oía usar un lenguaje tan colorido.

—Oh, por el amor de Dios...

—¡Te tiene alterado!

—¡Por supuesto que sí! —casi grité—. Durante el día, está siendo dulce conmigo, y por la noche, está en el pavimento rogando por chuparme la polla.

Las palabras resonaron en la cancha de baloncesto al aire libre, y un par de viejas arpías se volvieron en nuestra dirección, claramente molestas por el lenguaje que estaba usando. Pero no me importaba. Hunter, sin embargo, se había puesto rojo como un tomate.

—Bueno... esa es una... situación interesante.

—¡Sí, dímelo a mí! —Dejé caer mi hamburguesa de vuelta en la bolsa, incapaz de seguir comiendo porque estaba tan frustrado—. Eoin quiere llevarme al centro comercial y ayudarlo. Pero ¿Monstera? Me dejaría doblarlo sobre un banco del parque y montarlo allí mismo en la acera si le diera la más mínima oportunidad. —Levanté las manos frustrado—. Y el problema es que quiero todo... así que no sé qué hacer.

—¿Y decírselo no te permitiría tener ambos lados?

Negué con la cabeza. —No es probable. Estoy bastante seguro de que se avergüenza completamente de lo que siente hacia Monstera. Sin mencionar que Kent lo odia.

—¿Dónde te ubicas tú en todo esto? —preguntó Hunter—. ¿El verdadero tú? Sigues hablando de Eoin y Monstera como si fueran personas diferentes.

—Quiero decir... lo son —suspiré—. El tipo que trabaja en una agencia inmobiliaria y el que pinta con aerosol edificios por la noche son dos personas completamente diferentes. Uno es un gran pusilánime que deja que la gente lo pisotee, y el otro le daría un puñetazo a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—¿No hay manera de unir a los dos?

Negué con la cabeza. —No lo sé. No parece posible.

—Bueno... ¿de cuál te vas a deshacer entonces?

Miré a Hunter, frunciendo el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Si esos dos lados tuyos son tan profundamente incompatibles, uno de ellos tiene que irse. No

puedes vivir el resto de tu vida en guerra contigo mismo.

—Yo... no lo había pensado de esa manera...

—Pero, tengo la sensación de que Eoin y Monstera tienen más en común de lo que crees. Simplemente aún no has descubierto cómo pueden vivir en armonía. —Hizo una pausa por un momento—. Tal vez Kent sea la respuesta a eso.

—No necesito a un hombre para arreglarme...

—No, no lo necesitas —respondió—. Pero un poco de amor no te haría daño tampoco, ¿sabes?

—Se acercó, empujándome el hombro de nuevo—. No te mataría darle una oportunidad a la felicidad por una vez, ¿verdad?

—Palabras fáciles viniendo del tipo que siempre está feliz.

Hunter me guiñó un ojo. —Entonces aprende con el ejemplo. Arriésgate y sé feliz por una vez.

—Me resiento por eso —respondí, agarrando mi hamburguesa y metiéndomela en la boca de nuevo—. Y creo que es hora de que te patee el trasero otra vez en el baloncesto.

—¿Otra vez? —se rio—. Nunca ganaste para empezar.

—Ya veremos. —Me comí lo último de la hamburguesa de un bocado gigante antes de saltar de la mesa de picnic—. ¡Vamos, labrador crecido! ¡Vamos!

Diez: Kent

Llevaba tres noches deambulando por las calles del centro de Ludington en busca del hombre enmascarado. No estaba seguro si me sentía aliviado de no haberlo encontrado aún o decepcionado de que pareciera no estar por ninguna parte. Probablemente ambas cosas, si era honesto conmigo mismo. No es que me agradara especialmente, pero no podía negar lo poderosamente atraído que me sentía hacia él. Eso, por encima de todo, era profundamente confuso.

Era en él en quien pensaba cada mañana al despertar, con mi erección matutina frotándose contra las sábanas. Y eran sus palabras las que escuchaba cuando mi mano inevitablemente bajaba para acariciarme. Lo deseaba tanto que casi podía saborearlo. Incluso ahora, con solo pensar en él, caminaba por las calles con una semi erección apretada contra mi pierna. Se estaba volviendo difícil funcionar normalmente, especialmente porque mi mente siempre terminaba volviendo a él. Y luego estaba Eoin. No podía negar que sentía algo por él, aunque era un sentimiento completamente diferente en cierto modo. El tiempo con él se sentía fácil y suave, como estar con un viejo amigo que acabas de conocer. Además, no tenía que preocuparme por ser arrestado como cómplice si alguien me veía con él. Podíamos salir y hacer cosas normales en el pueblo, algo que nunca podría hacer con Monstera. Quienquiera que fuese.

Pero sobre todo, simplemente no estaba seguro de nada. El hombre enmascarado nunca sería nada más, y yo anhelaba algo más. Y Eoin era un don nadie de pueblo pequeño. No se lo reprochaba, pero yo no podía dejar mi mundo atrás, y no estaba seguro de que él pudiera sobrevivir en el mío. Me había llevado casi una década aprender a vivir en un lugar así. ¿Cómo podía esperar que Eoin lo entendiera en un par de semanas? ¿Y siquiera querría hacerlo? Apenas nos conocíamos.

El reloj avanzaba mucho más rápido de lo que esperaba. Aunque, lo último que pensé que me encontraría era un chico lindo. Y definitivamente no esperaba dos.

Al doblar la esquina de la acera húmeda, me quedé paralizado en el momento en que levanté la mirada. Allí, bañado por el resplandor de neón bajo un oscuro escaparate, estaba el hombre que había estado buscando. No me había notado; su atención estaba enfocada en su trabajo mientras pintaba. El traqueteo de la lata de aerosol resonaba en la calle, seguido por el silbido de la pintura mientras hacía otra marca. Era hipnotizante verlo bailar de un lado a otro, creando con gracia su obra maestra.

O al menos podría haberlo sido si no fuera otro enorme pene arcoíris.

—¿Qué hizo este? —le grité mientras cruzaba la calle hacia él—. Seguro que tienes una razón. Siempre la tienes.

Ni siquiera se volvió para mirarme, sino que continuó pintando.

—El dueño de este edificio está en la comisión local de zonificación. Recientemente, junto con el alcalde, prohibieron el izar cualquier bandera que no fuera la estadounidense —hizo una pausa por un momento, rellenando una de las letras—. Esto después de que el alcalde intentara y fracasara en cancelar el desfile del Orgullo del próximo año.

—Podrías simplemente asesinarlos, ¿sabes? —sugerí—. Te ahorraría mucho tiempo.

—Ah, sí. Estoy seguro de que eso realmente ayudaría a nuestra causa y definitivamente no crearía un montón de animosidad hacia toda nuestra comunidad.

—¿Entonces qué? ¿Vas a ser un vigilante por el resto de tu vida? ¿Leíste demasiados cómics de Batman mientras crecías o algo así?

Eso lo hizo detenerse. Se dio la vuelta, con la lata de pintura aún en el aire.

—¿Viniste aquí solo para regañarme, Kent, o vas a vigilar?

—No vine aquí para hacer ninguna de las dos cosas.

—Y sin embargo, aquí estás, cariño —arrojó la lata en su bolsa—. Entonces, ¿por qué sigues volviendo?

Me quedé allí por un largo momento, tratando de encontrar las palabras correctas. Mi mandíbula trabajaba, pero nada salía. Sabía cuál era la verdad, pero hasta ahora no había sido capaz de decirla en voz alta. En su lugar, di unos pasos hacia adelante hasta quedar a solo unos centímetros del hombre enmascarado.

Levantando la mano, la coloqué en el lado de su rostro. No se estremeció, pero sus ojos me observaban atentamente, esperando el momento en que lo traicionara y le arrancara la máscara. No lo hice. No es que no se me hubiera pasado por la mente.

—Te está matando, ¿no es así, cariño? —gruñó, con la voz apenas por encima de un susurro—. No puedes dejar de pensar en ello.

Odiaba lo jodidamente arrogante que sonaba todo el tiempo. Pero no podía negar que tenía razón. Había estado pensando en él cada mañana, noche y día desde que lo conocí. Cada vez que captaba un olor a pintura o veía una etiqueta en el costado de un edificio, pensaba en él. Y cada vez que mi cuerpo anhelaba ser tocado, era su mano la que añoraba.

Había hecho más que meterse bajo mi piel. Se había convertido en una obsesión. Yo era un hombre muriendo de hambre, y él era el único que podía saciarme.

Me incliné cerca, nuestros labios a solo un par de centímetros de distancia.

—P-Por favor... —murmuré.

Sonrió, mostrando sus brillantes caninos blancos.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, cariño?

Cerrando los ojos con fuerza, asentí lentamente. Solo esta vez. Una vez que lo sacara de mi sistema, todo estaría bien. Además, me iría en un par de semanas y dejaría atrás a este extraño para siempre. Al menos quería llevarme la experiencia conmigo. Después de eso, podría dedicar mi tiempo y energía a construir algo que valiera la pena. Tal vez algo con Eoin...

Todo eso se borró de mi mente en el momento en que los labios de Monstera tocaron los míos.

Una sensación eléctrica recorrió mi cuerpo, comenzando en mis labios y extendiéndose hasta la punta de mis pies. Cada centímetro de mi piel se erizó exquisitamente, suplicando que fuera más allá. Sentí su lengua presionar contra mis dientes, y por instinto, le permití explorar. Saboreé la sensación de tenerlo dentro de mí y me pregunté cómo sería llegar aún más lejos.

De repente, se apartó, y mi corazón se hundió cuando retrocedió hacia la pared. Sin embargo, en lugar de volver a pintar, recogió sus suministros y se echó la mochila al hombro antes de extender una mano.

—Dos reglas —dijo, retirando su mano antes de que pudiera tomarla—. Una, la máscara nunca se quita.

Asentí. —¿Y la otra?

Sus ojos se entornaron, una sonrisa arrogante se extendió por su rostro. —Harás exactamente lo que yo diga.

No tuve tiempo de contemplar la plétora de posibilidades que eso me abría. En su lugar, simplemente asentí, aceptando cualquier destino que pudiera sobrevenirme sin cuestionarlo.

—Ansioso —murmuró Monstera—. No estoy seguro si eso es bueno o no.

—No es como si hiciera esto con cualquiera —repliqué.

—Aww, ¿qué me hace tan especial?

—Yo... no lo sé...

Se acercó a mí, tomándome de la mano. Su voz se suavizó mientras me miraba. —Si te hace sentir mejor, me tomo en serio mi salud. No tienes nada de qué preocuparte.

No pude evitar fruncir el ceño mientras encontraba su mirada. ¿De dónde demonios había salido eso? No me malinterpretes, era bueno escucharlo. Simplemente parecía tan fuera de carácter para este tipo. ¿Por qué le importaba?

—A pesar del nombre —gruñó, dando un tirón a mi mano mientras me guiaba—. No soy un maldito monstruo total.

¿Podría haber más en este tipo de lo que pensaba?

Supongo que estaba a punto de averiguarlo.

Once: Eoin

Mi corazón se elevó con los dedos de Kent entrelazados con los míos mientras lo guiaba por la parte trasera del edificio y calle abajo. La pintura no estaba completamente terminada, pero había suficiente para transmitir mi mensaje. Además, desde el momento en que Kent me besó, estaba demasiado excitado para pensar en otra cosa. Incluso mis holgados pantalones de chándal corrían el riesgo de que se les hiciera un agujero en la tela.

Una rápida mirada hacia él reveló que se encontraba en un estado similar. Después de días viajando en coche con él, mirando mansiones durante el día, apenas podía contenerme cuando se me acercó. No tuve tiempo de pensar en lo que significaba para Eoin que Monstera estuviera siendo cortejado, y honestamente, no estaba seguro de que me importara. Éramos la misma persona. Y no era como si Kent me perteneciera de ninguna manera. Claro, había hecho insinuaciones, pero eso no significaba que fuéramos pareja ni nada por el estilo. No habíamos hablado de exclusividad, así que no importaba.

Al menos, eso es lo que me repetía a mí mismo. No es que fuera a detenerme de todos modos.

A solo dos manzanas del centro había un parque de tamaño decente. Había campos de béisbol y un trozo de bosque con senderos que lo atravesaban. Estaría totalmente abandonado a esta hora de la noche, y podríamos tener al menos un poco de privacidad. Follar en público no era realmente lo mío, pero llevarlo de vuelta a mi apartamento sería una señal evidente. Por mucho que Kent me deseara, eso no significaba que no me entregaría por la recompensa después de conseguir lo que quería. No podía confiar en él. Al menos, no todavía.

—¿Adónde vamos? —preguntó como si pudiera leer mis pensamientos.

—Hay un parque cerca —resoplé—. A menos que prefieras que te folle sobre un contenedor en un callejón.

—Un parque suena genial.

Eso pensaba. Estaba necesitado, pero no sin al menos algo de clase.

Nos apresuramos en silencio, sin más sonido que el de nuestros zapatos contra el pavimento húmedo mientras caminábamos de la mano. Al principio, me sorprendió que no me hubiera soltado, pero a medida que avanzábamos, comencé a disfrutar de la intimidad de un acto tan pequeño. Hacía años que no iba de la mano con alguien, especialmente en público. Después de ser desheredado, pensé que era mejor mantener esas cosas en secreto. Pero aquí, en medio de la noche, nadie podía vernos. Era una sensación extrañamente liberadora.

Al final de la calle, giramos a la izquierda y continuamos por otra manzana. Allí, en el lado derecho, estaba la pequeña entrada enrejada del parque. Sin embargo, la reja solo estaba destinada a mantener fuera los coches. Guíe a Kent alrededor de ella y por el sendero de grava a través de los árboles. Finalmente, se abrió a un amplio espacio con un par de campos de béisbol a un lado y una gran área de pícnic cubierta al otro. El camino a través del bosque estaba justo más allá.

Sin embargo, al acercarnos al área de pícnic, levanté la nariz al cielo, respirando profundamente.

—Va a llover de nuevo —dije, ajustando nuestro rumbo.

Kent miró hacia arriba. —Pero el cielo está despejado.

—Créeme —respondí—. Puedo oler los truenos.

—¿Eres un perro o algo así? —se rio.

Negué con la cabeza, forzándome a no sonreír. Si solo supiera la verdad. Esa era otra mentira que tendría que superar eventualmente, pero ahora mismo, era lo último que me importaba.

En el momento en que estuvimos bajo el refugio, el cielo hacia el oeste se iluminó. Ambos nos quedamos mirando por un largo momento, contando en silencio. Tardó casi veinte segundos en llegar el último retumbar de los truenos. Estaba lejos, pero no tardaría mucho en llegar aquí. Lo consideré una suerte. Nadie esperaría que dos personas estuvieran jugando en el parque en medio de una tormenta eléctrica.

—¿Y bien? —dije, volviéndome hacia él por fin—. ¿Vas a ponerte de rodillas o qué, cariño?

Kent se burló, sus ojos vagando hacia el bulto en mis pantalones al que había estado echando miradas furtivas durante los últimos diez minutos. —Sabes... podrías tratarme con un poco de dignidad.

—Eso no es lo que realmente quieres, ¿verdad?

No respondió.

—Eso pensé. Ahora empieza a chupar —dije mientras agarraba un puñado de su cabello y lo empujaba de rodillas—. Y si me muerdes, te arrepentirás. ¿Entendido?

—S-Sí, señor.

—Bien.

Por fin lo solté. En el momento en que quedó libre, sus manos estaban bajando mis pantalones deportivos, permitiendo que mi gruesa verga rebotara libre al fin. Se detuvo por un momento, admirando la luna creciente negra tatuada en mi cadera. Sus dedos la trazaron por un instante antes de que su mano izquierda se alzara, ya bombeando la base de mi miembro. La otra bajó para forcejear con el cierre de sus propios pantalones.

Se me ocurrió ayudarlo, pero en ese momento no me importaba su placer. Estaba tan abrumado por la necesidad que apenas podía pensar en otra cosa. Además, él no buscaba un amante generoso. Quería servirme.

Kent se inclinó hacia adelante, sus labios se entreabrieron ligeramente mientras probaba nerviosamente mi verga. Su lengua se asomó, atrapando la gota de líquido preseminal que se deslizaba por la hendidura. En el momento en que tocó su lengua, sus ojos se abrieron de par en par y emitió un suave gemido. Un instante después, sentí su cálida boca abrirse de par en par, tragando la mitad de mi miembro de una sola vez. La repentina oleada de placer me arrancó un jadeo, pero él no se detuvo.

Con una mano bombeando y sus labios deslizándose arriba y abajo por mi eje, me sentí en el cielo en cuestión de segundos. Este tipo definitivamente había chupado pollas antes. Era prácticamente un profesional. Además, una rápida mirada hacia abajo me mostró que su verga, ahora libre de sus pantalones, estaba dura como una roca y goteaba líquido preseminal sobre el pavimento. Y no era un espécimen nada despreciable.

Agarré un puñado de su cabello de nuevo por instinto, guiándolo arriba y abajo por mi polla. Me sorprendí preguntándome cómo se sentiría su apretado culo envolviendo mi verga, pero estaba demasiado impresionado con su lengua serpenteante como para preguntar. Había algo en su forma de moverse, en su olor y en cómo cada pequeño roce enviaba descargas eléctricas por todo mi cuerpo. No habría podido pedirle que se detuviera aunque quisiera. Estaba completa y totalmente bajo su hechizo.

Pero no me importaba. Habían pasado meses desde la última vez que me había corrido con otra

persona, y no iba a dejar pasar la oportunidad.

Me miraba con esos penetrantes ojos color avellana, sus labios hinchados y carnosos mientras los trabajaba arriba y abajo de mi polla dura como una roca. No tenía problemas para tomar más de la mitad de mí, y su mano compensaba el resto. Mis pesadas bolas se balanceaban de un lado a otro, prácticamente golpeando su barbilla mientras aumentaba la velocidad. Yo sabía lo que él quería, y a juzgar por lo rápido que se masturbaba, tampoco iba a durar mucho.

—Sé lo que necesitan los chicos como tú —dije, usando el puñado de cabello para obligarlo a ir más rápido.

Gimió contra mi verga, disfrutando de su castigo. Las vibraciones resonaron por todo mi cuerpo, volviéndome loco. Podía sentir mis abdominales tensándose y mis bolas contrayéndose. Me estaba acercando, y sabía exactamente cómo quería terminar este pequeño experimento.

Sin previo aviso, di un paso atrás, mi polla resbalando de su boca con un sonoro chasquido. Al mismo tiempo, la agarré, acariciándome hasta el límite. Él se inclinó hacia adelante sobre sus rodillas, con la boca abierta y la lengua afuera, listo para recibir mi regalo.

Un gruñido bajo escapó de mis labios al llegar al clímax, mi miembro pulsando una y otra vez. El semen cubrió su boca, rostro y cabello mientras descargaba al menos una semana de lujuria contenida. Mis caderas se sacudían incontrolablemente, enviando los últimos chorros sobre sus hombros y pecho, cubriendo su elegante chaqueta de semen.

La mirada en sus ojos era de puro éxtasis. De hecho, en el momento en que derramé mi carga sobre su rostro, gimió fuertemente, y observé cómo derramaba su semilla por todo el pavimento. Se corrió una y otra vez, lamiendo sus labios hinchados en un vano intento de consumir todo lo que le había dado.

En un instante, se había convertido en un desastre jadeante y cubierto de semen. Di un apretón a mi miembro, exprimiendo las últimas gotas antes de guardarlo y agacharme frente a él. Extendí la mano y le di una palmada firme en el rostro, en una muestra de dominación arrogante.

—Buen trabajo, cariño —arrullé—. Quizás la próxima vez pueda ir en tu trasero.

Con eso, me di la vuelta, agarré mi bolso y salí corriendo hacia la lluvia que se avecinaba, dejándolo arrodillado bajo el refugio del picnic cubierto con el semen de un extraño enmascarado.

Doce: Kent

—Todavía no he encontrado la casa perfecta para usted, señor Thompson, pero sé que estoy cerca —dije por teléfono, con la otra mejilla apoyada contra el frío escritorio—. Pero estoy dispuesto a quedarme aquí el tiempo que sea necesario para encontrar lo que busca.

Al otro lado del teléfono hubo una serie de palabras que me llevó demasiado tiempo descifrar.

—Sí, entiendo que le gustaría incluir la compra en las deducciones del cuarto trimestre —respondí—. Haré todo lo posible.

La línea se cortó y suspiré, deslizando el teléfono sobre el escritorio.

Estaba jodidamente cansado.

Todos los días habían sido una carrera loca para ver casas y localizar gente para intentar comprarles una mansión junto al lago. Luego, después de un largo día de eso, pasaba cada noche deambulando por las calles buscando a Monstera. Entre todo eso, intentaba encontrar tiempo para comer, dormir y conducir dos horas para ir de compras con Eoin. Estaba acostumbrado a horarios intensos, pero este me estaba llevando al límite. No iba a poder mantener este ritmo por mucho tiempo.

—¿Problemas en el paraíso? —dijo una voz suave a mi lado.

Levanté la mirada justo a tiempo para ver a Eoin sentarse en el borde de mi escritorio. Mi mirada recorrió su pierna y torso hasta llegar a esos ojos azules suyos, notando lo bien que le quedaba su nueva ropa y lo guapo que se veía con ella. Lo que pensaba que era un tipo rechoncho con camisas holgadas resultó ser un joven bastante en forma. Era bastante musculoso para ser un oficinista, y ahora que se veía bien en el trabajo, había desarrollado un ligero contoneo que me resultaba embriagador.

—Se podría decir que sí —suspiré, incorporándome—. Mi cliente quiere esta casa ahora, y simplemente no puedo encontrar nada que cumpla con sus especificaciones.

—¿Ha pasado esto antes?

Negué con la cabeza.

—No. Normalmente, puedo encontrar algo. Hay muchas casas en esta zona que se ajustan a lo que quiere, pero la gente que vive en ellas no está dispuesta a vender. ¡Incluso cuando intenté ofrecer el doble del valor de la casa, no cedieron!

—Hay bastantes familias antiguas en esas casas —respondió Eoin encogiéndose de hombros—. Han estado en esta zona desde siempre, y probablemente no estén dispuestos a renunciar a eso.

—Esto es un pueblo turístico —resoplé, levantando los brazos al aire—. ¡No puede ser tan especial! ¡Que vayan a buscar otro sitio donde vivir! —Miré por la oficina para asegurarme de que estábamos solos—. Entre tú y yo, este ni siquiera es un buen pueblo. Yo no querría vivir aquí.

—¿Ah, no? —Eoin se movió nerviosamente—. ¿Y si... no sé... encontraras una razón para quedarte?

No era idiota. Sabía a qué se refería.

—Tendría que ser una razón jodidamente importante —respondí.

Antes de darme cuenta, la mano de Eoin estaba en mi nuca, atrayéndome hacia él. No tuve tiempo de reaccionar antes de que nuestros labios se unieran, la sensación enviando escalofríos por toda mi columna. Su tacto era cálido y firme, como si supiera exactamente lo que quería. Me sentí desfallecer bajo él, permitiéndole tomar la iniciativa. Su lengua exploró la mía, el mundo a nuestro alrededor desvaneciéndose.

Pero, tan rápido como empezó, Eoin se apartó, ambos mirándonos sin aliento. Algo en la forma en que besaba me resultaba tan familiar.

—¿Razón suficiente? —preguntó.

—Mmm... Es un comienzo —respondí con una sonrisa pícaro.

—Lo siento si fui demasiado atrevido...

—No lo fuiste. De hecho, no me importaría que lo hicieras de nuevo.

Eoin sonrió, inclinándose de nuevo para concederme mi deseo. Cuando finalmente se apartó, sonrió, dándome una palmadita en la mejilla.

—Feliz Halloween, supongo.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —solté antes de poder contenerme.

Levantó una ceja en mi dirección, leyendo ya mis pensamientos.

—No puedo —respondió—. Tengo un compromiso con amigos. Tengo que estar allí.

—No hay problema. —Intenté parecer menos decepcionado de lo que estaba—. ¿Quizás mañana por la noche, entonces?

—Creo que puedo hacer que funcione. Podemos hacer una noche de ello. Pizza, cervezas, todo el paquete.

—Eso suena maravilloso.

—Bien. —Se inclinó, dándome otro beso—. Ahora, tienes que ponerte a trabajar. Tienes un cliente al que hacer feliz, y yo tengo que ir a un cierre.

—Puaj... —me reí—. ¿Quién programa un cierre para Halloween?

—Una familia que quiere llevar a su hijo a pedir dulces en un nuevo vecindario esta noche.

—Eso es asquerosamente adorable.

Eoin gruñó.

—Lo es. Ni siquiera me gustan mucho los niños, pero prefiero ver a uno siendo amado por sus padres que tratado como lo fuimos tú y yo. Eso, al menos, es algo por lo que alegrarse.

Asentí, mostrándole una sonrisa brillante. Cada vez que abría la boca, el hombre me sorprendía. Podría ser más joven que yo, pero definitivamente era más sabio de lo que yo era a su edad. Podía notar que le importaba la gente, algo que yo todavía tenía que aprender. Quizás los pueblos pequeños no siempre tenían que ser algo malo.

—Nos vemos luego —dijo, cogiendo su chaqueta del respaldo de su silla—. Mándame un mensaje si te aburres.

—¡Adiós!

La oficina quedó en silencio después de que se fuera. Al ser Halloween, la mayoría de los otros agentes se habían ido temprano. Yo era el único que quedaba en la oficina.

—Hacéis una pareja adorable.

Casi salté de mi piel cuando la voz femenina habló detrás de mí. Girando en mi silla, me volví para ver a la secretaria de la oficina, Alison, apoyada con los brazos cruzados sobre la parte superior de uno de los cubículos. Llevaba una gran sonrisa en su rostro mientras miraba por encima de sus gafas de ojos de gato.

—¿Q-Qué quieres d-decir? —tartamudeé, enderezándome.

—Oh, por favor —se rio—. Os vi besuqueándoos. No intentes negarlo. —Hizo una pausa por un

momento, viéndome balbucear en busca de palabras—. No te preocupes. No hay nadie aquí más que yo. Tu secreto está a salvo conmigo.

—N-No es mucho secreto, supongo —respondí temblorosamente—. L-Lo siento. Normalmente no me altero tanto por cosas como esta. Los pueblos pequeños simplemente... traen de vuelta muchos viejos hábitos.

—Bueno, no tienes nada de qué preocuparte conmigo. Soy una aliada. —Miró hacia el vestíbulo principal de la oficina, negando con la cabeza—. Pero tienes razón. Mucha gente aquí no lo es. Y el jefe... bueno, digamos que el que su hijo se fugara con el chico de TI le dejó un mal sabor de boca.

—Eso suele pasar.

—Es la única razón por la que conseguí este trabajo —sonrió—. Pero voy a ir a trabajar para su hijo tan pronto como obtenga mi licencia. Este lugar es solo una parada en el camino.

—¿Estás estudiando para los exámenes ahora? —pregunté, agradecido por el cambio de tema.

—Sí. Llevo un par de meses trabajando en ellos. Estoy avanzando lentamente por todo el material.

—Bueno, no te vuelvas loca con eso. El examen es mucho más difícil que el trabajo real. El título y la hipoteca se encargan de todas las cosas importantes. Solo necesitas buenas habilidades sociales para que tus clientes compren. Si puedes hacerlos felices, firmarán lo que sea que pongas frente a ellos.

Ladeó la cabeza. —Voy a fingir que eso sonó mucho menos extorsionador de lo que fue.

—Puede sonar cruel o poco ético, pero este trabajo es un juego, tanto como cualquier otro. Puedes jugar o fracasar intentando ser diferente.

—Vaya, se nota que no eres de por aquí —se rio Alison—. Esa definitivamente no es la mentalidad de un pueblo pequeño. —Abrí la boca para replicar, pero ella levantó la mano—. No digo que estés equivocado, solo que la gente de aquí no piensa así. Y si lo hacen, definitivamente no lo admiten abiertamente como tú acabas de hacer.

Solté un largo suspiro. —Así es como es todo el mundo en Nueva York. Tienes que esforzarte para jugar el juego mejor que ellos.

—¿Y eso es lo que estás haciendo con Eoin? —preguntó—. ¿Jugando un juego?

Levanté una ceja en su dirección. —¿Eres su protectora o algo así?

—No. Pero es una buena persona, y odiaría verlo herido por algún pez gordo de la gran ciudad que solo está aquí para jugar y marcharse cuando las cosas se pongan serias.

—Eoin... sabe que me irá cuando el trabajo esté terminado.

—¿Estás seguro de eso?

Hice una pausa por un momento. —Yo... se lo dije.

—La gente se hace ilusiones, Kent. Especialmente cuando las cosas empiezan a parecer serias.

—Las cosas no son serias —respondí, frunciendo el ceño—. Ni siquiera estamos durmiendo juntos.

—Y eso —dijo ella— es probablemente por lo que él tiene esperanzas.

La miré fijamente por un largo momento.

—No lo estás tratando como un pedazo de carne o un ligue rápido. Has ido de compras con él, estás pasando tiempo de calidad con él, y ahora lo estás besando en la oficina. —Me lanzó una mirada dura—. Tus acciones dicen que estás siendo el caballero perfecto, pero puedo ver en tus ojos que todo esto te tiene muerto de miedo.

—¡No estoy asustado! —repliqué como un niño petulante.

Sonrió, ladeando la cabeza. —Claro. Esa reacción me ha convencido. —Se incorporó de la pared

del cubículo, enderezando su bufanda—. Solo recuerda, señor Abaldon, Eoin es un buen chico. Puede que no hable mucho o no muestre mucho, pero hay un corazón de oro ahí dentro para la persona adecuada. Así que, si no quieres ser esa persona adecuada, no vayas pisoteando su corazón solo para satisfacerte. Vuelve a casa y contrata a una cualquiera si eso es todo lo que quieres.

Girando sobre sus talones, se dirigió hacia la puerta principal.

—¿Y si eso es lo que quiero? —le grité.

Se detuvo solo por un momento. —¿Por qué suena como si estuvieras tratando de convencerte a ti mismo y no a mí? —Me lanzó una mirada oscura—. Hay más en Eoin de lo que jamás sabrás a menos que te abras a la posibilidad de que no lo sabes todo. Y estos juegos que juegas... bueno, no son la única forma de hacer las cosas.

Sin decir una palabra más, se fue, con la puerta tintineando detrás de ella. Me quedé sentado allí solo en la oficina, confundido y sintiendo como si me hubieran dado una paliza.

Trece: Eoin

Tenía que reconocérselo a Parker y sus amigos: tenían un montaje jodidamente genial. Lo último que esperaba cuando Parker me dio la dirección era encontrarme con una auténtica mansión rodeada de bosques y un camino que llevaba hasta una playa privada en el lago Michigan. Ni que decir tiene que me quedé sin palabras. Nada mal para una manada que ni siquiera tenía un año. Aunque claro, Parker era hijo de una de las familias más ricas de Ludington, así que supongo que tenía que tener alguna idea de lo que hacía. Incluso con sus padres fallecidos, parecía que le iba bastante bien.

Una nota en la puerta principal me indicaba que siguiera el sendero a través del bosque. Era una noche fría, lo que hacía que los olores de los otros lobos fueran fáciles de captar. El de Parker lo reconocí y seguí primero. Sin embargo, en cuanto entré en el bosque, los olores de Wyatt y Tanner se hicieron más fuertes. Y por una buena razón. No hizo falta mucho olfatear para darme cuenta de que se habían puesto un poco cachondos de camino a la fiesta. Al parecer, habían hecho una parada en algún lugar fuera del sendero.

No pude evitar soltar una risita para mí mismo. Ese tipo de cosas nunca habría pasado en mi manada. En el momento en que alguien captara el olor de dos machos juntos, la cacería habría comenzado. No para hacerles daño, sino para que los otros machos se burlaran despiadadamente de ellos. Era como vivir en un constante estado de escuela secundaria con esos idiotas. Por eso ya no iba a las reuniones de la manada. No quería lidiar con la inmadurez.

Después de unos minutos, capté el olor de madera quemada y la brisa del lago. Un minuto más y pude oír voces que me llegaban con el viento. Parecían estar discutiendo sobre algo. Definitivamente no era una pelea, pero algo parecía fuera de lugar.

—¡Eoin! —gritó Parker en el momento en que entré en el claro. Lanzó una mirada fulminante a un hombre alto y musculoso que no reconocí antes de acercarse a mí—. Oliver ha traído a un amigo esta noche, así que ¿por qué no vamos tú y yo a dar un paseo y charlamos un rato? —Miró de nuevo al hombre musculoso que supuse que se llamaba Oliver—. Sobre cosas de nudistas.

Ladeé la cabeza, con las cejas fruncidas. —¿Nudistas? ¿Quién es nudista?

—¡Oh, siempre tan bromista, Eoin! —respondió Parker en voz demasiado alta—. ¡Por eso nos caes bien!

Me agarró del brazo y me alejó de la hoguera hacia el agua, con voz susurrante.

—No digas nada —susurró—. Solo espera un minuto hasta que nos alejemos.

Caminamos durante un minuto más o menos, poniendo una buena distancia entre nosotros y los demás. Miré hacia atrás, hacia el cálido fuego, deseando estar cerca de él en lugar de congelarme hasta la muerte con mi fina sudadera cerca del agua. Las olas rompían a unos metros, ahogando los sonidos de la reunión. Finalmente, Parker se detuvo y dio un profundo suspiro.

—Lo siento —dijo—. Giro inesperado de los acontecimientos.

—¿Ahora sois nudistas? —me reí—. Pensaba que erais una manada de lobos.

—Oliver le ha estado mintiendo a su nuevo novio —explicó, suspirando de nuevo—. Es humano, y Oliver tiene miedo de decirle la verdad, así que se inventó una mentira sobre que

somos nudistas. —Me miró con ojos suplicantes—. Solo sigue el juego lo mejor que puedas, ¿de acuerdo?

—Claro —me encogí de hombros, riéndome para mis adentros—. ¿Por qué no?

—Gracias —respondió Parker, dándome una palmada en el hombro—. No tengo ninguna regla sobre cómo introducir humanos en la manada, así que cada uno lo hace a su manera. Entre tú y yo, sin embargo, Oliver necesita armarse de valor y decirlo de una vez. Ese chico lo va a dejar si no deja de mentirle.

—Parece que todos estamos lidiando con cosas similares —respondí, soltando el aliento que había estado conteniendo.

—¿Tú también, eh?

—Por eso vine a hablar.

—Bueno —se rió—. Difícilmente pensé que era una visita social. —Me hizo un gesto con la mano—. Vamos. Hablemos.

Juntos, nos dirigimos por la playa en la oscuridad. Realmente no quería alejarme más del fuego, pero quedarse quieto era mucho más frío que moverse. La próxima vez recordaría ponerme una puta chaqueta.

—Entonces —dijo—. ¿Qué pasa?

—Joder... ¿por dónde empiezo?

Parker se rió. —Por donde quieras, supongo.

Solté un largo suspiro, echando la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas. —Bueno, para empezar, supongo que ya no quiero estar en mi manada.

—Me lo imaginaba. No muchos lobos gays quieren ser parte de una manada anticuada.

—¿Cómo sabes que soy gay?

—Wyatt.

—Voy a patear a ese bocazas hasta la semana que viene, lo juro.

Parker se rió de nuevo. —Solo lo hizo porque sabía que habías pedido verme. Quería asegurarme de estar preparado para lo que pudieras necesitar.

—Supongo que entonces está bien...

—Tu secreto está a salvo con nosotros. —Caminamos un momento más en silencio—. ¿Algo más en mente? No me pareces el tipo de hombre que hace un viaje especial para preguntar sobre algo tan simple.

—Originalmente, eso era todo lo que planeaba hablar contigo —respondí. Tomé un profundo respiro—. Pero han surgido otras cosas, y no me sentiría bien si no te las contara.

—Te refieres a la recompensa por tu cabeza, ¿no?

—¡Joder! ¿Hay algo que no sepas?

—Wyatt es muy observador. —Me miró de arriba abajo—. Y estás cubierto de manchas de pintura en aerosol, y apesta como el centro de la ciudad. No hace falta ser un genio para unir las piezas. —Se rió para sí mismo—. ¿Y Monstera? Por favor. Podrías ser un poco más sutil.

—Pensé que era bastante ingenioso —dije, cruzando los brazos sobre el pecho—. Nadie más lo ha descubierto.

—Bueno, si Wyatt lo descubrió, alguien más podría hacerlo eventualmente —se detuvo por un momento, mirando hacia el lago—. ¿Puedo preguntarte por qué lo haces? Debe haber una razón, ¿no? Los hombres lobo no pintan con aerosol la oficina del alcalde Anderson solo por diversión.

—El tipo... es un maldito imbécil.

—Cierto.

—¿Escuchaste toda la mierda que dijo sobre los homosexuales? Se sienta en ese podio y enhebra

un montón de palabras bonitas, pero sé exactamente lo que está diciendo. Está incitando a la gente a que nos ataque. Y esa mierda tiene que parar.

—Estoy de acuerdo —Parker se volvió hacia mí—. Pero ¿crees que un poco de pintura lo va a detener?

—Yo... no... supongo que... —suspiré pesadamente, irritado por todo el asunto—. Pero alguien tiene que hacer algo, ¿no? ¡No podemos quedarnos sentados y dejar que lastime a la gente de esa manera!

—Podrías simplemente matarlo.

Mi cabeza giró en dirección a Parker, completamente desconcertado por la calma con la que había dicho esas palabras. No podía hablar en serio, ¿verdad? Estaba estrictamente prohibido que los hombres lobo o cualquier ser paranormal matara a un humano. Eso conllevaba una sentencia de muerte. Todo el mundo lo sabía.

—Resolvería el problema, ¿no? —añadió Parker.

—Sabes que no podemos hacer eso.

—Tienes razón, lo sé —dijo—. Pero pareces convencido de que nada menos que eso ayudará.

—No dije qu-

—Escucha, Eoin —dijo Parker, interrumpiéndome—. Conozco tu historia. Tu familia te repudió cuando saliste del armario, y nadie pensó que llegarías a ser algo. Desde ese día, has tenido el mayor resentimiento del mundo, empeñado en demostrar que todos estaban equivocados. Y, por lo que puedo ver, lo has logrado. Desafiaste las probabilidades, conseguiste un buen trabajo e hiciste algo con tu vida. Hay mucha gente ahí fuera, humanos y lobos por igual, que nunca habrían llegado tan lejos como tú por su cuenta. Tu fortaleza es digna de elogio —hizo una pausa por un momento, mirándome—. Pero a pesar de todo eso, te has asegurado de seguir siendo un marginado.

Resoplé, apartándome de él.

—Ahí es donde todos me quieren de todos modos. Así que ahí es donde me quedo.

Una mano se posó en mi hombro, dándole un ligero apretón.

—No todos —dijo suavemente—. Algunos pensamos que mereces estar justo aquí con todos los demás.

—¿Y si eso no es lo que quiero?

—Entonces, no veo cómo unirme a una manada diferente te va a hacer algún bien —Parker se puso a mi lado, asegurándose de estar en mi campo de visión—. Una manada debería ser como una familia donde puedas ser tú mismo, no algo de lo que tengas que esconderte.

Mis ojos comenzaron a picar, las lágrimas amenazaban con caer por mis mejillas.

—¿Y aunque sea un fracasado de primera, aún me aceptarías?

—Por supuesto que lo haríamos —asintió Parker—. Estaría más que feliz de tenerte. Y estoy seguro de que Wyatt estaría emocionado de tener a alguien de su sangre en la manada también —me dio una palmada en el hombro—. No tienes que aceptar esta noche, pero siempre habrá un lugar para ti en la Manada Ombra si lo deseas. Y quién sabe, tal vez podamos encontrar otra manera de sacar del poder a gente como el alcalde Anderson. Estoy seguro de que no puede ser tan difícil entrar en el gobierno local, ¿verdad?

Parker me dio una última palmada antes de volver hacia la hoguera en la distancia.

—Y... ¿no te importa si me... gusta un humano? —añadí, limpiándome las mejillas.

—Por favor —se rio Parker—. La razón por la que se formó esta manada fue porque todos tenemos parejas humanas. Tu pareja es igual de bienvenida, independientemente de su raza —levantó una mano en mi dirección—. Vuelve al fuego cuando estés listo. La comida es

definitivamente comestible.

Con eso, Parker se dirigió de vuelta a la hoguera, dejándome allí parado en la playa con las olas amenazando mis zapatillas. Había dicho que mi pareja sería bienvenida en la manada sin importar qué... pero nunca lo había pensado de esa manera antes.

¿Era Kent mi pareja? No podía serlo, ¿verdad? Claro, me sentía increíble cuando estaba cerca de él, y no se podía negar que teníamos química. Pero ¿parejas? ¿Cómo se sentía eso?

—¡Parker! —grité, sobresaltándome con mi propia voz.

Se detuvo, volviéndose hacia mí.

—Esto puede sonar estúpido, pero... —comencé—. ¿Puedes... puedes decirme cómo se s-siente encontrar a tu... tu pareja?

Catorce: Kent

Aparqué frente al apartamento de Eoin, feliz de estar fuera de mi lúgubre habitación de hotel por una vez. El lugar parecía un complejo de apartamentos común, solo que con edificios más bajos de los que estaba acostumbrado en Nueva York. No parecía gran cosa, pero de nuevo, era mejor que un hotel. Dejé el coche en punto muerto frente a su edificio y reuní los suministros que había traído conmigo. Quizás me había excedido un poco con los aperitivos, pero no importaba. Hacía mucho tiempo que no tenía una cita en condiciones con alguien, y quería mimarlo.

Por supuesto, no se me escapaba que había pasado toda la noche de Halloween deambulando por la ciudad después de que los niños que pedían caramelos se hubieran ido a dormir. Estaba buscando a Monstera, con la esperanza de que pudiéramos repetir nuestro último encuentro o más. Para mi decepción, no pude encontrarlo. Una pequeña parte de mí suspiró aliviada. Sabía que si lo encontraba, no podría contenerme, y tener una cita con Eoin al día siguiente se sentía como una infidelidad. Aun así, sabía que apenas habíamos empezado a cortejarnos. No era como si fuéramos exclusivos. Seguía volviendo a eso como una forma de hacerme sentir mejor. Cada vez que lo hacía, era menos y menos efectivo.

Sacudiéndome la culpa, recogí mis suministros y me dirigí por el camino hacia la puerta principal de Eoin. Tal vez si las cosas iban bien con él, podría sacar a Monstera de mi mente. Aunque, por otro lado, estaba tan jodidamente cachondo que apenas podía soportarlo. Pero quizás Eoin también se ocuparía de eso. No es que no se viera increíblemente atractivo con esos nuevos pantalones que le había elegido. El hombre tenía un bulto que podía dejarme paralizado.

La puerta se abrió antes de que pudiera levantar la mano para llamar. Abrí la boca para saludar a Eoin, pero en su lugar, me quedé allí boquiabierto, mirando al hombre fornido frente a mí. Parecía recién salido de la ducha, con el pelo mojado y peinado hacia un lado. Llevaba una camiseta negra ajustada de corte cuadrado que acentuaba cada curva de su deliciosamente musculoso cuerpo. En la cintura, se le subía ligeramente, revelando la V que se hundía bajo la cintura de sus pantalones de chándal. Y... oh, Dios mío... los pantalones de chándal grises. Si había algo delicioso sobre el otoño, eran los pantalones de chándal grises. Y Eoin no decepcionaba. La tela era fina y suelta alrededor de sus piernas, pero se estiraba ajustada sobre su entrepierna.

Podía ver cada una de las venas de su polla, y ni siquiera estaba duro. Mi agujero se contrajo inmediatamente.

—Hola —se rió Eoin, viéndome boquiabierto como un adolescente. Una sonrisa pícara tiró de la comisura de sus labios—. Veo que trajiste los aperitivos.

—Yo... ¿qué? —dije, sacudiendo la cabeza—. Ah, sí. Claro. Aperitivos. L-Los- Los traje. Seguro. —Hice una pausa por un momento, mordiéndome el labio inferior—. Pero eh... si voy a ser honesto aquí... tú te ves mejor que cualquier cosa que tenga en las bolsas.

—Vaya —murmuró Eoin, inclinándose hacia adelante hasta que sus labios estaban a solo un par de centímetros de los míos—. No sabía que eras tan encantador.

—Yo... es... nada... ya sabes... lo que sea.

Estaba balbuceando como un idiota.

—Suave como la seda —se rió antes de darme un beso en la mejilla—. Vamos, entra. Tengo listo el menú de la pizzería para que podamos pedir. Estoy muerto de hambre.

Por un momento, me quedé allí en la puerta, mirando su trasero perfectamente redondo mientras se alejaba.

—Cualquier dios que esté ahí fuera —susurré para mí mismo—. Por favor, ayúdame.

Con mis plegarias susurradas, lo seguí adentro. En el momento en que entré, mi mandíbula volvió a caer al suelo. Todas y cada una de las paredes de su apartamento estaban llenas de pinturas.

—Joder... —murmuré, quitándome los zapatos—. ¿Hiciste todas estas?

—Sí —llamó Eoin desde la cocina—. Es solo un pasatiempo.

—¿Solo un pasatiempo? —resoplé, inclinando la cabeza hacia atrás mientras entraba en la sala de techo abovedado—. Estas son jodidamente profesionales.

Las paredes estaban cubiertas de lienzos de todos los tamaños. La gama de temas era diversa, abarcando todo, desde modelos desnudos hasta animales y personajes de dibujos animados. Cada uno tenía una forma muy estilizada, con el trazo haciéndolos resaltar de la página. Sin embargo, lo que los unía a todos era el sentido del color. Cada uno era brillante y saturado como si hubiera salido directamente del tubo. Eoin no se metía con grises. Usaba el color para sombrear, dando a las pinturas un tratamiento casi al estilo de Andy Warhol. Era fascinante.

Dejé las bolsas y me acerqué a una gran pintura en la pared del fondo. Acercándome, junté las manos detrás de la espalda, mirando hacia arriba a la figura masculina semidesnuda con una máscara de pintura. Estaba bien ilustrado, mientras que el fondo era una explosión de verde ácido y amarillo. La máscara en su rostro había sido estarcida en oro, y detrás de él había un gran signo de riesgo biológico. Pero los ojos, de un azul brillante, fueron lo que más noté.

—¿Autorretrato? —pregunté, mis ojos recorriendo la figura hasta el tatuaje en su cadera.

—Sí —dijo Eoin tímidamente, saliendo de la cocina con un folleto en la mano—. Lo hice hace un tiempo. Supongo que me sentía un poco orgulloso en ese momento.

—No veo por qué no deberías estarlo —dije antes de poder evitarlo—. Con un cuerpo así, no tienes nada de qué avergonzarte.

Se sonrojó, entregándome el folleto antes de que pudiera decir algo más. —¿Qué te gusta en tu pizza? —preguntó, cambiando de tema—. A la mayoría de la gente no le gusta lo que yo pido, así que te dejaré elegir los ingredientes.

—¿Qué sueles pedir?

—Salchicha, aceitunas negras, champiñones, cebollas y a veces aceitunas verdes.

—Dios mío —me reí—. Eso suena jodidamente salado.

—Lo es.

Le devolví el folleto. —Tomaré algo de eso.

—¿En serio? —Eoin parecía estupefacto—. Creo que eres el primer chico gay que conozco al que le gustan las aceitunas. —Me miró de arriba abajo, deteniendo su mirada intencionadamente en mi entrepierna—. ¿No serás bisexual, verdad?

—¿Importaría si lo fuera?

—No —sonrió—. Pero la idea de que una tía te dé por detrás es bastante divertida.

—Vaya —respondí—. ¿Eso es lo que te excita?

—No realmente —dijo, rodeando mi cintura con su brazo y acercándose—. Pero esto sí.

Me incliné hacia él mientras nuestros labios se encontraban de nuevo, la fina tela de sus

pantalones de chándal no dejaba mucho a la imaginación mientras frotaba sus caderas contra las mías. Su lengua presionó contra mis dientes y le dejé entrar, saboreando el calor de su cuerpo presionando contra el mío. Por supuesto, me había olvidado por completo de la pizza en menos de dos segundos. Pero cuando Eoin se apartó, me dio un golpecito en el pecho con el folleto.

—Espera un momento —suspiró, recorriendo mi cuerpo con ojos hambrientos—. Tengo que hacer este pedido rápidamente.

Otro beso rápido y desapareció de vuelta a la cocina. Sin embargo, fue agradable verle marchar. Me moví por la sala de estar para tener una buena vista de él mientras hacía la llamada, apoyando una cadera contra la encimera. Yo no era muy activo, pero el trasero de Eoin me hacía pensar en darle otra oportunidad. Era perfectamente musculoso y respingón, de esos que te dan ganas de zambullirte de cara y esperar no volver a salir nunca.

Eoin se dio la vuelta, mirando en mi dirección, pillándome in fraganti. Sonrió, continuando hablando por teléfono mientras se apoyaba en la encimera. Con su mano libre, alcanzó la cintura de sus pantalones, deslizando el pulgar por debajo. La tela de sus pantalones de chándal se deslizó más abajo, revelando más de sus musculosas nalgas, y tuve que contenerme para no babear sobre la alfombra allí mismo. Metí una mano en mis pantalones mientras estaba de espaldas, ajustando mi creciente problema.

Era un provocador. Y me encantaba.

—Bueno —dijo, colgando por fin el teléfono y dirigiéndose hacia mí, sus pantalones sostenidos solo por su miembro cada vez más grueso—. ¿Has pensado qué película quieres ver?

—Eh... no realmente —dije, mirando descaradamente.

—¿Por qué no vamos a elegir algo entonces? —Levantó un dedo, indicándome que le siguiera—. Sé que Halloween fue ayer, pero no tuve la oportunidad de ver muchas películas antes de la festividad. ¿Cuál es tu favorita?

—Yo... eh... no sé si tengo una.

—¿No tienes una película favorita de Halloween? —se burló—. Eso es una blasfemia. Por favor, dime que al menos has visto algunas.

—He visto películas de miedo antes.

—¿Qué tal algo un poco menos sangriento?

—¿Como qué?

—¿Has visto El retorno de las brujas? ¿Elvira? ¿La muerte os sienta tan bien?

—¿No?

Fue como si le hubiera ofendido personalmente. Se dio la vuelta tan rápido que me hizo dar vueltas la cabeza. La expresión en su cara era de puro disgusto.

—¿Me estás diciendo que estás aquí en mi sala de estar y nunca has visto el clásico de Disney para televisión, El retorno de las brujas? ¿Eres testigo de Jehová o algo así?

—¿Es buena?

Eoin resopló. —¿Que si es...? ¿Que si es buena? ¿Estás loco?

—Yo-

—¡Sí, es buena! ¿Qué coño te pasa?

—Yo... siento que he hecho algo mal.

—Has estado viviendo toda tu maldita vida mal, eso es lo que estoy escuchando —dijo. Agarró el mando a distancia de la mesa de café y me empujó, haciéndome caer en el cojín central del sofá—. ¡Tenemos que arreglar eso de inmediato!

—¿Quieres... quieres algo de beber? —pregunté tímidamente—. ¿Quizás palomitas?

—Yo las traeré —respondió, lanzando el mando a mi regazo—. Y luego te vas a sentar aquí y

vas a ser educado. ¿Entendido?

—De acuerdo...

No pude evitar sonreír mientras volvía resoplando a la cocina. No tenía ni idea de que fuera tan apasionado con las películas de Halloween. Claro, yo no había visto muchas películas en general. Ser un niño de acogida significaba ver muchas repeticiones cuando la antena captaba las cadenas locales. No íbamos al cine ni teníamos cable. Pero Eoin parecía decidido a corregir eso.

—¿Entonces qué es una Elvira? —pregunté en voz alta.

Se escuchó un alboroto repentino desde la cocina. —Voy a fingir que no me has preguntado eso. Era adorable cuando se alteraba. Me encantaba.

Un par de minutos después, regresó con palomitas recién hechas y nuestras bebidas. Se dejó caer en el sofá junto a mí y encendió el televisor, seleccionando nuestra primera película de la noche, El retorno de las brujas.

—Déjame presentarte la cultura —dijo, pulsando el botón de reproducción.

Un libro marrón con letras doradas apareció en la pantalla y la música comenzó a sonar. Eoin se acomodó, rodeando mis hombros con su brazo y acercándose. Incluso si solo eran películas, estar cerca de él era todo lo que necesitaba.

Quince: Kent

—Bueno —dije, estirándome mientras los créditos pasaban por la televisión—. Eso fue bastante cursi pero un poco hilarante.

—¿Verdad?

—Además, no sabía que Elvira era el kit de inicio para drag queens. —Miré a Eoin—. Estoy seguro de que RuPaul le robó el noventa por ciento de sus chistes.

Eoin arqueó una ceja en mi dirección. —¿Me estás diciendo que sabes quién es RuPaul y nunca has visto a Elvira?

—¿Sí?

—Dios mío. —Se volvió hacia mí, cruzando las piernas como un niño pequeño—. ¿Qué te pareció "La muerte le sienta bien"?

—Un poco lenta —respondí honestamente—. Pero buena una vez que cogió ritmo. Goldie Hawn es básicamente un tesoro nacional, pero eso ya lo sabía. ¿Y Meryl Streep? Podría fingir ser un jarrón sobre una mesa durante tres horas y ganar un Óscar. Es increíble.

—Todas observaciones acertadas.

—Y "El retorno de las brujas" también estuvo bastante bien —añadí, tomando un puñado de palomitas heladas del centro de la mesa donde nuestras bebidas y restos de pizza yacían abandonados—. Probablemente mi favorita de las tres.

—Bueno, ¿cómo puedes odiar una película de Halloween con un número musical de Bette Midler?

—Exactamente —respondí, masticando las palomitas rancias—. Y seamos sinceros, Thackeray Binx está bastante bueno.

Eoin casi se atragantó con las palomitas que se estaba metiendo en la boca. —¡¿Perdona, qué?!—

—¿Por qué un gato necesita una voz tan sensual? —exclamé, señalando el televisor—. Es obviamente una película para niños, pero fueron como: "Vamos a hacer que este gato suene sexy como el demonio". Es una elección extraña.

—¡Tiene como dieciséis años!

—¿No estabas prestando atención? —pregunté—. ¡Había estado vivo durante unos trescientos años!

—¡Aún era un niño cuando lo transformaron!

—Oh, por favor. Como si Thackeray no hubiera estado tirándose a todas las gatas del vecindario durante todo ese tiempo.

Eoin fingió una arcada. —Oh, Dios... eso es asqueroso.

—Pero cierto.

—¿De verdad crees que estuvo follándose a gatas todo ese tiempo?

—Solo tiene que vigilar la casa de las brujas una noche al año —expliqué—. ¿Qué coño más va a hacer? No es como si pudiera simplemente encontrar una familia. Es inmortal. ¡Se darían cuenta tarde o temprano!

—Vale, vale —suspiró Eoin, levantando las manos en fingida derrota—. Tú ganas. Thackeray es

un ligón.

—Gracias.

Ambos nos quedamos sentados en silencio por un largo momento antes de estallar en risitas. Eoin se estiró, lanzando sus piernas sobre mi regazo mientras se recostaba contra el brazo del sofá, con la mano agarrando su estómago. No pude evitar reírme junto con él.

Pero entonces, mi ojo captó algo más. Mientras se reclinaba, su camiseta se subió, exponiendo el sendero de vello oscuro que recorría su torso hasta sumergirse bajo la cintura de sus pantalones de chándal. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, tenía una mano en su vientre, mis dedos enroscándose lentamente en el suave vello.

Su risa se ralentizó mientras levantaba la mirada hacia mí, nuestros ojos encontrándose. No hizo ningún movimiento para detenerme. De hecho, se removió un poco más, haciendo que su camiseta se subiera aún más para exponer su piel bronceada. Con el permiso concedido, pasé mis dedos por sus abdominales, sintiendo cada cresta y curva de su cuerpo. Estaba tan en forma, más de lo que había visto en cualquier otra persona.

—¿Cómo consigues un cuerpo así trabajando en una oficina todo el día? —pregunté, mis dedos moviéndose de un lado a otro sobre su piel.

—Buena genética —se encogió de hombros—. No lo sé, joder. No hago mucho ejercicio.

—¿Tienes abdominales marcados y no haces ejercicio?! —me burlé. Estirándome hacia abajo, levanté mi propia camiseta, revelando mi torso liso—. ¡Yo me mato en el gimnasio solo para tener el estómago plano! ¡Tendría que morirme de hambre durante una semana para que mis abdominales se parecieran a los tuyos!

Eoin se movió, sus manos de repente bajo mi camisa mientras se sentaba a horcajadas sobre mis caderas. —Creo que eres perfecto en todos los sentidos —murmuró, desabrochando casualmente los botones de mi camisa—. Eres uno de los hombres más hermosos que he visto jamás.

Ahora era mi turno de sonrojarme. Mis mejillas ardían mientras miraba fijamente esos ojos azules, dejándole abrir lentamente mi camisa. Después del último botón, la abrió completamente, revelando mi pecho sin vello.

—¿Te afeitas? —preguntó, pasando sus dedos por mi piel—. Es tan suave.

—Depilación con cera —respondí—. Es más rápido y dura más. Además, no te salen todos esos pelos puntiagudos al día siguiente.

—Te gusta estar pulcro y ordenado, ¿verdad? —Eoin sonrió, su mano trazando hasta la cintura de mis pantalones—. ¿Te depilas... todo?

No pude evitar una sonrisa coqueta. —Supongo que solo hay una forma de averiguarlo.

La sonrisa de Eoin se ensanchó mientras se inclinaba, besándome una vez más. Su lengua empujó en mi boca con rudeza, reclamando el territorio como suyo. Al mismo tiempo, sentí sus dientes apretar mi labio inferior, el pequeño destello de dolor suficiente para excitarme aún más. Mis manos serpentearon alrededor de su cintura, acercándolo más mientras mis caderas se balanceaban, mi cuerpo anhelando la fricción entre nosotros. Sonrió contra mis labios, alejándose antes de deslizarse de mi regazo al suelo entre mis piernas.

Su lengua trazó a lo largo de mi mandíbula y bajó por mi cuello, deteniéndose solo por un momento para mordisquear mis clavículas.

—Joder... —gruñó, con el cuerpo tenso—. Hueles tan jodidamente bien.

No pude responder. Estaba demasiado ocupado tratando de mantener la compostura.

Apartando mi camisa, deslizó su lengua por mi pecho. Se movió hacia un lado, atrapando mi duro pezón entre sus dientes.

—¡Ah, joder! —gemí, arqueando la espalda.

—Sensible —murmuró, mirándome—. Lo tendré en cuenta.

Desde allí, bajó más, mordiendo y lamiendo hasta llegar a la cintura de mis pantalones. Cuando llegó allí, yo estaba en un estado de éxtasis sin aliento. No podía creer lo rápido que me había llevado a un frenesí. Nadie lo había hecho nunca de manera tan eficiente.

—Creo que necesitamos quitar esto —susurró, desabrochando mi cinturón. Bajó un dedo, trazando el contorno de mi polla contra la tela—. Alguien se muere por ser liberado.

Asentí, toda vacilación desaparecida mientras levantaba las caderas para que pudiera quitarme los pantalones. Con un movimiento fluido, tiró de la tela, liberando mi polla de su prisión de tela por fin. Casi me río al verlo mirar fijamente mi verga con la boca abierta. Parecía positivamente hambriento mientras una gota de líquido preseminal se formaba en la punta.

—Joder... —gimió—. De verdad te depilas todo. —Extendió la mano, pasando un dedo por la parte inferior de mi eje—. Y eres jodidamente grueso.

—Gracias —me reí, sin poder contenerme más.

—Quiero comparar.

Fruncí el ceño, sin estar seguro de lo que quería decir al principio. Sin embargo, cuando Eoin se puso de pie y prácticamente lanzó sus pantalones de chándal al otro lado de la habitación, lo entendí. El monstruo que apenas había estado ocultando toda la noche quedó libre, y por primera vez, pude verlo bien. Y apenas podía creer lo que estaba viendo.

Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, Eoin deslizó sus manos debajo de mi cuerpo y me levantó del sofá como si no pesara nada.

—Vamos de excursión —dijo, mostrándome una sonrisa torcida.

Por el pasillo y a través de la última puerta a la izquierda, Eoin me llevó. Abrió la puerta de una patada, revelando un dormitorio ocupado en su mayoría por la enorme cama en el centro. Me llevó fácilmente, dejándome sobre ella antes de quitarme el resto de la ropa. Tiró su camiseta al suelo junto con lo demás, y se arrastró entre mis piernas, colocándose justo donde más lo deseaba.

El calor subió a mis mejillas mientras lo miraba, con el labio inferior atrapado entre mis dientes. Nunca había estado con alguien tan grande como él, pero quería que me follara tan mal que casi podía saborearlo. Quería saber cómo se sentía tener ese cuerpo fuerte usándome solo para su placer.

—Maldición —siseó Eoin—. ¡Eres casi tan grueso como yo!

Siseé entre dientes cuando agarró ambas pollas con la misma mano, masturbándolas lentamente al mismo tiempo. El líquido preseminal se extendió entre los dos, creando apenas la fricción suficiente para hacerme retorcer debajo de él. Miré hacia abajo, admirando lo bien que se veía entre mis piernas, y me di cuenta de que tenía razón. Yo era casi tan grueso como él.

—Pero no tan largo —añadí.

—Eso es perfecto —respondió, fijando sus ojos azules en los míos—. La mayoría de los chicos no pueden tomarme por completo de todos modos. Sé que es una tontería quejarse de esto, pero a veces apesta. Ojalá fuera un poco más pequeño.

—Yo no —dije, sentándome y agarrándolo por la nuca—. Te tomaré entero.

Me miró fijamente por un largo momento, con una sonrisa torcida tirando de sus labios. —¿Sabes lo jodidamente caliente que eres?

Negué con la cabeza.

—Actúas como si fueras la gran cosa en la oficina, pero realmente no lo sabes, ¿verdad?

Me mordí el labio, avergonzado y un poco nervioso por haber revelado uno de mis secretos.

—No te preocupes —dijo, dándome un beso brusco—. No se lo diré a nadie.

—P-Pero... ¿me follarás?

—Si eso es lo que quieres.

Asentí lentamente. —Por favor.

—¿Con condón o sin?

Un largo momento de silencio pasó entre nosotros antes de que negara con la cabeza. —Yo... confío en ti.

Asintió. —Ha pasado un tiempo, así que no esperes una maratón.

—No quiero una —respondí, besándolo de nuevo—. Solo te quiero dentro de mí.

Gruñó contra mis labios, mordiéndome uno de nuevo antes de apartarse. —Ese es un deseo que puedo conceder, cielo... bebé.

Eoin pareció de repente nervioso, pero envolví mis brazos alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí, forzando mi lengua entre sus dientes. Ahora que tenía permiso para usarme, no quería esperar más. En un enredo de extremidades y caderas rozándose, Eoin de alguna manera logró sacar el lubricante de su mesita de noche. Aún unidos, consiguió esparcir una generosa cantidad sobre su eje y mi entrada, la sensación fría me hizo estremecer. Sus dedos se quedaron allí, frotando círculos lentos contra mi ano.

—Eso es dulce —dije, obligándome a apartarme de él por un momento—. Pero no necesito preparación.

Levantó una ceja. —¿Estás... seguro?

—Solo mete tu polla en mí —suspiré, atrayéndolo una vez más.

Para mi sorpresa, me escuchó. Podría haber parecido que estaba pidiendo dolor, pero tenía un superpoder que estaba ansioso por mostrar.

Eoin agarró su gruesa y palpitante verga y la apuntó hacia mi entrada, presionando su cabeza contra mi piel. La presión era cálida y placentera. Cada nervio de mi cuerpo estalló en chispas, la sensación llenando mi cerebro y haciéndome sentir como si estuviera en las nubes. Lo agarré con fuerza, besándolo con todas mis fuerzas. Al mismo tiempo, obligué a mi cuerpo a relajarse y usé mis piernas para acercarme más a él.

—Oh, joder... —gimió en mi boca mientras mi agujero se abría para él.

En el lapso de unos pocos latidos, sentí cómo su gruesa corona se presionaba dentro de mí, el borde deslizándose más allá de mi anillo con un satisfactorio pop. Mis ojos se pusieron en blanco mientras gemía contra sus labios. Ya podía sentir su grosor presionando contra mi próstata, enviando escalofríos por toda mi columna. Iba a destrozarme por completo, y yo estaba más que listo para ello.

—¿Estás bien? —preguntó, echándose hacia atrás.

—Joder, sí... —respiré—. Mejor que bien.

—¿Quieres... que siga?

—Me decepcionaré si no lo haces.

Eoin se mordió el labio inferior, la emoción extendiéndose por su rostro. Sus gruesas manos envolvieron mis muslos mientras se posicionaba entre mis piernas. Con un lento movimiento de sus caderas, comenzó a empujar su palpitante vara más y más profundo en mi túnel, la extensión haciendo que estallaran estrellas en mi visión.

Era jodidamente increíble.

—Todo —gemí, agarrando las sábanas a ambos lados de mí—. No te contengas.

Eoin hizo lo que le pedí, sin detenerse hasta que nuestros cuerpos se encontraron y su grosor estaba completamente enterrado dentro de mí. Dejé escapar un largo suspiro entre mis dientes, mi cuerpo temblando debajo de él. Había pasado tanto tiempo desde que había dejado que

alguien me llenara así. Y nunca había tenido a alguien tan grande como él.

—Maldita sea... —murmuró, con la voz temblorosa—. Nunca había tenido a nadie que me tomara con tanta facilidad.

Le di la sonrisa más coqueta que pude reunir. —Es algo en lo que siempre he sido bueno.

—Ya lo veo.

Estirándome, agarré la parte posterior de su cuello, dándole un último beso antes de caer de nuevo en la cama. —Ahora fóllame como si lo dijeras en serio.

Asintió. —Lo que tú digas.

Y entonces comenzó a moverse.

Su ritmo fue lento al principio, su verga retrocediendo completamente hasta la punta antes de deslizarse sensualmente hasta la empuñadura una vez más. Cada vez que su borde golpeaba contra mi próstata, dejaba escapar un gemido bajo, la presión dándome una pequeña descarga de adrenalina. Mientras tanto, mis dedos alternaban entre agarrar las sábanas y aferrarme a sus caderas, tratando de que aumentara el ritmo. Siguió las indicaciones fácilmente, y en cuestión de momentos, había encontrado un ritmo constante.

La enorme verga de Eoin se hundía dentro y fuera de mi dispuesto agujero, reorganizando mis entrañas con cada embestida. Mis gemidos llenaban la habitación cada vez que se estrellaba contra mí, sus pesados testículos golpeando contra mi trasero. En segundos, había perdido todo sentido del tiempo y el lugar. Todo lo que existía era él y la forma en que usaba mi cuerpo para su propio placer. Miré fijamente esos ojos azules, hambrientos de lujuria, y sentí los profundos retumbos en su pecho vibrar a través de su cuerpo hacia el mío. Ya podía sentir el calor creciendo en mi vientre, mi orgasmo no muy lejos mientras mi verga rebotaba contra mi piel.

—Joder —gemí, arqueando mi espalda contra la cama—. No voy a durar...

—Yo tampoco, cariño —respondió, aumentando el ritmo—. ¿Aún quieres que te preñe?

—Joder, sí. ¡Dame hasta la última gota!

—Lo que tú digas, mi amor.

El ritmo que estableció era abrumador. Cada embestida de su magnífica verga me acercaba más y más al olvido. Mi cuerpo estaba tan lleno de sensaciones que no podía separarlas. Cerré los ojos con fuerza, mi cuerpo completamente fuera de mi control mientras se tensaba una y otra vez. Incluso en mi estado extático, podía oír que Eoin se acercaba. La idea de que me llenara con su semilla me llevó al límite mientras sentía que mi cuerpo se tensaba una última vez.

Con un grito de placer, mi cuerpo se tensó, y mi verga palpitó, salpicando semen caliente por todo mi torso. Menos de un segundo después, Eoin dejó escapar un gruñido profundo mientras hundía su verga hasta el fondo. Lo sentí engrosarse contra mi agujero, su verga pulsando una y otra vez mientras me llenaba con su dulce sorpresa. Agarró mis muslos con fuerza, sus caderas moviéndose por sí solas mientras follaba su semilla más y más profundo en mi cuerpo.

Antes de que pudiera decir algo, se inclinó, levantándose mientras aún estaba dentro de mí y girándose de lado. Se acurrucó detrás de mí, sus brazos envueltos a mi alrededor mientras su verga continuaba pulsando suavemente dentro de mí.

—Joder, sí —gemí, dejándome relajar contra él—. Eso fue increíble.

—Yo... no quiero salir —respondió sin aliento—. Se siente demasiado bien.

—Entonces no lo hagas.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

Hubo un momento de silencio.

—¿Te quedas a pasar la noche entonces?

—Obviamente —respondí, empujando hacia atrás contra él.

—Hmm... —Me acercó más, su cara enterrada en mi cuello—. Podría acostumbrarme a esto.

Dieciséis: Eoin

Despertar con mis brazos rodeando a un hombre era una sensación agradable. Pero saber que era Kent quien estaba acurrucado contra mí lo hacía todo diferente. Lo atraje hacia mí, inhalando profundamente su cálido aroma a cuero. Una oleada de felicidad recorrió todo mi cuerpo, y el lobo dentro de mí prácticamente daba vueltas en círculos.

No podía creer que me hubiera llevado tanto tiempo darme cuenta de que él era mi pareja.

Aquella noche en que hablé con Parker, todo cobró sentido. Durante más de una semana, había estado luchando contra la idea de que Kent significara algo para mí. Después de todo, por la noche era solo un tipo que buscaba desahogarse, y durante el día, era un poco imbécil. Esa primera noche, sentí algo, aunque lo confundí con puro deseo. Sin embargo, ahora que lo había tenido, me daba cuenta de que había algo más que eso. Me preocupaba por él de una manera que no entendía, y no sabía si eso me hacía sentir eufórico o aterrorizado.

Probablemente era un poco de ambas cosas.

Y ahora también tenía nuevos problemas que superar. ¿Cómo le diría que Eoin y Monstera eran la misma persona? Luego, si de alguna manera me perdonaba por eso, ¿cómo demonios le explicaría lo de ser hombre lobo? Eso, más que nada, era lo que me preocupaba. Tener una personalidad alternativa para el crimen era una cosa, pero no ser humano era un obstáculo bastante grande. No podía imaginar que la gente se lo tomara bien.

Sin embargo, una cosa era segura. Si iba a intentar emparejarme con un humano, necesitaba unirme a la Manada Ombra. Podía salirme con la mía estando con Kent durante un tiempo antes de que mi propia manada se diera cuenta de lo que estaba pasando, pero no indefinidamente. No, era mejor irme antes de que las cosas se pusieran serias. Lo último que quería eran problemas con el Alfa. Después de la partida de Parker, parecía aliviado. Pero a medida que más y más lobos abandonaban su manada, tenía la sensación de que su paciencia se agotaría. Se supone que los Alfas son protectores, y se reflejaba mal en ellos cuando sus seguidores comenzaban a huir en masa.

Obviamente, la lección no había sido aprendida, porque las leyes de la manada seguían siendo las mismas. Nada de humanos. Nunca. Y si un lobo resultaba ser gay, podía permanecer en la manada siempre y cuando estuviera de acuerdo con ser completamente ignorado por todos.

Era menos que ideal.

Besando a Kent en el cuello, me giré hacia mi lado de la cama, tomando mi teléfono de la mesita de noche. Quizás era un poco temprano, pero había algunas cosas que necesitaba poner en marcha. Abriendo la aplicación de mensajería, busqué primero el contacto de Parker y comencé a escribir.

Yo: Bueno, lo he pensado, y estoy listo para unirme a la Manada Ombra. ¿Qué necesito hacer?

Parker: ¡Buenos días! ¡Me alegra oír eso! Estaríamos más que felices de tenerte. ¿Tiene esto algo que ver con cierto chico del que me hablaste?

Yo: No estoy seguro de estar listo para compartir eso...

Parker: Por supuesto. Eso es toda la respuesta que necesitaba de todos modos ;) Comenzaré con

el papeleo para tu transferencia en los próximos días. Tendrás que pasar a firmarlo antes de que lo envíe al Alfa, pero no creo que haya ningún problema.

Yo: ¿Eso es todo?

Parker: Eso es todo.

Yo: ¿No hay iniciación ni nada?

Parker: Bueno, podríamos hacerte una novatada si quieres, pero no, normalmente no hacemos ese tipo de cosas.

Yo: ¿Está bien si paso hoy a firmar los papeles?

Parker: Esperemos un poco por ahora. Tengo una visita planeada con Chance Tellurian mañana, y la pareja de Oliver está teniendo algunos problemas con algo que realmente no entiendo. Déjame resolver todo eso, y luego te transferiremos, ¿de acuerdo?

Yo: De acuerdo. Solo avísame.

Parker: Lo haré :) ¡Bienvenido a la Manada Ombra!

No era exactamente el plazo que esperaba, pero tendría que servir. No quería involucrarme demasiado con Kent antes de ser transferido, pero parecía que Parker estaba ocupado. El nombre de Chance Tellurian me sonaba familiar, pero no lo conocía de primera mano. Fuera lo que fuera, tenía que ser importante. Y en cuanto a la pareja de Oliver... bueno, nada de eso tenía sentido para mí. Lo había conocido en la fiesta de Halloween, y parecía perfectamente bien, aunque un poco ingenuo, pensando que todos éramos nudistas en lugar de hombres lobo. Tal vez Oliver le había dado la noticia, y no le había sentado bien.

Miré la forma dormida de Kent, sintiendo cómo la ansiedad florecía en mi pecho. Esperaba que no le importara que su nuevo novio fuera parte lobo.

Pero espera... ¿era siquiera su novio?

Teníamos mucho de qué hablar, pero no quería despertarlo por mis inseguridades. Era demasiado temprano para ese tipo de conversación. En su lugar, volví a mi teléfono, abriendo mi conversación con Hunter.

Yo: Bueno, tengo algunas noticias para ti

Hunter: ¿Ya estás despierto? Bastante temprano para ti, ¿no?

Yo: Trabajo

Hunter: Ajá. Entonces, ¿cuáles son esas noticias?

Yo: Estoy... dejando la manada. Me voy a unir a la de Parker.

Me tomó unos segundos reunir el valor para enviar ese mensaje. Hunter había estado a mi lado desde que éramos niños. En solo unos días, habría más distancia entre nosotros que nunca. Aún podríamos hablar, pero no estaba seguro si su padre nos dejaría seguir pasando tiempo juntos. Solían ser bastante quisquillosos sobre mezclarse con otras manadas sin que fuera un asunto oficial. Y tenía la sensación de que estarían aún más molestos al respecto, considerando que la Manada Ombra fue creada para desafiar sus leyes.

Hunter: ¡Esas son grandes noticias! ¡Felicidades! Supongo que las cosas con tu chico humano van bien, ¿eh?

Yo: Podría decirse que sí... está acostado aquí a mi lado...

Hunter: Qué zorro eres.

Yo: JA JA.

Me quedé sentado por un largo momento, sin saber si quería hacer las preguntas difíciles. Finalmente, decidí que no tenía sentido esperar.

Yo: ¿Crees... que tu padre nos dejará seguir siendo amigos si me voy?

Hubo una larga pausa al otro lado.

Hunter: Siempre seré tu amigo, Eoin. No puedo prometer que siempre podré pasar tanto tiempo contigo, pero siempre podremos hablar.

Yo: Pensé que algo así podría pasar. Lo siento

Hunter: No lo sientas. De todos modos, no es tu culpa. Iba a enviarte un mensaje hoy con las noticias.

Yo: ¿Noticias?

Hunter: Sí. Me han anunciado como el próximo en la línea para convertirme en Beta de la manada. Parece que seguiré los pasos de mi padre después de todo.

Me quedé mirando el mensaje en la pantalla por un largo rato, tratando de averiguar si Hunter estaba feliz con el anuncio o no. Ser el Beta de la manada conllevaba mucha responsabilidad, pero también significaba que tus necesidades estarían cubiertas para siempre. La manada pagaba por todo cuando eras parte del liderazgo. Sin mencionar que tenían un excelente plan dental, por lo que había oído.

Yo: Eso es genial, Hunter. Felicidades

Hunter: ¿Por qué no nos reunimos y lo celebramos? No te vas de la manada hoy, así que deberíamos aprovechar al máximo el tiempo que nos queda. Empiezo el entrenamiento después de Año Nuevo.

Yo: Por supuesto. Me tomaré el día libre. Solo dime cuándo y dónde.

Hunter: Déjame alistarme y te aviso.

Justo cuando estaba a punto de dejar mi teléfono, apareció una alerta en la pantalla. Era de mi aplicación de noticias locales. Al deslizarla para abrirla, la pantalla me redirigió a un artículo que había sido publicado solo momentos antes.

Artista Local de Grafiti Ataca de Nuevo

—¿Qué? —murmuré entre dientes, bajando para leer el artículo.

Durante Halloween, nuestro criminal local de poca monta volvió a atacar. Mientras nuestros niños estaban pidiendo dulces, este delincuente se escabulló en nuestros suburbios para dejar su marca. Esta vez, atacó cerca de casa, eligiendo la residencia personal del alcalde Anderson como su objetivo. Advertimos que la imagen a continuación contiene imágenes crudas y perturbadoras.

—¿Qué demonios? —refunfuñé, desplazándome más rápido—. No hice nada durante Halloween.

Media pantalla después, me detuve, mirando boquiabierto la imagen compartida por la estación de noticias. Había una persona de espaldas a la cámara con una sudadera negra con capucha, claramente escabulléndose de la propiedad. A su lado había un pene dibujado al estilo de un estudiante de secundaria con el nombre Monstera pintado apresuradamente al lado. Debajo había otro mensaje que decía "A la mierda los valores familiares". Todo estaba hecho con pintura roja, no había estilo y las letras eran atroces. No se parecía en nada a mi trabajo.

El alcalde Anderson emitió una respuesta esta mañana diciendo que él y su familia estaban ilesos durante este vicioso ataque a su hogar privado. Con el apoyo total de la comunidad, la recompensa se ha elevado a \$15,000 para cualquiera que tenga información que conduzca a la captura de este criminal. Mientras sigue prófugo, la Policía del Área de Ludington está imponiendo un toque de queda a las 7 pm para cualquier persona menor de dieciocho años. Las patrullas serán más frecuentes y se pide a los ciudadanos en el área del centro que llamen al

911 inmediatamente si ven alguna actividad sospechosa.

Me quedé mirando la pantalla por un largo momento, volviendo a la imagen. Quien hubiera hecho el trabajo me estaba copiando, eso era seguro. Pero no estaban haciendo un buen trabajo. No es que al alcalde le importara tal cosa. Todo lo que quería era promover su propia plataforma. Claramente, alguien estaba tratando de inculparme.

Diecisiete: Eoin

Aunque me costaba dejar a Kent por el día, tenía que cumplir mi promesa con Hunter. Con besos y una cariñosa, aunque algo atrevida despedida, lo mandé a ver más casas mientras yo me alistaba para encontrarme con Hunter. Este me envió un mensaje apenas unos minutos después de que Kent se fuera, diciéndome que nos viéramos en el parque estatal a las afueras del pueblo. Él se encargaría del café si yo llevaba la comida. Por supuesto, acepté.

Una hora más tarde, tenía el asiento del copiloto lleno de comida rápida mientras me estacionaba en el aparcamiento casi desierto. A estas alturas del año, los turistas prácticamente habían desaparecido. Solo algunos lugareños empedernidos recorrían los senderos cuando estaban tan fríos y húmedos. Pero no podía negar que el bosque era hermoso en esta época. Todas las hojas habían caído, su rojo y dorado alfombrando todo el bosque hasta que casi brillaba bajo la luz del sol. Árboles oscuros y esqueléticos se alzaban entre los colores, dándole al lugar un aspecto distintivo de Halloween, aunque el día ya había pasado. Y el olor... uf... era para morir. Especialmente porque había llovido la noche anterior.

Me estacioné en el extremo más alejado del aparcamiento, junto a un familiar Jeep rojo con el logo de Jurassic Park en el capó. Hunter, más que nadie que conociera, era un gran fanático de esa franquicia. Era por eso que nunca mencionaba dinosaurios en su presencia. Lo último que quería era una conferencia de cuatro horas sobre las complejidades de la franquicia cinematográfica versus la serie de libros. El hombre estaba loco.

—Ahí estás —dijo Hunter, saltando de su Jeep con las bebidas en mano—. Empezaba a preguntarme dónde estabas.

—Sí, lo creas o no —respondí, agarrando las bolsas del coche—, la mayoría de los sitios de comida rápida no venden almuerzos tan temprano, así que tuve que esperar. Pero alguien tenía que tener una hamburguesa a las once de la mañana.

—Ups —se rió—. No pensé en eso.

—No pasa nada. —Miré hacia el refugio de picnic con sus mesas ya apiladas y guardadas para el invierno—. Eh... ¿quieres que comamos en tu coche o algo así?

—Claro. —Me hizo un gesto para que subiera—. Ya tengo como seiscientas servilletas en la consola central.

—Perfecto —me reí—. Podemos forrar todo el interior por si decidimos tener una guerra de comida.

Hunter saltó al asiento del conductor mientras yo rodeaba el coche. No pude evitar detenerme un momento para notar que también había puesto calcomanías en las puertas. Jurassic Park, por supuesto, aunque esta decía que era un guardabosques con un número de vehículo en la esquina inferior derecha de la puerta. No pude evitar poner los ojos en blanco. El tipo era un payaso.

—Así que —dije, saltando al asiento y cerrando la puerta—, cuéntame sobre todo este asunto de Beta que tienes entre manos.

Hunter se sonrojó un poco, poniendo mi bebida en el portavasos de mi lado. —No es para tanto.

—Suenas como algo bastante importante —repliqué, hurgando en las bolsas y repartiendo la

comida—. Unirse al liderazgo de la manada no es poca cosa. Sin embargo, me sorprende que ya te estén entrenando. No pensé que tu padre se iba a jubilar en bastante tiempo.

Hunter tomó su hamburguesa y papas fritas, colocándolas ambas en el salpicadero frente a él. Normalmente, era del tipo que se lanzaba sobre su comida inmediatamente, pero en su lugar, solo se quedó mirando por la ventana.

—¿Todo bien?

Dejó escapar un gran suspiro. —Supongo que puedo contarte lo que está pasando. De todos modos, no vas a estar en la manada por mucho más tiempo.

—Ooh —murmuré, metiendo medio taco en mi boca—. Suena a drama. Suéltalo.

—No es tan importante. —Suspiró de nuevo, agarrando sus papas fritas—. Básicamente, el Alfa ha decidido retirarse a finales del próximo año. Se lleva a todo el liderazgo con él.

Me detuve con el taco a medio camino de mi boca. —Joder...

—Sí. Va a ser un gran cambio de régimen.

—¿Qué ha provocado todo esto? —pregunté, dando otro bocado—. Pensé que todos eran bastante jóvenes y saludables.

—Lo son. Pero... bueno, los lobos más jóvenes de la manada no están contentos. —Me miró de reojo, tomando otra papa frita—. Parker y sus amigos no son los únicos que se van.

—¿Ah, no?

—No. Están hartos de las viejas leyes, y se están yendo en masa. Hemos perdido algo así como treinta lobos en el último año más o menos.

—Vaya. Eso es bastante. —Masqué pensativamente por un momento—. Pero la manada es enorme. Eso apenas hace mella en nuestros números, ¿verdad?

—Es suficiente para que la gente se dé cuenta y pida un cambio en el liderazgo. Al principio, intentaron cambiar algunas de las leyes de la manada, pero no pareció ayudar. La manada ahora está compuesta mayormente por jóvenes, y están cansados de ser guiados por viejos cascarrabias como mi padre.

—¿Quién puede culparlos?

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Hunter en voz baja, como si temiera ser escuchado—. Y es por eso que han decidido adelantar el calendario para entrenarnos. Yo tomaré la posición de Beta bajo un nuevo Alfa, probablemente el hijo del Alfa actual, Tyler. Todo el nuevo liderazgo tiene que elegir una pareja dentro del próximo año también. Quieren que nos veamos unidos y fuertes.

—Puj... —murmuré, ignorando completamente la parte sobre las parejas—. ¿Tyler va a ser el Alfa? ¿Ese imbécil? ¡No es diferente a su padre!

—Puede que no, pero es una cara nueva y es más probable que confíen en él cuando se aprueben nuevas leyes —Hunter se inclinó sobre la consola central, cubriendo su boca con la mano—. Entre tú y yo, el Alfa actual se quedará durante los primeros años, manejando las cosas entre bastidores. Todos los cambios nuevos vendrán del viejo liderazgo, pero se supone que la manada no debe saberlo.

Suspiré, sacando otro taco.

—Turbio, como siempre.

Hunter me miró como si hubiera cometido sedición.

—Oh, vamos —dije, haciendo un gesto con la mano—. Ambos sabemos que el Alfa ha tomado algunas decisiones cuestionables en el pasado. Es decir, permitió que mis padres me abandonaran, y los dos sabemos que es amigo de ese jodido alcalde de mierda.

—Lo sé, pero... no deberías hablar así de él.

—¿Por qué no? —pregunté—. De todos modos, me voy de la manada.

—Podría causar problemas.

—La vida es un problema, Hunter —respondí—. Cualquiera que diga lo contrario está vendiendo algo.

—¿Acabas de citar La Princesa Prometida?

Levanté una ceja en su dirección.

—Tal vez. Pero eso no lo hace menos cierto —suspiré, extendiendo la mano y colocándola en su hombro—. Pero me alegro por ti. Este es un gran paso para ti y tu futuro. Hablando de tenerlo todo resuelto.

Hunter se rió nerviosamente.

—Sí. Supongo que sí —respiró profundamente, exhalando lentamente—. Cuéntame más sobre ese chico que conociste. Debe ser muy especial para que estés haciendo tantos cambios. ¿Decidió quedarse?

No estaba seguro si me alegraba que la atención se centrara en mí, pero era mejor que tratar de bailar alrededor de la política de la manada. Hunter era genial manteniéndose siempre en línea. Yo, por otro lado, era lo último en lo que me esforzaba. Probablemente es una de las muchas razones por las que el padre de Hunter no estaba muy emocionado con nuestra amistad.

—Todavía estamos resolviendo las cosas —respondí.

—No le has pedido que se quede, ¿verdad?

—No —suspiré—. Todavía no. Apenas se quedó anoche por primera vez.

—Pero... es tu pareja, ¿no?

—¿Puedes leer mentes o algo así? —respondí—. Porque eso es realmente injusto.

Hunter negó con la cabeza.

—Sí. Por fin me di cuenta —admití, sacando mi tercer taco de la bolsa. Por alguna razón, desahogarme me daba hambre. Le di un mordisco, hablando con la boca llena de lechuga y queso—. Después de hablar con Parker, me di cuenta de que Kent no podía ser otra cosa que mi pareja. Me sentía demasiado bien a su alrededor para que fuera solo un flechazo normal —agarré mi vaso, tomando un sorbo del café caliente para tragar toda la lechuga—. Pero eso es todo lo que he conseguido hasta ahora.

—¿Aún no le has dicho que eres un lobo?

—Ni siquiera le he dicho todavía que paso las noches haciendo grafitis en el centro —negué con la cabeza—. Eso ya va a ser suficiente impacto. El tipo es bastante recto.

—Obviamente no —se rió Hunter—. Ya que está durmiendo contigo y con tu alter ego.

—Fue solo una mamada.

—¿Y no te preocupa que te sea infiel? —preguntó. No había acusación en su tono, solo genuina preocupación—. Quiero decir... está persiguiendo a ambas personas al mismo tiempo. El hecho de que resulten ser la misma persona no significa que él lo sepa.

—Joder —murmuré, dando otro mordisco—. Recién me doy cuenta de lo loco que suena todo esto.

—Es un poco raro.

—Ya lo creo —otro bocado—. Pero, quiero decir... ahora que él y yo hemos pasado la noche juntos, probablemente no irá tras Monstera de nuevo, ¿verdad? Parece que realmente le gusto, y Monstera es solo una aventura.

—Si simplemente se lo dices, no tendrá que elegir —sugirió Hunter.

—Tal vez debería contarle todo al mismo tiempo —bromeé—. Entonces podré ver cómo corre al aeropuerto a velocidad récord —negué con la cabeza, arrugando los últimos envoltorios de mi

taco—. No... Tendré que encontrar una manera de decírselo con suavidad. Monstera tal vez necesite desaparecer por un tiempo, de todos modos. Las cosas se están poniendo un poco tensas.

—Sí, vi ese artículo esta mañana.

Miré a Hunter con el ceño fruncido.

—No eres el único que sabe leer —se rió—. Y sigo tu trabajo, especialmente cuando aparece en las noticias locales.

—Eso es... algo dulce.

—Quince mil dólares no es broma.

Suspiré.

—Me lo dices a mí. Y mayor presencia policial. A este ritmo, tendré suerte si llego a los veinticinco sin antecedentes policiales.

—¿Por qué no lo dejas? —preguntó Hunter—. No es como si tuvieras que dejar de pintar, solo no lo hagas más en edificios.

—No estoy pintando edificios por diversión. Lo hago por culpa de ese imbécil del alcalde y sus malditos votantes —hice una pausa por un momento—. Y... esa ni siquiera es toda la razón.

—¿Entonces qué es?

—El grafiti... el arte en general, supongo... significa que soy alguien. Que existo.

—Yo... no entiendo.

—Es difícil de explicar —respondí, mirando por la ventanilla del pasajero—. En la manada, todos saben quién eres y nunca tienes que preocuparte por ser olvidado. Pero para mí... las cosas no son así. La gente, tanto lobos como humanos, se olvidaron de quién era yo en el momento en que salí del armario. Y el grafiti puso mi nombre en boca de todos otra vez. Quiero decir, joder tío, hay gente en todo este pequeño pueblo que sabe quién es Monstera sin haberme conocido nunca. Y ahora, gracias al alcalde, todos saben quién soy.

—Sí, pero... quieren verte arrestado. Esa no es buena atención.

—Lo sé. Pero al menos saben quién soy —me volví hacia él, encogiéndome de hombros—. Prefiero ser odiado que olvidado.

Hunter sonrió ante eso. —Ten cuidado, Eoin. Eso suena como el comienzo del arco de un villano.

—Tal vez lo sea —le devolví la sonrisa—. De todos modos, ya me estoy cansando de ser el chico bueno todo el tiempo.

Dieciocho: Kent

Empezaba a desesperarme y se me acababan las personas a quienes solicitar mansiones para comprar por debajo de su valor. Mi cliente me acosaba por mensaje de texto y no podía culparlo. Normalmente no tardaba tanto en entregar resultados. Incluso mi jefe había comenzado a presionarme constantemente. Tenía que admitir que me había distraído con Eoin y Monstera. Pero solo me quedaba una semana antes de que mi cliente buscara otro agente.

Tenía que concentrarme.

A lo largo de dos semanas, había reducido la extensa lista a las casas que se ajustaban a las necesidades de mi cliente. Después de ver casi todas en persona, sabía cuáles podían funcionar. El único problema era contactar a sus propietarios. Al igual que mi cliente, los dueños de las casas estaban fuera de la ciudad por el invierno, viviendo en alguna villa europea o tomando el sol en México. No hace falta decir que lo último en sus mentes eran los negocios, y no podía culparlos.

Pero necesitaba que contestaran el maldito teléfono primero.

Deseaba que Eoin estuviera conmigo ese día, pero tenía sus propios asuntos que atender. Había sido difícil dejar la cama esa mañana con él acurrucado a mi lado, pero tenía que hacerlo. Más que nada, quería volver a acurrucarme en sus brazos. Me hacía sentir tan seguro y deseado, algo que no había experimentado en mucho tiempo. Una parte de mí se sentía aprensiva por lo fácil que era estar cerca de él. Pero al mismo tiempo, no podía alejarme. Era demasiado maravilloso.

Y eso me asustaba más que nada. No era propio de mí encariñarme con alguien tan fácilmente. Nunca bajaba la guardia con nadie, especialmente con un tipo que acababa de conocer hace un par de semanas. Durante los últimos años, había sido un hombre de una sola noche. Después de conseguir lo que quería, me iba. Nunca había razón para volver a repetir.

Pero Eoin era diferente. Era dulce, ambicioso y creativo, y me daba exactamente lo que necesitaba en la cama. Sin mencionar que sentía todo con más intensidad con él. Era como si cada vez que tocaba mi piel, todos los nervios de mi cuerpo estallaran de placer. Me encantaba su aroma en mi piel, la forma en que no toleraba mis tonterías y la sensación de sus labios contra mi cuello.

Me moví incómodo en mi silla, reacomodando mi paquete para darle espacio mientras se hinchaba una vez más. Eso había sucedido al menos diez veces esta mañana, y estaba a punto de salir corriendo para ocuparme de ello. Quién hubiera pensado que ser follado tan a fondo la noche anterior me dejaría más excitado que nunca.

Sin más autocontrol, tomé mi teléfono y abrí la conversación entre Eoin y yo.

Yo: He estado pensando mucho en ti hoy.

Eoin: ¿Ah sí? No me imagino por qué.

Apunté mi teléfono hacia mi regazo, tomando una foto de mi problema duro como una roca amenazando con estallar fuera de mis pantalones y enviándola al hilo.

Yo: Apuesto a que puedes adivinar la razón.

Eoin: Guau.

Yo: Mi trasero aún palpita cuando me siento.

Eoin: Mmm... eso es jodidamente caliente

Miré fijamente la pantalla, preguntándome si debería llevarlo más lejos. Después de echar un vistazo rápido alrededor de la oficina para asegurarme de que estaba solo, comencé a escribir.

Yo: Creo que el palpitir está empezando a disminuir. Lástima que no haya un hombre aquí para darme otra buena follada para recordar.

Eoin: Conozco a uno. Está en el parque estatal y solo en su coche.

Yo: Dale mi número. ;)

Eoin: Dice que te encuentres con él allí y se encargará de ti

Mordiéndome el labio inferior, miré fijamente la pantalla de mi teléfono, preguntándome si debería hacerlo. Revisé mis llamadas recientes. La lista mostraba que ya había llamado a todos mis contactos potenciales tres veces esta mañana y no habían contestado. Tal vez podría intentar de nuevo después del almuerzo. Pero no tenía nada que hacer hasta entonces...

Yo: Voy en camino



Media hora después, me encontré entrando al estacionamiento del parque estatal. Solo pasé un vehículo de salida, un Jeep rojo con el logotipo de Jurassic Park en el capó. Pero una vez dentro del parque, solo había un vehículo en el estacionamiento, y me resultaba familiar. Al detenerme junto a él, vi que el asiento del conductor estaba vacío y el vehículo apagado. Saqué mi teléfono y comencé a escribir.

Yo: ¿Dónde estás?

Eoin: Sigue el sendero junto a mi coche. Te encontraré.

Miré mis mocasines de cuero. Eran lo último que quería usar para ir de excursión. Sin mencionar que el bosque estaba cubierto por un manto de hojas doradas y húmedas. También llevaba buena ropa de trabajo, no es que hubiera traído otra cosa en este viaje. Esperaba sentarme en una oficina un par de días, hacer una venta y volver a casa temprano. Hacer senderismo y tener citas nunca formaron parte del plan.

Aun así, no podía negar la erección que aún ardía en mis pantalones. Necesitaba liberarme. Este cliente me tenía tan estresado que apenas podía pensar, y estar cerca de Eoin hacía que eso desapareciera por un momento. Además, esta era una oportunidad para hacer algo divertido e inesperado, como lo hice con Monstera. ¿Qué era la vida sin un poco de aventura, de todos modos?

Yo: De acuerdo. Pero no me hagas ir muy lejos.

Eoin: No te preocupes, cariño

Sonreí, guardando el teléfono en el bolsillo trasero mientras saltaba del SUV. El sendero era fácil de encontrar y, afortunadamente, no estaba demasiado húmedo. La espesa capa de hojas creaba una barrera suficiente para que no tuviera que preocuparme por el agua filtrándose en mis zapatos. Sin embargo, eso no impidió que resbalara tres o cuatro veces al llegar a la primera pendiente.

Este lugar me era completamente desconocido, así que no sabía qué esperar. En la cima de la cresta, miré hacia abajo por un largo camino descendente. El extremo lejano era azul, extendiéndose hasta el horizonte. El parque estaba mucho más cerca del lago Michigan de lo que me había dado cuenta. Lo había visto varias veces al buscar casas con Eoin, pero por primera vez, pude simplemente quedarme allí y contemplarlo, admirándolo por su belleza en lugar de su impacto en el valor de la propiedad.

Era increíble.

Y con mi atención desviada, no escuché los pasos que se acercaban por detrás en el sendero.

Una mano cubrió mi boca, tirando de mí hacia atrás repentinamente. Intenté gritar, pero el sonido quedó demasiado amortiguado para llegar lejos. Un cuerpo tenso se presionó contra mí, la otra mano agarrando mi muñeca y torciéndola detrás de mi espalda. Por un momento, empecé a entrar en pánico, dándome cuenta de que estaba solo en el bosque sin nadie alrededor por kilómetros. Unos labios se presionaron contra mi cuello, y me estremecí, sin saber qué pasaría a continuación.

—Te encontré —gruñó una voz familiar en mi oído.

Inmediatamente, mi cuerpo se relajó, aunque la adrenalina seguía bombeando por mi sistema. Era Eoin.

—Tenía la sensación de que te gustaría que te sorprendieran —continuó, mordisqueando mi oreja—. Pareces del tipo al que le gusta ser capturado. Fue demasiado fácil. Caminas tan pesado que podría haberte encontrado en la oscuridad.

Intenté responder, pero mi boca seguía cubierta por su mano.

—Shh, shh —respondió, sujetándome con más fuerza—. No hay necesidad de hablar. Ya sé lo que quieres, así que te tomaré aquí mismo.

Empujó sus caderas hacia adelante, y por primera vez, me di cuenta de que podía sentir su gruesa y dura polla presionada contra mi trasero. La mano detrás de mi espalda me manoseó, sus dedos extendidos rozando mi piel desnuda.

Eoin ya estaba completamente desnudo.

—¿Es eso lo que quieres, nene? —gruñó, sus labios vibrando contra mi piel.

Gemí contra su mano, asintiendo mientras empujaba mi trasero contra su polla.

—Mmm —murmuró—. Me encanta lo necesitado que estás.

Con una mano aún inmovilizada detrás de mi espalda, me llevó fuera del sendero y entre los árboles. No fue muy lejos antes de empujarme contra uno de ellos, mi rostro presionado contra la corteza.

—Es hora de ocuparnos de ese pequeño problema tuyo —gruñó contra mi cuello.

Un gemido escapó de mis labios cuando mordió mi hombro, la carne ardiendo mientras sus afilados dientes se clavaban. De repente, todo mi cuerpo estaba en llamas, mis nervios disparándose a toda potencia. La mezcla de dolor y placer me volvía loco; la tela de mis pantalones llevada al límite.

Pero por mucho que deseara la libertad, me sentí aún más excitado cuando Eoin no desabrochó mis pantalones. En su lugar, simplemente tiró de la parte trasera hacia abajo, exponiendo mi trasero al aire frío. Levantó su polla, golpeándola contra mi piel mientras separaba mis nalgas. Me encontré inclinándome hacia él, disfrutando cada segundo de su tortura. Confiaba en él implícitamente y sabía que, aunque me estaba usando, no me lastimaría. Al menos no más de lo que yo le pidiera.

Una calidez húmeda se extendió sobre mi entrada cuando Eoin escupió. Usó la cabeza de su polla para esparcir la espesa saliva sobre mí, su grosor ya ejerciendo presión contra mi entrada. Mi cuerpo ya estaba listo para él, anhelando su espesor dentro de mí. Empujé hacia atrás contra su polla, la cabeza deslizándose fácilmente antes de que él supiera lo que estaba pasando.

—Joder... —siseó entre dientes, dejándome tomar las riendas por un momento—. Es increíble cómo tu cuerpo hace eso.

Sonreí pero no dije nada. No era el momento de palabras. Era el momento de la polla de Eoin.

Apoyándome contra el árbol con mi mano libre, empujé más hacia atrás, tomando más y más del

grosor de Eoin. Gemí y me estremecí, la sensación de ser llenado haciendo que cada vello de mi cuerpo se erizara. De repente, Eoin soltó mi muñeca, sus dedos envolviendo mis caderas en su lugar. Me agarró con fuerza suficiente para dejar moretones mientras se enterraba hasta el fondo, pero todo lo que pude hacer fue derretirme contra el árbol, abrumado por la sensación de nuestros cuerpos tan cerca.

—Maldita sea, eso se siente bien —gruñó, sacando lentamente su polla antes de hundirla profundamente—. Tienes el trasero perfecto. —Se inclinó hacia adelante, sus labios contra mi oreja—. Y voy a arruinarlo.

Dejé escapar un gemido ininteligible, pero no importaba. Eoin sabía lo que necesitaba, e inmediatamente puso sus caderas en acción. El calor floreció por todo mi cuerpo mientras encontraba un ritmo feliz, el sonido de sus bolas golpeando contra mi trasero llenando el bosque esquelético a nuestro alrededor. No pude contener los gemidos mientras me apoyaba en el árbol, el intenso estiramiento de la polla de Eoin llevándome a nuevas alturas de placer.

Él era todo lo que necesitaba. La polla era genial, no me malinterpretes, pero la forma en que me sentía con él era más que eso. Cuando necesitaba ser tratado como un pedazo de carne, lo hacía. Pero cuando necesitaba más que eso, una persona que me entendiera también estaba ahí para eso. Todos esos sentimientos brotaron dentro de mí mientras me llenaba una y otra vez. Era una sensación increíble.

Mi polla dolía contra mis pantalones, aún atrapada en la tela ajustada. Con cada embestida, obtenía apenas la más mínima cantidad de fricción, suficiente para mantenerme al borde pero sin empujarme prematuramente. Una parte de mí quería alcanzar y liberar mi cuerpo de sus ataduras de tela. Pero había algo tan caliente en que Eoin me usara sin preocuparse por mi placer. Él sabía que me excitaba, y no lo querría de otra manera.

Además, me estaba acercando sin ayuda. Y Eoin podía sentirlo mientras mi entrada se apretaba a su alrededor.

—Oh, joder —gimió, sus manos moviéndose de mis caderas a mis hombros para tener mejor palanca—. Joder, ese culo se siente increíble.

Me empujé hacia atrás, sincronizando mis movimientos para que nuestros cuerpos chocaran con una satisfactoria fuerza percusiva. Cada impacto enviaba ondas de choque a través de mi cuerpo, encendiendo mis terminaciones nerviosas hasta que estaba prácticamente loco de placer.

—¿Quieres que te preñe, verdad ca... bebé? —gruñó.

—Por favor... —murmuré, mi voz apenas audible sobre el sonido de piel contra piel. Estaba perdido en mis propias sensaciones, mi polla palpitando desesperadamente contra mi muslo.

—Lo que quieras —respondió, aumentando el ritmo.

En cuestión de segundos, pude sentir el orgasmo formándose en mi vientre. La polla de Eoin se hinchó mientras se acercaba al límite, golpeando todos los puntos correctos con cada embestida. Ola tras ola de placer llenó mi cuerpo. La tensión se instaló, mi espalda arqueándose aún más mientras la corona de mi polla se movía en su prisión de tela.

Con sus dientes en mi cuello, Eoin dejó escapar un gruñido profundo, tirando de mí hacia atrás contra él mientras clavaba su polla una y otra vez. Su miembro pulsó, disparando carga tras carga de su semen caliente profundamente en mi cuerpo. El movimiento repentino me llevó al borde al mismo tiempo, mi grito haciendo eco en el bosque que nos rodeaba. Mi muslo se cubrió repentinamente de calor. No necesitaba mirar hacia abajo para saber que toda la pierna izquierda de mi pantalón estaba ahora llena de semen.

Por un largo momento, nos quedamos allí, jadeando mientras los espasmos de la pasión disminuían lentamente. Me derretí en Eoin, sintiendo sus dientes alejarse de mi cuello. Envolvió

sus brazos a mi alrededor, sosteniéndome cerca contra su pecho desnudo. Cada uno de mis músculos se relajó, una sensación de seguridad y plenitud me invadió.

Si tan solo pudiéramos quedarnos así para siempre.

Jadeé cuando se retiró, el calor repentino de su semen corriendo por mi muslo y llenándome de lujuria una vez más. Iba a manchar todo mi pantalón, pero no me importaba. Además, no era como si importara de todos modos. Toda la pierna izquierda de mis pantalones estaba llena de mi propio semen. Una mirada rápida me mostró el desastre lujurioso que era, y me encantó.

Hubo un crujido de hojas detrás de mí y un ajetreo de pasos. Pero para cuando me di la vuelta, Eoin no estaba en ninguna parte. Sonreí, moviéndome de lado a lado para ver si estaba escondido detrás de un árbol cercano. Sin embargo, por más que lo intentara, no pude distinguir nada. Simplemente había desaparecido.

Agarrando la cintura de mis pantalones, me los subí sobre el trasero, untando semen por mis nalgas. Iba a ser un viaje húmedo de vuelta al apartamento, pero no me importaba. El calor que sentía fluir por mi cuerpo era todo lo que necesitaba. Sabía que lo había dicho antes, pero era asombroso lo que una buena polla podía hacer por un chico. Era aún mejor cuando sabía que lo volvería a ver.

Sacando mi teléfono, escribí un mensaje rápido a Eoin.

Yo: Gracias por la ayuda, bebé ;) Hagámoslo de nuevo pronto.

Diecinueve: Eoin

Avanzaba por la calle a cuatro patas, con la cola ondeando detrás de mí. El sol se había puesto hacía tiempo y, aunque las noticias advertían de una mayor presencia policial, no vi a nadie. Tal vez se ocultaban silenciosamente en las sombras, pero mis sentidos de lobo no percibían nada. Confiaba en que me mantuvieran a salvo mientras exponía al alcalde Anderson como el mentiroso que era. No podía permitir que se saliera con la suya intentando manchar mi nombre en todas las noticias.

Esta noche, mi objetivo era uno de los muros más grandes del centro. Estaba a solo una manzana de la oficina del alcalde y en una zona muy iluminada, así que tendría que ser cuidadoso. Lo último que quería era que me atraparan antes de dar por terminado todo para el invierno. Hacía demasiado frío para pintar y las tensiones estaban muy altas. Cuando empecé a pintar para demostrarle al alcalde que no podía pisotear a gente como yo, nunca esperé que se convirtiera en semejante problema. Aunque aún no tenían idea de cómo me veía, así que estaba bastante seguro. Pero eso no significaba que quisiera a toda la ciudad detrás de mí tampoco.

No, Kent tenía razón. Debía haber una mejor manera de bajarle los humos al alcalde. No quise escucharlo aquella primera noche que conoció a Monstera, pero no podía negar que tenía algo de razón. Tal vez atacar a la gente abiertamente no era la mejor manera de hacerlo. Después de todo, el único efecto que había tenido hasta ahora era dar a la gente indeseable algo con lo que unirse. Ya tenían la costumbre de presentarse como víctimas mientras atacaban a otros. Mis mensajes solo les habían servido para tener una plataforma sobre la que pararse.

Pero tenía que hacer este último grafiti. No me rendiría sin luchar. El lobo orgulloso dentro de mí no iba a permitirlo. Kent solo me distraería tanto cuando la gente estuviera manchando mi nombre en las noticias a todas horas del día. Además, una vez que pusiera fin a esto por fin, podría centrar toda mi energía en él. Todavía no había descubierto cómo lograr que se quedara.

Solo quedaban seis días hasta que el vuelo de Kent partiera hacia Nueva York, y la idea de que se fuera me aterrorizaba. Me sorprendí incluso a mí mismo cuando me di cuenta. ¿Quién hubiera pensado que me encariñaría tanto con un extraño después de solo un par de semanas? Aunque, por otro lado, no esperaba toparme prácticamente de frente con mi pareja. El lado humano en mí no quería que se fuera, pero el lado lobo probablemente lo cazaría hasta el fin del mundo si fuera necesario.

Y todavía no le había dicho quién era yo. No sabía nada sobre Monstera o el lobo. Todo lo que conocía era a Eoin, el agente inmobiliario que se dejaba pisotear en el trabajo. Aunque Kent había visto mi lado más personal después del trabajo. Era menos servicial pero no tan brusco como Monstera. En realidad, era un feliz punto medio, el lugar donde existía más naturalmente. También era el lado de mí que menos compartía, y se sentía extraño bajar mis defensas con este hombre que apenas conocía.

Pero no podía evitarlo.

Kent era todo lo que siempre había deseado. Era inteligente, seguro de sí mismo, guapo y un campeón recibiendo verga. Sin mencionar que me trataba bien. Claro, habíamos tenido un

comienzo un poco difícil, pero una vez que aprendí que tenía muros como yo, lo entendí más de lo que creía posible. Ahora, era fácil ver más allá de su exterior frío porque sabía qué lo hacía funcionar. De hecho, estaba íntimamente familiarizado con ello. Podíamos entendernos de una manera que nadie más podía, y esa conexión era real.

Ahora solo tenía que decirle quién era yo realmente. Pero, ¿cómo le dices a alguien que eres un agente inmobiliario, un artista del grafiti y un lobo? Uno era fácil. Dos era un desafío. Pero ¿los tres? Bueno, eso parecía imposible. Si pudiera deshacerme de uno de ellos, tal vez podría lograrlo. Sin embargo, ya había conocido a dos, y no podía ocultar al lobo toda mi vida. Estaba destinado a darse cuenta eventualmente, especialmente cuando me saliera pelaje y empezara a aullar en la luna llena.

No, tenía que hacerse. Simplemente no sabía cómo hacerlo. Había estado exprimiendo mi cerebro durante la mayor parte de los últimos tres días, desde que vino a mi apartamento aquella primera noche. Pero aún no tenía una solución. Simplemente decírselo era una opción, pero ¿me creería siquiera? Los humanos pensaban que los hombres lobo, vampiros, hadas y toda clase de criaturas eran solo cosas inventadas en Hollywood. Poco sabían que todo aquello de lo que tenían una historia existía. ¿Cómo iba a convencerlo de que todas las cosas que hacen ruido en la noche eran reales? Simplemente transformarme frente a él parecía una solución fácil, pero también era la que tenía más probabilidades de tener resultados desastrosos. No tenía ninguna duda de que saldría corriendo si viera algo así.

Me detuve frente a mi objetivo previsto, el muro se alzaba sobre mí bajo la tenue luz de las farolas. Tendría que resolver las cosas más tarde. Por ahora, necesitaba concentrarme en hacer mi trabajo y no ser atrapado.

Colocando mi bolsa en el suelo, me giré, escaneando la calle. No había coches de policía ni vehículos ocultos en las sombras, por lo que pude ver. Cualquier cámara de seguridad estaba demasiado lejos para captar lo suficiente como para incriminarme, especialmente con la capucha puesta y la máscara puesta. Levanté la nariz al aire, respirando el frío aire nocturno. Había llovido más temprano ese día, y todo lo que podía oler era pavimento mojado y hojas caídas. Seguramente, si hubiera policías alrededor, el aroma a donas rancias y café negro sería intenso en el aire. Sonreí para mis adentros por mi pequeña broma.

Ahora que estaba solo, era hora de pintar.

Saqué la primera lata, de un verde neón brillante, y comencé a escribir. Este mensaje no se trataba de hacerlo colorido o hermoso. Se trataba de mostrarle a todos que alguien estaba tratando de hacerse pasar por mí. Sin embargo, mi letra demostraría que quien fuera que hubiera escrito en la casa del alcalde sin duda no era yo. Tenía mis sospechas sobre quién podría ser, pero por ahora, no iba a señalar con el dedo a nadie. Todo lo que importaba era cambiar el enfoque. No estaba seguro si funcionaría, pero tenía que intentarlo.

En menos de diez minutos, había logrado tallar mi mensaje contra la pared.

Monstera tiene estilo y no marca casas privadas, imbécil.

Lo de «imbécil» fue un añadido de última hora. Quizás fuera innecesario, pero la satisfacción era demasiado buena como para dejarlo fuera. Además, después de esta noche, ya estaba. Con mi cuenta bancaria casi lo suficientemente llena para abrir mi tienda en primavera, necesitaba dejar esto atrás. Llevaría algún tiempo que el alboroto se calmara, y no quería problemas mientras entraba en producción. Tenía mucho trabajo por delante, y lo último que necesitaba era tener al alcalde pisándome los talones todo el puto invierno.

Tapé el bote de spray y lo metí en mi mochila, cerrándola con la cremallera. Me aparté un momento para admirar mi obra antes de echarme la bolsa al hombro y suspirar. Era hora de irse.

—¿Otra vez con tus viejos trucos, eh?

Me giré en el acto, dejando caer la mochila al suelo mientras me preparaba para transformarme. La policía nunca me atraparía en mi forma de lobo. Y desde luego no iba a ir a la cárcel.

Mis ojos recorrieron la calle de arriba abajo, deteniéndose en una figura apoyada en una farola al otro lado.

Era Kent.

—¿Qué coño haces tú por aquí? —le grité, usando de nuevo mi voz ronca—. ¿Me echabas de menos, cariño?

Sonrió, y mi corazón dio un vuelco mientras cruzaba la calle en mi dirección. Un conflicto surgió en mi cabeza. Siempre me alegraba ver a Kent, pero su presencia aquí me hizo dudar. ¿Había vuelto para enrollarse otra vez? Y si era así, ¿me lo contaría mañana cuando lo viera en circunstancias normales? Hasta ahora, no había mencionado a Monstera cuando pasábamos tiempo juntos. No éramos exclusivos ni mucho menos, pero empezaba a tener la sensación de que quería algo más con Eoin.

Tal vez me equivocaba. Tal vez no era tan buen tío.

—Me enteré de que habían pintado la casa del alcalde y sabía que te encontraría —respondió. Señaló el mensaje que acababa de terminar—. Es fácil ver que tú no hiciste ese, y supuse que estarías cabreado por ello. —Me lanzó esa sonrisa arrogante—. Parece que tenía razón.

—No me gusta que la gente use mi nombre —repliqué, tratando de no mostrar mi evidente irritación con él. Mientras tanto, mi cerebro iba a toda velocidad. ¿Debería revelarle mi verdadera identidad, o acaso se merecía algo así?—. Y no voy a por casas particulares. Eso no va conmigo.

—Así que después de todo tienes algo de moral ahí dentro.

—Sí, la tengo —me burlé—. A diferencia de ti.

Ladeó la cabeza, frunciendo el ceño. —¿Qué demonios se supone que significa eso?

Me acerqué, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. No sabía si quería besarlo o golpearlo. Tal vez ambas cosas.

—¿Has venido aquí a por polla otra vez mientras tu hombre te espera en casa?

Sonrió, y sentí que el calor me subía a las mejillas.

—Así que tú también me has estado espionando —dijo—. Ya me lo imaginaba. Pareces saber mucho sobre mí.

—Me aseguro de tener algo con lo que presionar a quienes podrían delatarme. —Lo miré de arriba abajo, irritado por lo mucho que aún lo deseaba—. Por muy bien que se sienta su boca.

Las emociones que bullían dentro de mí eran suficientes para volver loca a cualquier persona. De alguna manera, había logrado enfrentar al lobo contra mi forma humana. Me di cuenta de que estaba siendo celoso de mí mismo, pero de algún modo no podía evitarlo.

—Bueno, lamento decepcionarte, pero tu información es errónea —dijo con indiferencia—. No he venido aquí a conseguir nada de ti. He venido a despedirme.

—¿Despedirte? —me burlé, ahora completamente confundido. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Sea lo que sea esto entre nosotros —continuó—, es una fantasía. Nada más. Pensé que era lo que quería, un polvo regular sin ataduras. Además, eres una especie de chico malo, y tu vida es lo opuesto a la mía en todos los sentidos.

Lo miré fijamente, con la mandíbula ligeramente abierta mientras sus palabras llenaban mi mente. No tenía ni idea de lo equivocado que estaba.

—Pero encontré algo real, y voy a conservarlo. —Extendió una mano—. Así que esta será la

última vez que te vea, Monstera.

Mi mandíbula trabajó por un momento, tratando de encontrar las palabras adecuadas. El lobo dentro de mí corría en círculos a velocidad supersónica, la emoción casi abrumaba por completo cada aspecto de mi ser. Kent había elegido a Eoin, me había elegido a mí.

De repente, me invadió la culpa que había estado reprimiendo. Kent estaba allí frente a mí, renunciando a todo lo que parecía disfrutar tanto con Monstera. Mientras tanto, yo me escondía tras una máscara, demasiado aterrorizado para contarle la verdad sobre Monstera o el lobo. Él estaba siendo honesto y directo, mientras yo seguía siendo un mentiroso.

—Parece un tipo con suerte —dije al fin, tomando su mano. Los celos que se acumulaban en mi interior se desvanecieron, reemplazados por la vergüenza.

—Yo soy el afortunado —respondió, estrechando mi mano.

Lo atraje hacia mí de repente, mi lobo incapaz de resistir tocarlo por más tiempo. —Cuídalo bien —dije, con los labios prácticamente pegados a su oreja—. Si se siente bien, no lo dejes pasar. Agárralo con ambas manos y no lo sueltes nunca.

—Haré lo mejor que pueda.

—Buen chico —repliqué, besando su mejilla antes de dar un paso atrás mientras volvía a ponerme mi personaje—. Ahora lárgate de aquí, cariño. Y que no te pille de nuevo en mi sombra.

—No lo harás —sonrió.

Se dio la vuelta y, con un pequeño gesto de despedida, se dirigió calle abajo hacia la oscuridad. Me quedé allí por un largo momento, observándolo alejarse. Mi corazón estaba pleno, sabiendo que Kent me había elegido. Sabía que eventualmente tendría que decirle la verdad. Pero por ahora, estaba feliz simplemente dejando que las cosas siguieran su curso. De todos modos, Monstera se iba a ir. Ya no habría más etiquetas ni más escapadas nocturnas con Kent como mi álter ego. Ahora, tenía que vivir la vida como Eoin.

Y averiguar cómo contarle sobre el lobo... de alguna manera.

Veinte: Kent

Me sentí más ligero cuando desperté, como si me hubieran quitado un peso del pecho. Ciertamente, era un peso que yo mismo me había impuesto, pero me alegraba haberme librado de él de todos modos.

¿Estaba un poco triste por no volver a ver a Monstera? Claro. Quizás un poquito. Pero pensar en pasar todo mi tiempo libre con Eoin borraba ese arrepentimiento de mi mente en un instante. Monstera fue una aventura en un callejón oscuro, una fantasía que había albergado durante la mayor parte de mi vida adulta. No diría que me lo había sacado del sistema, pero encontré algo mejor. Además, Eoin era bueno cumpliendo mis fantasías de todos modos, lo supiera o no. No necesitaba una criatura de la noche cuando tenía a un hombre maravilloso esperándome en casa. Especialmente uno que haría cualquier cosa que le pidiera.

El único problema que tenía era el tictac del reloj. Mi tiempo en Ludington estaba llegando a su fin, y aún no había conseguido una casa para mi cliente. Lo había reducido, sin duda, pero no podía conseguir que esta maldita gente contestara al teléfono. Las tres casas estaban en el mercado, y aun así no contestaban. Entre yo y su agente de ventas llamando constantemente, pensarías que conseguiríamos comunicarnos, pero no. Toda la gente asquerosamente rica era igual. Hacías las cosas en su momento o no las hacías en absoluto. Eran notorios por ser difíciles de tratar.

Pero realmente necesitaba la venta.

Tenía mucho dinero en el banco, eso era cierto. Sin embargo, vivir en Nueva York era caro. Un millón de dólares podría prepararme para toda la vida en un lugar pequeño como Ludington, pero en mi edificio de apartamentos me duraría tres a cinco años como máximo. Tenía tiempo para hacer más ventas, pero perder una dañaría mi reputación. El próximo cliente podría dudar en trabajar conmigo, y tarde o temprano, me quedaría atrás por algún otro tipo mejor en su trabajo que yo. Era un ciclo vicioso que rápidamente se saldría de control si no cumplía con mis promesas.

Solo quedaban cinco días para que sucediera, y empezaba a entrar en pánico.

Gemí cuando mi teléfono vibró sobre el escritorio, sacándome de mis pensamientos. Al darle la vuelta, vi un mensaje de la última persona de la que quería saber. Mi cliente.

Deslizando para abrirlo, comencé a leer.

Cliente: ¿Cómo va la búsqueda? Empiezo a preocuparme.

Yo: He encontrado la casa perfecta para usted, así que no hay necesidad de preocuparse. Sin embargo, el vendedor está de vacaciones en este momento y está resultando difícil contactarlo. Estoy trabajando en ello.

Cliente: Parece una excusa conveniente. Ha tenido más de dos semanas para hacer esto, y me lo prometió en menos de una. Su seguimiento no parece muy bueno.

Reprimí todos los instintos de mi cuerpo de destrozar a este tipo. Había sido un hombre tan agradable al principio, todo encanto y sonrisas. Sin embargo, cuanto más duraba esta transacción, más se parecía a una Karen. Y no me gustaba. Pero sabía cómo tratar con los

clientes, y mantener la calma en todo momento era la regla número uno.

Yo: Le aseguro, señor, que el trato se cerrará antes de que termine la semana. No tiene nada de qué preocuparse.

Cliente: Si no tengo papeles para firmar antes de la medianoche del sábado, iré con otro agente, y usted necesitará encontrar un nuevo trabajo. Necesito a alguien que pueda hacer las cosas, no poner excusas.

Yo: Tendrá los papeles.

Mi teléfono resonó en el escritorio cuando lo tiré a un lado, gruñendo entre dientes. Me levanté y empecé a caminar por la habitación.

—¿Algo va mal? —preguntó Eoin, asomándose por encima de la pared de su cubículo—. Suenas frustrado.

—Es solo este maldito cliente —siseé, continuando mi paseo de arriba a abajo por la habitación—. Está siendo un imbécil porque no está consiguiendo lo que quiere inmediatamente. —Sacudí la cabeza, murmurando entre dientes—. Debería haberlo sabido mejor. Siempre debes prometer poco y entregar mucho, pero hice exactamente lo contrario esta vez. Me volví arrogante. —Gruñí de nuevo—. Pero no esperaba que todos en este pueblo fueran tan jodidamente tercos.

—¿Debería sentirme ofendido? —preguntó Eoin con una sonrisa—. ¿O estoy excluido de eso? Me detuve junto a su cubículo, soltando un largo suspiro. —Tú estás bien. Solo estoy estresado. Normalmente no dejo las cosas tan al límite. —Miré hacia abajo, a esos hermosos ojos azules, horrorizado por lo que estaba a punto de decir—. Yo... creo que podríamos necesitar posponer nuestra cita de esta noche.

Hubo un breve destello de dolor en su rostro, pero rápidamente lo borró.

—Está bien —dijo, dándome una sonrisa comprensiva—. Podemos hacerlo al día siguiente o cuando sea.

Negué con la cabeza. —No... creo que necesitamos... tomarnos un descanso por un momento.

En el momento en que las palabras salieron de mis labios, quise lanzarme desde el techo. La sonrisa de Eoin se desvaneció, reemplazada por una expresión de traición.

—¿Estamos... terminando entonces? —preguntó, con la voz temblando.

—¡No! —Alcancé por encima de la pared, agarrando los lados de su cara—. No, no, no. Eso no es lo que quise decir.

—Está bien —continuó, tratando de alejarse de mí—. Lo entiendo.

—Eoin —dije, mi voz repentinamente severa—. Escúchame.

Levantó la mirada, sus ojos moviéndose entre los míos.

—No te estoy diciendo que quiero romper ni nada. Solo estoy diciendo que necesito concentrarme en esta venta durante los próximos días, al menos hasta que lo resuelva. Después de eso, podemos pasar tanto tiempo juntos como quieras.

—Pero te vas pronto...

Le acaricié la mejilla con el pulgar, la barba incipiente raspando agradablemente contra mi piel.

—¿Quién dice que no puedo retrasar mi boleto un poco más? Además, tendré que poner en marcha las renovaciones de esta casa.

—¿Te quedas por la casa o por mí?

La pregunta me tomó desprevenido, no por sus implicaciones, sino porque Eoin parecía de repente tan serio. Por primera vez, empezaba a darme cuenta de lo apegado que se había vuelto a mí. El tipo desaliñado que parecía muerto por dentro y que conocí mi primer día allí había desaparecido. Este Eoin estaba en carne viva, como un nervio expuesto. Había bajado sus muros para dejarme entrar, y ahora me daba cuenta de cuánto poder me había otorgado.

Y era aterrador.

Por supuesto que me gustaba. Eso era obvio. Pero ahora que veía esa mirada en sus ojos, empecé a tener la sensación de que había algo más que eso. La idea de herirlo o dejarlo atrás era inaceptable. Apenas podía imaginar la vida de vuelta en Nueva York sin él. ¿Estaría dispuesto a irse para seguirme? ¿Era demasiado pedir? No estaba seguro, pero sabía que tenía que dejar claras al menos un par de cosas. El resto lo podríamos resolver después.

—Pensé que a estas alturas sería obvio —susurré, inclinándome para besarlo suavemente en los labios—. Quiero quedarme por ti.

Eoin frunció el ceño, su labio inferior temblando. —¿E-En serio?

—Por supuesto —respondí—. No te voy a mentir, sin embargo. Esto me asusta a muerte. No soy el tipo de persona que se apega a la gente.

—Yo tampoco —se rio—. Estoy seguro de que lo notaste.

—Lo hice.

—¿Entonces qué hacemos ahora?

—No lo sé —respondí honestamente con un pequeño encogimiento de hombros—. Todas mis relaciones han sido a tiempo parcial o menos debido al trabajo, y no quiero que sea así con nosotros. Pero no tengo mucha experiencia haciendo otra cosa. Todo esto es nuevo para mí.

—Igual. Aunque incluso a tiempo parcial es difícil de encontrar por aquí.

—Sé que es injusto pedirlo, especialmente cuando ambos estamos disfrutando tanto el uno del otro. Pero ¿puedes darme unos días para cerrar el trato con este cliente? Después de eso, soy todo tuyo.

Eoin me miró fijamente por un largo momento, sus ojos vidriosos mientras las lágrimas amenazaban con caer por sus mejillas. —Eres un buen tipo, ¿lo sabías?

Eso me hizo reír. —Supongo que estoy bien.

—No, eres un buen tipo. Mucho más de lo que yo soy...

No era propio de Eoin decir cosas así. —¿Qué quieres decir?

Dejó escapar un largo suspiro, negando con la cabeza. —Sabes... No soy solo un agente inmobiliario cualquiera. Hay cosas sobre mi vida... sobre mí que no sabes.

—Quiero decir, esa es la mitad de la diversión de una relación, ¿no? Llegamos a conocer todas esas cosas el uno del otro.

—Sí... pero ¿seguirás queriéndome cuando te enteres...?

—Eoin —dije con firmeza, tomándolo por los hombros—. ¿Has matado a alguien?

—No.

—¿Cometiste un crimen atroz? ¿Ahogaste a un montón de cachorros en el estanque?

—No... pero-

—Entonces no hay nada de qué preocuparse —dije, dándole otro beso—. Sea lo que sea que te preocupa, te puedo garantizar que no me va a alejar. Sé que has tenido una vida difícil, al igual que yo. Ambos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos para mantener un techo sobre nuestras cabezas o salir adelante en esta vida. No voy a juzgarte por eso. De hecho, probablemente seré el que más lo entienda. —Le guiñé un ojo—. Porque si crees que no robé en tiendas durante toda la secundaria para poder comer, tengo una desagradable sorpresa para ti.

Eoin se rio, negando con la cabeza. —Dios... Robé tantas cosas en la secundaria.

—Tú y yo ambos.

Un momento de silencio se extendió entre nosotros.

—¿Estás seguro de que no me odiarás?

—Eoin, no creo que haya nada en este mundo que pudieras hacer para que te odie.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Veintiuno: Eoin

Ni siquiera me molesté en cambiar esta vez. Estaba tan jodidamente furioso que apenas podía enfocarme en la acera frente a mí mientras pisoteaba por el centro hacia la oficina del alcalde una vez más.

Lo había hecho de nuevo.

Apenas había llegado a casa cuando recibí una notificación en mi teléfono de la estación de noticias local. La policía había encontrado mi mensaje en la pared, diciéndoles que el alcalde era un mentiroso y que Monstera tenía más estilo que esa historia de mierda que habían inventado. Pero esta vez, el alcalde fue un paso más allá.

Publicó una declaración diciendo que Monstera era un cobarde. No solo eso, afirmó que mi alter ego era parte de algún grupo extremista gay inventado que intentaba forzar a los niños de la comunidad a la trata sexual o alguna locura así. Era absolutamente demencial.

Y tanto el lobo como yo no habíamos dejado de ver rojo desde el momento en que terminé de leer el artículo.

Todo esto después de haber tenido uno de los mejores días de mi vida, gracias a Kent.

Por eso estaba en el centro una vez más, con mi bolsa llena de latas de spray colgada al hombro. Excepto que esta vez, tenía un par de ladrillos allí y un soplete. No iba a simplemente pintar el frente de su edificio para que pudiera inventar alguna historia sobre mí. No. Esta vez iba a entrar y destruir el maldito lugar.

¿Iba a ayudar? No. ¿Me importaba una mierda ya? Tampoco. Todo lo que importaba era sacar la ira. Monstera no aguantaba ese tipo de mierda sin tomar represalias.

Un gruñido bajo retumbó en mi pecho mientras doblaba la esquina hacia la calle principal del centro. El ruido había estado reverberando en mi cuerpo desde que había llegado a casa. Sin mencionar que mi corazón había estado latiendo a mil por hora todo el tiempo. Furioso ni siquiera se acercaba a describir cómo me sentía. Una parte de mí esperaba que el alcalde Anderson estuviera en el edificio hasta tarde esta noche. Sería agradable asustarle hasta la médula. Diablos, tal vez incluso le daría una paliza también. El tipo definitivamente se lo merecía por toda la basura que escupía constantemente.

Por supuesto, sabía en el fondo que recurrir a este tipo de violencia solo empeoraría las cosas. Pero hay solo tanto que un tipo puede soportar antes de estallar. Había crecido con padres que me abandonaron a la primera señal de ser diferente. No solo eso, sino que la manada en la que nací me trató como un extraño solo por que me gustaran los hombres. Crecí viendo florecer los derechos de los homosexuales, finalmente ganando el derecho al matrimonio, solo para convertirme en un adulto y ver cómo se quemaba hasta los cimientos gracias a la política extremista.

Y simplemente ya no podía soportarlo más.

Por eso, tan pronto como llegué al frente de la oficina del alcalde, no dudé. No me detuve a bloquear las cámaras de seguridad recién instaladas ni nada. En su lugar, simplemente metí la mano en mi bolsa, saqué un ladrillo y arrojé ese hijo de puta a través de la ventana.

El sonido del cristal rompiéndose resonó en los edificios, llenando la calle para que todos lo oyeran. Era cerca de la medianoche, pero no tenía duda de que el estruendo despertó al menos a algunos de ellos. Y me importaba una mierda. Metí la mano en la bolsa una vez más, saqué una lata de pintura y me dirigí hacia la entrada recién creada en el edificio.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Me giré en el acto, esperando ver a la policía o a alguien del vecindario venir a detenerme. En cambio, vi a la última persona en el mundo que debería haber estado allí, trotando en mi dirección.

Kent.

—Lárgate de aquí, cariño —le grité, haciéndole un gesto para que se fuera—. Tengo trabajo que hacer.

—Te van a arrestar, maldita sea —dijo, agarrando la manga de mi sudadera—. ¡Necesitas irte! ¡Hay policías en cada esquina!

—¡Me importa una mierda! —grité, arrancando mi manga de su agarre—. ¿Escuchaste lo que dijo ese viejo imbécil sobre mí? ¿Sobre cómo estoy traficando niños? ¿NIÑOS?

—Lo sé —suspiró—. Vi todo. Es horrible, pero necesitas dejarlo pasar. En serio. No vale la pena.

—¿Tú simplemente te quedarías sentado y dejarías que alguien hablara así de ti?

—Lo haría, y lo hago todo el maldito tiempo.

Me detuve, mi mandíbula trabajando mientras trataba de encontrar algo que decir.

—Trabajo para clientes de mierda todo el día que me tratan como basura. Son horribles; me acusan de cualquier cosa que se te ocurra cuando las cosas no salen como quieren, y más de unos cuantos han intentado que me despidan. La gente es jodidamente terrible. Pero eso no significa que puedas simplemente destruir sus hogares cuando estás molesto.

—No es su casa —gruñí—. Ese no fui yo.

—Lo sé, y te creo. Sabes eso. Pero esto tiene que parar.

—¿Qué hay de los chicos gay que lo escuchan hablar así ahora mismo? ¿Eh? ¿Crees que disfrutan sentados en la mesa de la cena cada noche con Fox News retumbando de fondo mientras sus padres repiten la mierda que ha dicho el alcalde?

—No, claro que no...

—Los afortunados solo serán repudiados cuando la verdad finalmente salga a la luz, si es que alguna vez lo hace. Pero los desafortunados... estarán muertos, Kent —grité, con la voz quebrada mientras señalaba la ventana rota detrás de mí—. ¡Por culpa de gente como él!

Entonces, sin decir palabra, Kent hizo lo último que esperaba. Dio un paso adelante y me abrazó con fuerza, sus brazos rodeándome el cuello. Quise apartarlo, la ira creciendo en mi pecho hasta que pensé que explotaría. Pero no pude obligarme a hacerlo. En su lugar, me quedé allí de pie, con la lata de spray aún aferrada a mi costado.

—Todo lo que has dicho es cierto —dijo Kent, su voz suave contra mi oído—. Tanto tú como yo lo sabemos. Lo siento tanto como tú. Tipos como él no merecen el aire que respiran. Pero si los atacamos abiertamente así, solo lo usarán en nuestra contra. —Me abrazó con más fuerza, sus labios rozando mi cuello—. Estás cayendo en su juego. No dejes que te use para promover sus propias malditas ambiciones.

Un ardor punzante llenó mis ojos, la máscara atrapando mis lágrimas al caer.

—Yo... estoy tan jodidamente frustrado...

—Lo sé. Tienes todo el derecho a estarlo.

Mi cuerpo temblaba mientras me apoyaba en él. Odiaba estar emocional, pero no podía evitarlo.

Cuando Kent estaba cerca, era demasiado difícil contener cosas así. Ya se había abierto paso dentro de mis muros de hielo, y ahora no había forma de sacarlo.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté, con la voz temblorosa—. Tengo que hacer algo, o explotaré... Kent dio un paso atrás, agarrando mi barbilla con el pulgar y el índice. Levantó mi mirada hacia la suya, una pequeña sonrisa tirando de sus labios.

—No lo sé —dijo suavemente—. Pero lo resolveremos juntos.

Mis cejas se fruncieron bajo la máscara. —¿Juntos?

Un chillido perforó el aire a nuestro alrededor, el mundo iluminándose con destellos rojos y azules. Me giré sobre mis talones, mis sentidos de lobo activándose. Al menos cuatro coches de policía se dirigían hacia nosotros, con las luces y sirenas encendidas.

Empujé a Kent lejos de mí, sus zapatos de cuero sin conseguir agarre en el pavimento. Se tambaleó hacia atrás, cayendo de culo con fuerza.

—¿¡Qué coño!?! —gritó.

—Diles que te atacué —le grité, mientras los coches patrulla frenaban en seco.

—¿Quieres que mienta a la policía?

—Es la única forma de que te dejen ir. No eres lo suficientemente rápido para venir conmigo.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Lo siento, Kent...

Con una última mirada, me arranqué la camisa y comencé a correr. Lo último que quería era enredarme en mi ropa. Solo me detuve un momento para quitarme los zapatos de una patada y arrancarme la máscara antes de comenzar a transformarme.

Era la única forma de dejarlos atrás.

Veintidós: Kent

Mi coxis estaba definitivamente magullado, el dolor irradiando por todo mi cuerpo. Pero apenas lo notaba. En cambio, me encontré mirando a Monstera mientras corría calle abajo, quitándose la ropa mientras avanzaba. Por qué se deshacía de ella, no podía entenderlo. Un hombre desnudo corriendo por las calles iba a atraer mucha más atención que lo que llevaba puesto.

Se zambulló hacia un lado cerca del final de la calle, sumergiéndose en las sombras donde ni siquiera los focos de la policía podían alcanzarlo. Sin embargo, aún podía verlo desde mi lugar en el pavimento mojado. Y no podía creer lo que vi.

Su cuerpo comenzó a cambiar y agitarse repentinamente, sus brazos doblándose en ángulos extraños y su espalda arqueándose dolorosamente. Incluso en la sombra, observé cómo el pelo brotaba de su piel, cubriendo todo su cuerpo de pies a cabeza. Su rostro se alargó en un hocico largo, con colmillos brillantes emergiendo de su mandíbula.

Me quedé boquiabierto mientras la criatura se liberaba cuidadosamente de los pantalones de chándal aún envueltos alrededor de sus caderas, arrancándolos con los dientes. Dio un paso fuera de la sombra, mirando hacia atrás en mi dirección. El brillante foco iluminó orejas puntiagudas, un hocico largo y ojos dorados brillantes, todo rodeado de pelaje gris y blanco.

Era un lobo.

Mi corazón se hundió, el miedo bombeando por todo mi sistema. Sentí que mi cuerpo instintivamente se arrastraba hacia atrás, tratando de alejarse lo más posible. Las orejas del lobo se agacharon por un momento; su mirada se dirigió hacia abajo antes de darse la vuelta y huir en la noche.

—¡Pon las manos en alto!

Apenas escuché los gritos detrás de mí, mi corazón latiendo tan fuerte en mis oídos que ahogaba todo el mundo exterior. Los pensamientos corrían dentro de mi cabeza, tratando desesperadamente de juntar las piezas de lo que acababa de presenciar. Nada de esto tenía sentido. ¿Cómo se había convertido un hombre en lobo justo frente a mis ojos? Claro, había escuchado historias sobre cambiaformas, pero todas estaban firmemente archivadas en la sección de fantasía de la librería. Sin embargo, por más que intentara encontrar una explicación lógica, solo una palabra se repetía en mi mente.

Hombre lobo.

Y eso simplemente no podía ser posible. ¿O sí?

Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, sentí varios pares de manos empujarme al suelo, mi mejilla frotándose contra el pavimento. Hubo una cacofonía de órdenes gritadas y un destello de dolor cuando mis manos fueron tiradas hacia atrás y esposadas. Varios hombres me ladraban preguntas, sus linternas brillando en mis ojos. Pero estaba demasiado perdido en mis propios pensamientos para hablar.

Después de un momento o dos, uno de ellos agarró mis muñecas y me llevó de vuelta hacia los vehículos. Abrió la puerta y me guió hacia la parte trasera del coche, su mano en mi cabeza. Levanté la mirada hacia él, mi mandíbula trabajando mientras intentaba formar palabras. Pero

nada salió.

—Tal vez algo de tiempo en una celda te haga un poco más cooperativo —gruñó.

La puerta se cerró de golpe, silenciando el mundo exterior. Me senté en la oscuridad, mirando fijamente el asiento frente a mí, tratando de entender qué demonios estaba pasando. Lo que había comenzado como un intento de hacer algo bueno terminó en mi arresto.

Y ahora había malditos hombres lobo sueltos.



La habitación en la que me habían colocado no tenía ventanas y solo una puerta. Me senté en un gran escritorio sin nada encima, la silla más incómoda que cualquier cosa que hubiera experimentado en mi vida. No estaba seguro de cuánto tiempo había estado sentado allí, pero empezaba a preocuparme de que los policías se hubieran olvidado completamente de mí. O eso, o estaban tratando de agotarme. No estaba seguro de qué esperaban obtener de mí, pero era bastante obvio que yo no era su objetivo principal. No muchos artistas del grafiti usan trajes Armani.

Y aun así, incluso con todo ese tiempo, no había llegado a términos con lo que había visto esa noche.

La puerta se abrió de golpe repentinamente, y mi corazón casi saltó de mi pecho. Dos hombres entraron, ambos luciendo excepcionalmente cansados. Uno era un policía, aún con su uniforme y un archivo manila en una mano. El otro llevaba un traje de aspecto elegante, aunque, tras una inspección más detallada, me di cuenta de que no era más que una imitación barata.

—Kent Abaldon, ¿verdad? —preguntó el oficial, tomando asiento al otro lado de la mesa. Abrió el archivo, ojeando el papeleo—. Eres un agente inmobiliario de Nueva York, ¿cierto?

—Sí, ese soy yo —respondí, manteniendo mis ojos en el hombre del traje barato. Se quedó en la parte trasera de la habitación, su mirada intentando atravesarme—. ¿Puedo preguntar por qué me arrestaron?

—No te hemos acusado oficialmente de ningún delito —respondió el oficial sin levantar la vista—. Solo necesitamos algo de información.

—¿Así que me arrastraron aquí y me hicieron sentarme durante horas para poder hacerme preguntas? —Me sentía extra defensivo después de cómo me habían tratado—. ¿Y ahora esperan que hable?

—El oficial que te arrestó dijo que intentaron hablar contigo en la escena, pero no cooperaste.

—Entonces tu oficial arrestador tiene la cabeza metida en el trasero —escupí en respuesta—. Seis tipos tacleándome y gritando todos al mismo tiempo no me deja exactamente tiempo para responder.

—Señor Abaldon —suspiró el oficial, mirándome—. Le sugiero que coopere. En este momento, no tenemos motivos para presentar cargos, pero si continúa siendo difícil, me veré obligado a acusarlo de obstrucción a la justicia.

—¿Y si quiero un abogado?

—No hay necesidad de eso. Solo queremos que nos digas quién es el artista del grafiti enmascarado.

Se escuchó un resoplido desde el fondo de la habitación.

—Así es como se les llama, alcalde Anderson —suspiró el oficial nuevamente.

Miré hacia el traje barato, una sonrisa tirando de mis labios—. Ah... así que tú eres al que él odia.

—Le di un buen repaso, mostrando claramente el desdén en mi rostro—. ¿Cómo está tu casa?

—Pequeño bastardo...

—Alcalde Anderson —ladró el oficial, girando en su silla—. Se abstendrá de hablar, o haré que lo saquen. ¿Está entendido?

El alcalde gruñó por lo bajo, pero asintió en silencio.

—Ahora, señor Abaldon —dijo, volviéndose hacia mí—. ¿Qué sabe usted sobre este hombre?

—Tanto como usted —respondí, ajustando mi lenguaje corporal para mostrarme abierto y tranquilo—. Es un delincuente de poca monta que parece tener un comprensible desdén por este hombre. —Señalé hacia el alcalde—. Sus métodos no son los mejores, pero no puedo culparlo por su conclusión.

Otra mirada fulminante.

—Y después de ese obvio ataque falso a la casa del alcalde, puedo entender por qué estaba molesto.

—¿Ataque falso? —replicó el oficial—. ¿Qué quiere decir?

—¿Tiene fotos de los grafitis?

El oficial sacó varias fotos de su expediente y las extendió sobre la mesa.

—Estos fueron hechos por Monstera —dije, empujando todos excepto uno hacia la izquierda—. Se puede ver que las formas de las letras son las mismas y las elecciones estilísticas se mantienen consistentes. —Tomé la foto de la casa del alcalde y la llevé al otro lado—. Y esto parece que lo escribió un niño pequeño. No hay consistencia ni estilo en absoluto. Además, está en una casa privada, lo cual está fuera de carácter. Todos los demás grafitis fueron hechos en propiedades públicas o edificios comerciales.

—Usted sabe mucho sobre esto —dijo el oficial, sus ojos alternando entre los míos.

—Su amigo aquí ha estado difundiéndolo por todas las noticias desde que llegué a este pueblo —respondí—. Y mi hotel solo recibe canales locales, así que es todo lo que veo. Sin mencionar que trabajo para algunas de las personas más ricas del mundo, comprando sus casas de ensueño. Es mi trabajo notar todos los detalles.

El oficial asintió. —¿Cuál es el nombre del artista?

Señalé las fotos. —Monstera. Está justo ahí.

—Su nombre real.

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

—Usted habló con él. Por un buen rato. Lo tenemos todo en cámara.

—Sí, le estaba diciendo que no quemara la oficina del alcalde. —Miré hacia arriba—. De nada, por cierto.

—¿Qué le dijo él?

—Me dijo que odiaba al alcalde y que estaba cansado de todas las tonterías intolerantes que decía. —Apegarme a la verdad haría mi historia más creíble—. Fue acusado falsamente de hacer grafitis en su casa y luego acusado de ser un terrorista gay o algo así. Lo cual es completamente inventado, por cierto. No existe tal organización. En lo que a mí respecta, el alcalde debería estar agradecido de que no lo estén demandando por difamación. Podría costarle sus votos en las próximas elecciones.

Casi podía ver el vapor saliendo del alcalde mientras su rostro se oscurecía hasta un tono rojo intenso. Parecía que estaba a punto de estallar.

—Supongo que las cosas que decimos a veces tienen consecuencias.

—Entonces, ¿usted simpatiza con este artista? —preguntó el oficial, ignorando a su contraparte—. ¿Cree que lo que hizo estuvo bien?

Me incliné sobre la mesa. —Si pensara eso, ¿por qué lo habría convencido de no quemar el lugar? —La expresión del oficial cambió, y supe que lo tenía—. Si ve las grabaciones de

seguridad, verá que no le gustó lo que le dije. —Señalé el desgarró en la pierna de mis pantalones—. Arruinó mi traje Armani.

—¿Usted llegó aquí el mismo día que ocurrió el primer ataque! —estalló de repente el alcalde—. ¿Cómo explica eso?!

—Estoy aquí por negocios para un cliente. Estoy comprando una mansión frente al lago para él. —Solté una pequeña risa solo para molestarlo—. Si va a acosar a alguien, sea más minucioso.

—Oh, fui minucioso —gruñó—. Lo suficiente para saber que eres un pequeño maricón de acogida que ha tenido un golpe de suerte. —Dio un paso adelante, golpeando las palmas sobre la mesa—. ¡Pero eso se puede quitar muy fácilmente cuando todos tus clientes se enteren de que te has estado asociando con un criminal conocido!

—Alcalde Anderson...

—¡Ahora dime dónde se fue, o arruinaré tu puta vida!

Me puse de pie, inclinándome lo suficientemente cerca para sentir la ira ardiente que irradiaba de él. —Se convirtió en hombre lobo y se escapó en la noche.

—Pedazo de mierda...

El alcalde tenía sus manos en las solapas de mi traje antes de que el oficial pudiera apartarlo. Gruñó y luchó, tratando de alcanzarme. Claramente, Monstera lo había llevado al borde de la locura. Que dos gays lo hubieran superado en inteligencia probablemente tampoco ayudaba.

—Quiero una copia de la grabación de seguridad de esta sala —dije en voz alta, enderezando mi chaqueta—. El alcalde Anderson claramente me atacó primero, y quiero que se le acuse de agresión.

—¡No te atreverías, maldita sea! —gritó.

—¡Alcalde Anderson! —ladró el oficial—. ¡Si no sale de esta habitación en este momento, lo arrestaré yo mismo!

El alcalde dejó de forcejear de inmediato. Tan pronto como el oficial lo soltó, se apartó de un empujón, tirando de su chaqueta arrugada en un vano intento de arreglarla. Tenía una mano en el pomo de la puerta antes de volverse hacia mí, con un dedo amenazador apuntando en mi dirección.

—Disfruta tu vida mientras puedas —gruñó—. Voy a arruinarte, maldita sea.

—Da lo mejor de ti, cariño —sonreí—. Tengo todo esto grabado, y no creo que a un juez en Nueva York le vaya a gustar mucho tu comportamiento.

Miró hacia la cámara en la esquina de la habitación, resopló y abrió la puerta de un tirón, marchándose sin decir una palabra. Se cerró suavemente detrás de él, dejando un largo momento de silencio a su paso.

—Puede irse —suspiró el oficial, recogiendo los papeles sobre el escritorio—. Y no tiene que preocuparse por el alcalde. No lo molestará.

—Me gustaría una copia de la grabación —respondí.

Parecía molesto, pero no discutió. —Llenaré los formularios.

Hora de cerrar el trato. —Y lamento no haber podido ayudar con su caso. Solo estaba dando un paseo cuando lo vi romper la ventana de la oficina del alcalde. Nunca lo había conocido antes de eso.

Me dirigí hacia la puerta.

—¿A qué vino todo eso del hombre lobo? —preguntó el oficial. Podía sentir su mirada en mi espalda—. Fue una elección bastante extraña.

No tenía sentido negarlo.

—No era mentira —respondí, volviéndome hacia él—. Lo vi transformarse en un hombre lobo.

El oficial frunció el ceño.

—¿No han recibido informes de un hombre desnudo corriendo por el pueblo?

—No...

—¿Y qué tal informes de un perro grande o un lobo?

Sus ojos se abrieron ligeramente, como si hubiera dado con algo que no debería haber sabido.

—Que tenga una buena noche, oficial.

Con eso, salí por la puerta hacia la comisaría para recoger mis pertenencias y volver a casa por fin.

Ya había tenido suficiente de este pueblo pequeño y sus tonterías.

Veintitrés: Eoin

Joder, la había cagado de verdad.

Habían pasado casi ocho horas desde que se habían llevado a Kent bajo custodia, y aún no había salido. Estaba sentado en el aparcamiento al otro lado de la calle frente a la comisaría, esperando a que lo soltaran. No podían arrestarlo, ¿verdad? Había hecho todo lo posible para que pareciera que no éramos amigos. Sin embargo, una revisión rápida de las cámaras de seguridad mostraría que éramos amistosos, pero al menos verían que él no fue quien arrojó el ladrillo. Además, Monstera seguía prófugo. No sabía mucho sobre la ley, pero no creía que pudieran retener a Kent indefinidamente como cebo o garantía. Al menos, eso esperaba.

Había estado sentado en el aparcamiento toda la noche, esperando atraparlo en el momento en que lo liberaran para poder disculparme. Observé cómo el gris temprano del amanecer llenaba el cielo. Los tonos rosados aparecieron lentamente en el horizonte, pero aún no había señales de él. Me sentía terrible. No solo lo habían arrestado por mi culpa, sino que me había visto transformarme. Hice contacto visual con él como lobo, y no había duda de la mirada de puro terror en su rostro. Probablemente era la peor manera en que podría haber compartido ese secreto en particular, pero no tenía elección. Ir a la cárcel no era una opción.

Pero podría haberme costado a Kent.

Pensé que tal vez si pudiera explicárselo, lo entendería. Después de todo, salir con un hombre lobo era perfectamente normal en mi mundo. Tal vez podría ver la lógica en eso. Sin embargo, primero tenía que lograr que me perdonara por mentir sobre Monstera y el lobo.

Tenía mucho por lo que disculparme.

Justo cuando el sol comenzaba a asomarse por el horizonte en el este, vi que la puerta principal de la comisaría se abría. Kent salió, aún vistiendo su traje manchado y arrugado. Me sentí culpable al instante. Lo había empujado al suelo con uno de sus trajes más caros. Probablemente estaba arruinado.

Observé cómo sacaba su teléfono, lo tocaba furiosamente y luego lo volvía a meter en su bolsillo. Miró arriba y abajo de la calle como si estuviera buscando un taxi o algo así. No es que fuera a encontrar uno. Incluso si su teléfono funcionaba, los pueblos pequeños como el mío no tenían Uber.

Respirando profundamente, puse el coche en marcha y salí del aparcamiento. Antes de que Kent pudiera alejarse demasiado, me detuve a su lado, bajando la ventanilla.

—Sube —dije, con la voz quebrada—. Te llevaré de vuelta al hotel.

—Vete a la mierda —espetó, acelerando el paso.

Lo sabía.

—Kent, por favor —supliqué, manteniéndome a su ritmo—. Tenemos que hablar. Y el hotel está como a ocho kilómetros. Tu traje ya está hecho un desastre; no arruines también los zapatos.

Me lanzó una mirada fulminante antes de soltar un gran suspiro. —Está bien. —Dirigiéndose hacia el frente del coche, abrió bruscamente la puerta del pasajero y se arrojó en el asiento—. Pero no me hables, joder. —Hizo una pausa, mirándome de arriba abajo—. Y no me toques. No

sé si lo que tienes es contagioso.

La ansiedad floreció en mi pecho. Realmente lo sabía todo.

—No lo es —respondí en voz baja, pisando el acelerador—. Al menos no sin mucho trabajo.

—¿Tengo que preocuparme por convertirme en un monstruo en la próxima luna llena, considerando lo que te he dejado hacerme?

Negué con la cabeza. —No. No se transmite de esa manera.

—Bien.

Un silencio pétreo llenó el coche. El aura helada que emanaba Kent me erizaba la piel, el lobo dentro de mí apenas podía lidiar con el repentino rechazo. Sentí un gemido tirando de mis cuerdas vocales, pero lo tragué. Necesitaba hablar con Kent, no hacerlo sentir culpable.

—Mira... sé que no quieres hablar.

—Tienes razón.

—Pero necesitamos hacerlo.

—Una mierda necesitamos.

—No he sido completamente honesto contigo.

Se rio de eso. —¿Tú crees, Eoin? ¿O debería llamarte Monstera? ¿O tienes algún nombre de hombre lobo que tampoco conozco?

—¿Cuánto... cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Lo del lobo lo descubrí anoche. Gracias por soltarme esa bomba mientras dejabas que me taclearan y me arrestaran los policías.

—No pensé que te arrestarían.

—Claro. Solo me encuentran en la escena del crimen y te ven huyendo. Realmente me iban a dejar ir después de eso.

—Pero... ahora estás libre.

—No gracias a ti —gruñó—. La única razón por la que me dejaron ir es porque el Alcalde es un maldito idiota.

El lobo se erizó. —¿Qué hizo?

—Nada que no pudiera manejar por mi cuenta —respondió Kent—. No necesito tu ayuda para lidiar con mis problemas. Soy perfectamente capaz.

—Más le vale no haberte tocado...

—¡No es asunto tuyo, Eoin! ¡No necesito tu maldita protección!

Si hubiera sido un lobo en ese momento, mi cola habría estado metida entre mis patas. Todos siempre hablaban de lo maravilloso que era tener una pareja. Pero nadie hablaba de lo mal que se sentía que estuvieran enojados contigo.

—¿C-Cuánto tiempo hace que sabes lo de Monstera?

—Desde aquella noche que fui a tu apartamento.

—¿Qué me delató?

—Tienes un tatuaje de media luna en la cadera. Lo vi cuando nosotros... —Hizo una pausa—. Y me llamaste cariño.

—Mierda...

—Si yo lo descubrí, es solo cuestión de tiempo antes de que la policía llame a tu puerta. No fuiste precisamente cuidadoso.

—¿Lo saben?

Dejó escapar un largo suspiro. —No. No tienen idea de quién es realmente Monstera.

Asentí. —Bien. De todos modos, se está retirando.

Continuamos por la carretera, girando a la izquierda hacia el extremo más alejado del pueblo

donde se encontraba el hotel de Kent. Quería ir más despacio, para prolongar nuestro tiempo juntos, pero no quería arriesgarme a enfadarlo aún más.

Era tan difícil no estirar la mano sobre la consola y ponerla sobre la rodilla de Kent. Quería tocarlo, besarlo, demostrarle que me sentía terrible por lo que había sucedido. Pero aún me importaba. Demonios, incluso podría... amarlo.

—Estás mucho más tranquilo de lo que esperaba sobre lo del lobo. La mayoría de los humanos no lo toman muy bien.

—Camino por Manhattan a diario, Eoin —se burló—. Un hombre lobo ni siquiera entra en el top diez de las cosas más aterradoras que he visto, créeme. —Hizo una pausa por un momento—. ¿Hay más como tú?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Al menos doscientos en mi antigua manada.

—¿Van a perseguirme cuando me vaya?

—No... no harían eso... —De repente, mi corazón se hundió—. Espera, ¿te vas?

—¿Qué otra cosa podría hacer?

—Yo... pensé que te ibas a quedar.

Se rio. —Claro. Definitivamente me voy a quedar después de que me hicieras arrestar y descubriera que me has estado mintiendo desde el momento en que te conocí. No seas idiota.

Entramos en el estacionamiento del hotel y puse el coche en punto muerto. Esta era mi última oportunidad para decirle cómo me sentía, para explicarle por qué había hecho las cosas que hice.

—Kent, eres mi... mi pareja.

Su mano se detuvo en la manija de la puerta mientras se volvía para mirarme.

—Creo que te amo.

Me miró fijamente durante un largo momento, sin que sus facciones se suavizaran nunca.

—¿De verdad crees que eso va a funcionar conmigo? —preguntó finalmente—. He pasado toda mi vida con personas que me usaron para conseguir lo que querían. Y sé cuándo alguien está mintiendo.

—¡No estoy mintiendo. Lo juro!

—¿Sí? ¿Cómo llamas entonces a las últimas dos semanas? ¿A todas esas cosas que simplemente no me dijiste?

—Tenía miedo de que no te gustaría o que ni siquiera me dieras una oportunidad. Que te irías corriendo si te decía la verdad.

—Me gustas, Eoin —suspiró, suavizando por fin sus facciones—. Pero ahora no puedo confiar en ti, y no le entregaré mi corazón a alguien en quien no puedo confiar.

Abrió la puerta y salió del coche, cerrándola de golpe detrás de él. Mi corazón se hundió mientras lo veía caminar a través de las puertas principales del hotel, sabiendo que nunca más lo volvería a ver.

En el lapso de dos semanas, había logrado encontrar a mi pareja, enamorarme de él y luego perderlo para siempre.

Y no estaba seguro de poder perdonarme nunca por eso.

Veinticuatro: Eoin

Mis patas golpeaban la tierra fría mientras corría por el bosque, levantando hojas húmedas a mi paso. Habían pasado tres días desde que Kent se fue, y había pasado casi cada minuto como lobo en un intento desesperado por escapar de mis propios pensamientos. Por supuesto, algunos de ellos lograron seguirme en forma de lobo. Sin embargo, el cerebro de lobo era más fácil de distraer, especialmente en el bosque.

Durante los últimos tres días, había estado acechando a todo animal imaginable solo para mantener mi mente alejada de mi vida. Encontré una madriguera de conejos, al menos una docena de ciervos, un puercoespín enojado y un zorrillo muy malo que me persiguió hasta el estacionamiento. No hace falta decir que me mantenía ocupado.

Pero no podía permanecer transformado todo el día. Cuanto más tiempo estaba en forma de lobo, más se me escapaba la vida. Todavía tenía un trabajo, clientes y ventas que hacer si alguna vez quería abrir mi tienda de arte en primavera. No es que hubiera estado pintando últimamente. La idea de coger una lata o un pincel me ponía los dientes de punta. Todo lo que podía pensar era en cómo había logrado que arrestaran a Kent y lo había alejado debido a mi creatividad.

Las noticias sobre la oficina del Alcalde seguían ardiendo, aunque las evitaba tanto como fuera posible. Silencié cualquier notificación de noticias locales y evité la radio a toda costa. La verdad era que, después de gastar toda esa energía enojándome e intentando vengarme del Alcalde, nada de eso importaba realmente una vez que había perdido a Kent. Claro, no me gustaba lo que ese imbécil estaba diciendo, pero Kent era mucho más importante.

No es que volviera a verlo jamás.

Y estamos cayendo en espiral de nuevo...

Sacudí la cabeza, mis orejas puntiagudas golpeando contra los lados de mi cara. El aire frío se deslizó bajo mi pelaje, enviando un escalofrío por mi espalda. El clima había dado un giro en los últimos días, y más de una vez había encontrado indicios de escarcha en el suelo cuando salía a correr en las primeras horas de la mañana. El invierno no estaba lejos, y aunque había encontrado a mi pareja, parecía que lo pasaría solo.

Resoplando mientras daba la vuelta a una esquina, corrí por el sendero entre los árboles. Se estaba haciendo tarde, y no había comido en todo el día. Si quería evitar tener el estómago lleno de carne cruda de animal, algo que a mi lado humano no le gustaba, necesitaba volver a la ciudad. Afortunadamente, el estacionamiento no estaba lejos.

Cuando salí de entre los árboles, suspiré aliviado al ver el estacionamiento vacío. En lugar de transformarme dentro del bosque como solía hacer, me acerqué primero al coche. Saltando, puse mis patas delanteras en el capó y comencé a cambiar. Tardé unos segundos más de lo habitual. Había estado transformado durante unas horas, y mis extremidades estaban rígidas de correr todo el día. Pero cuando mi pelaje se deritió y mis huesos volvieron a su posición normal, solté un largo suspiro. En el momento en que volví a ser humano, los pensamientos inundaron mi cerebro una vez más.

—Comida —me recordé en voz alta, sin querer lidiar con mi crisis personal en ese momento—.

Come ahora, lámentate después.

Alcanzando bajo el hueco de la rueda delantera del conductor, saqué las llaves que había escondido y entré. Ya estaba temblando cuando me puse un par de pantalones cortos de gimnasia y una sudadera con capucha. A veces, deseaba tener pelaje como humano, pero no parecía poder crecer mucho vello corporal. Aun así, tenía más que Kent. No sé cómo se mantenía caliente, depilándose todo el cuerpo de esa manera.

Kent...

Poniendo los ojos en blanco y refunfuñando por lo bajo, me dejé caer en el asiento del conductor y cerré la puerta. Tan pronto como arranqué el coche y encendí la calefacción, agarré mi teléfono, tratando de decidir con qué quería atragantarme esa noche.

Probablemente sería comida china o una cantidad ridícula de tacos.

Pero cuando desbloqueé mi teléfono, vi que había un mensaje esperándome de Hunter. En el momento en que lo leí, mis hombros se desplomaron hacia adelante y sentí que todo el aire abandonaba mi cuerpo.

Hunter: ¡Hola! ¿Cómo van las cosas con el chico nuevo?

Nunca se me había ocurrido que tendría que explicarle a alguien lo que había pasado entre Kent y yo. Lo último que quería hacer era hablar de ello, pero conocía a Hunter. No se rendía fácilmente.

Respirando hondo, comencé a escribir.

Yo: Se acabó. Volvió a casa.

Hunter: ¡¿¿¿QUÉ???!!! ¡¿Qué hiciste?!

*Yo: ¿Qué quieres decir con qué hice *yo*? ¿Por qué asumes que fui yo?*

Hunter: Tus secretos te alcanzaron, ¿no es así?

Me quedé sentado allí por un largo momento, queriendo decirle que estaba equivocado, que todo era culpa de Kent. Pero no pude mentirle. Después de todo, mentir era la razón por la que estaba en este aprieto para empezar.

Yo: Sí... lo hicieron

Hunter: Deberíamos reunirnos y hablar de ello. Pensabas que era tu pareja. Debes estar sufriendo.

Yo: No puedo ahora mismo. Necesito comer e irme a la cama. Gran reunión con un cliente mañana

Eso era mentira, pero simplemente no estaba listo para hablar todavía. El dolor aún era demasiado reciente.

Hunter: Bien, no he comido. Me reuniré contigo donde sea que vayas.

Sin embargo, parecía que no iba a tener elección en el asunto.



Media hora después, estaba sentado en un destartado bufé chino con Hunter frente a mí. Ambos ya habíamos cogido comida, y el aroma de las salsas sabrosas ahogaba todas las demás sensaciones. Se me hacía la boca agua, pero no estaba seguro de poder comer. Hunter, sin embargo, agarró sus palillos y comenzó a engullir.

—Así que se enteró, ¿eh? —preguntó, masticando un trozo bastante grande de brócoli.

—¿Vamos a entrar directamente en el tema? —refunfuñé—. ¿Sin cortesías?

—Vale —dijo, tragando—. ¿Cómo estás, Eoin?

Le lancé una mirada fulminante. Sabía la respuesta.

—Bueno, eso ya está resuelto —replicó—. Ahora cuéntame qué pasó.

Hice todo lo posible por no salir de allí en ese mismo instante. No quería hablar de ello. El solo pensar en Kent era más doloroso de lo que podía imaginar. Pero sentarme allí y soltar todo lo que había sucedido... Eso parecía imposible.

—S-Se enteró —dije al fin, pinchando un trozo de pollo con el tenedor—. Fin de la historia.

—Patrañas. Cuéntame qué pasó.

—No quiero.

Hunter se inclinó sobre la mesa, apuntándome con los palillos a la cara. —Probablemente sea mejor que se haya ido. Mira lo terco que estás siendo.

—¡No estoy siendo terco!

—Entonces cuéntame qué pasó.

Dejé caer el tenedor en el plato, golpeando la mesa con las palmas. —Vale. Iba a quemar la maldita oficina del alcalde y él vino a detenerme.

—Quizás no deberías decir esa parte tan alto...

—Querías saberlo, así que esto es lo que vas a obtener —gruñí—. Cuando me escapé, Kent me vio transformarme. Luego lo arrestaron. Me quedé fuera de la comisaría toda la noche en mi coche esperándolo, y cuando finalmente salió, me dijo que había sabido quién era yo todo el tiempo.

—¿Y la parte del lobo?

—Completamente impasible. —Me crucé de brazos y miré por la ventana—. Al parecer, Manhattan es un infierno lleno de gente rara.

—¿Y se fue?

—Sí. Voló de vuelta a casa hace tres días. —Le lancé una mirada fulminante, completamente irritado con toda la situación—. Ahí tienes. Ya conoces la historia. ¿Contento?

Hunterladeó la cabeza. —¿Fuiste igual de agradable con él cuando te confrontó?

—¡No! —Hice una pausa, dándome cuenta de que varias personas en el restaurante nos estaban mirando ahora. Respiré hondo y exhalé lentamente para calmar mis nervios—. No. Intenté explicarme, y él no quiso escuchar. Dijo que ya no confiaba en mí y que se iba a casa. Incluso después de que le dijera que lo amaba.

—Uf.

Fruncí el ceño. —¿Uf? ¿Qué coño significa eso?

—Quiero decir que no podrías haber elegido un peor momento para decirle eso —respondió Hunter—. Ese era tu momento para disculparte, para suplicar si era necesario. Pero en su lugar, intentaste soltarle una frase de película de Hallmark, y no salió bien.

—¡De verdad lo amo!

—Está bien —suspiró Hunter—. Pero él estaba herido y molesto. Admitirle eso en ese momento suena más a chantaje emocional que a una declaración de amor.

—¿Que yo lo ame lo hizo sentir culpable? Eso no tiene ningún sentido.

—Piénsalo, Eoin —dijo, ignorando mi irritación—. ¿Cuántas veces alguien en tu vida ha intentado usar el amor para manipularte y conseguir lo que quiere?

Más veces de las que podía contar, pero no quería admitir que tenía razón.

—Y si él y tú sois tan parecidos como dices, es probable que a él le haya pasado lo mismo. Quizás mucho. —Hunter se encogió de hombros, dando otro bocado—. Irse era la única forma de asegurarse de que no estaba siendo manipulado.

—¡Pero yo nunca lo manipularía!

—Eso es genial —dijo Hunter—. Ahora recuerda que has estado mintiéndole durante semanas y mira si puedes culparlo por su reacción.

Me recosté en mi asiento con un resoplido. Si había algo que odiaba más que nada, era estar equivocado. Pero mientras miraba por la ventana las hileras de farolas que serpenteaban por la calle, me di cuenta de que odiaba mucho más estar sin Kent.

—¿Qué debería hacer entonces... —suspiré, apartando mi plato—. No es como si pudiera simplemente volar a Nueva York y traerlo.

—¿No puedes?

Miré fijamente a Hunter, viéndolo devorar un pincho de pollo teriyaki.

—Porque la última vez que oí, tenías bastante dinero guardado, y los billetes de avión son baratos comparados con tus materiales de arte.

En menos de un segundo, estaba fuera del reservado, echándome la chaqueta sobre el hombro. —Tengo que irme.

—Yo me encargo de la cuenta —gritó Hunter mientras yo salía disparado por la puerta, dejando mi plato lleno en la mesa.

Tenía un avión que coger.

Veinticinco: Kent

Habían pasado cuatro días desde que volé de Michigan y llegué a casa. El apartamento estaba tal como lo recordaba, pero quizás con un poco más de polvo. Esperaba sentir alivio al estar por fin en casa, pero todo lo que sentía era frío. No había vida en ese apartamento, ni amor, y definitivamente no estaba Eoin.

Mi pecho se sintió vacío en el momento en que me alejé de él, pero pasaría con el tiempo. Me había gustado, quizás incluso más que eso. Sin embargo, eso no significaba que pudiera perdonar lo que había hecho. Si la vida me había enseñado algo, era que dar segundas oportunidades a las personas era una buena manera de que te rompieran el corazón. Aunque, en este caso, parecía que eso era lo que iba a conseguir de todos modos.

No solo eso, sino que también había perdido mi venta. No había tenido la energía para llamar a mi cliente y hacerle saber que no pude encontrar nada. De hecho, había estado evitando mi teléfono a propósito en caso de que Eoin intentara comunicarse. Perder esta venta sería un golpe enorme para mi reputación, pero simplemente no podía hacer que me importara. Por mucho que no me gustaran los pueblos pequeños, pasar tiempo en uno resaltaba lo estresante que era la vida en la ciudad. Nueva York había perdido su encanto, y tal vez era hora de un cambio. Tenía suficiente dinero para ir a donde quisiera. Tal vez era hora de subir por la costa y ver qué podía encontrar.

Un cambio en mi vida sería agradable. Esperaba que me ayudara a olvidar todo lo que había sucedido en las últimas tres semanas, si es que eso era posible.

Con un profundo suspiro, eché las sábanas hacia atrás en la cama, balanceando mis piernas sobre el borde. Por mucho que quisiera sentarme y revolcarme en la autocompasión por el resto de mi vida, necesitaba salir y hacer algo. El café parecía un buen comienzo. Después de eso, tal vez podría empezar a buscar un nuevo lugar para construir mi vida. Había una buena posibilidad de que mi cliente insatisfecho me hiciera despedir de la agencia. Después de todo, él era fácilmente uno de los clientes más importantes en los libros y un amigo personal del dueño. Mientras buscaba un nuevo hogar, podría encontrar un nuevo trabajo al mismo tiempo.

Cruzando la habitación, abrí el armario, mirando la fila de costosos trajes que me provocaban. El que colgaba más cerca de mí todavía estaba manchado de la noche en que fui arrestado. Extendí la mano, pasando mis dedos por la tela arruinada. Solo mirarlo me hacía extrañarlo.

Con un resoplido, los aparté. Agarré una vieja sudadera con capucha y un par de jeans de un cajón sin usar. Era una sensación extraña ponérmelos, la tela de una textura diferente a la que estaba acostumbrado. Los jeans eran más ásperos de lo que esperaba, pero era agradable tener tanto espacio para moverse. Cuando me mudara, tal vez podría buscar un trabajo que me permitiera usar jeans todo el tiempo. De todos modos, estaba cansándome del mundo corporativo. Algo más relajado sería agradable.

Pero primero el café. Después de eso, podría llamar a mi cliente y ser despedido y empezar a planear una nueva vida.

Sin embargo, justo cuando me dirigía hacia la puerta principal, mi teléfono vibró en mi bolsillo.

Lo saqué, notando un mensaje de texto de mi cliente. Tomando un respiro profundo, me preparé para lo peor.

Cliente: Buenos días, Kent. Solo quería hacerte saber que recibí el papeleo. La casa se ve genial, y estoy muy satisfecho con tu trabajo. Me tuviste preocupado por un momento, pero ver la vista desde el porche delantero hace que la espera valga la pena. Firmaré todo y lo enviaré antes del final del día. Saludos

Miré fijamente mi teléfono, con la mandíbula caída. ¿De qué diablos estaba hablando? ¿Qué papeleo? No le había enviado nada.

Justo entonces, sonó un golpe en la puerta, sobresaltándome tanto que tuve que hacer malabares con mi teléfono para evitar que se cayera. Aún aturdido por el mensaje de mi cliente, me dirigí a la puerta y la abrí sin pensar. En el momento en que lo hice, mi teléfono cayó al suelo con estrépito.

—Hola —dijo Eoin, pateando la alfombra delgada fuera de mi puerta. Tenía círculos oscuros bajo los ojos y una mochila delgada sobre el hombro—. ¿Puedo... eh... pasar?

Me quedé allí por un largo momento, tratando de averiguar si estaba soñando o no. Finalmente, salí de mi estupor e hice todo lo posible por ocultar la alegría que sentí al verlo.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté, cruzando los brazos sobre mi pecho—. ¿Cómo descubriste dónde vivía?

—Llamé a tu oficina —respondió—. Les dije que lo necesitaba para algunos papeles.

—¿Y qué? ¿Esperas que te perdone solo porque volaste hasta aquí para verme? ¿Después de tres malditos días?

Eoin se encogió sobre sí mismo, viéndose cada vez más incómodo por momento.

—No. No espero que me perdones.

Lo miré fijamente por un largo momento, sorprendido por su respuesta.

—¿Qué quieres entonces?

—Hablar. Si podemos, prometo que no tomaré mucho de tu tiempo.

Inclinándome, recuperé mi teléfono y empujé la puerta para abrirla.

—Vamos entonces —refunfuñé—. Terminemos con esto.

Eoin se deslizó past mí hacia mi apartamento, manteniendo la cabeza baja. Parecía un cachorro pateado, lo cual era algo adorable. Considerando que era un hombre lobo, parecía apropiado. Pero aparté el pensamiento de mi mente y le di un empujón a la puerta. En este momento, necesitaba mantenerme fuerte. Me había mentido sobre muchas cosas, y eso no estaba bien. La única razón por la que lo dejé entrar en primer lugar fue porque me había tomado por sorpresa. Se sentía mal rechazarlo cuando obviamente había estado despierto toda la noche viajando.

—¿Cómo estuvo tu vuelo? —pregunté, dirigiéndome hacia la cocina para hacer café ya que no iba a salir esta mañana—. Debe haber sido un vuelo nocturno por cómo te ves.

—Conduje hasta aquí.

Me giré sobre mis talones.

—¿Qué?

—No había un vuelo que saliera cerca de mí hasta mañana —respondió Eoin, todavía mirando al suelo—. Así que conduje hasta aquí.

—¡Eso debe ser como... diez horas o algo así!

—Casi catorce, gracias al tráfico y las paradas en el camino.

No sabía qué decir. Que alguien tomara un vuelo de dos horas era una cosa, pero ¿conducir toda la noche sin parar? Eso requería cierta dedicación. Luego, que él apareciera y dijera que solo necesitaba hablar conmigo por un momento...

—¿Quieres una taza de café? —ofrecí, pensando que era lo mínimo que podía hacer después de que hubiera venido todo este camino.

—Si no es mucha molestia.

—No lo es —respondí mientras sacaba dos tazas del armario antes de poner una cápsula en la máquina. Presioné un botón para encenderla y me di la vuelta, apoyándome contra la encimera—. Siéntate —dije, señalando los taburetes al otro lado de la isla—. Dijiste que tenías algo que decirme.

Eoin dejó su mochila en el suelo y tomó asiento. Me miró solo por un momento antes de agachar la cabeza una vez más.

—Yo... quería venir aquí y disculparme contigo. Sinceramente.

—¿Ah sí? ¿Acaso la última no fue sincera?

Suspiró. —Lo fue, pero no estaba pensando con claridad. Habían pasado muchas cosas y no sabía qué hacer. Y... bueno... pensé que tenía más tiempo.

La primera taza estaba llena, así que la cambié por la otra antes de empujarla por la encimera hacia Eoin. Coloqué una botella de crema junto a ella, pero él no la tocó. En su lugar, sostuvo la taza caliente entre sus manos mientras el vapor se elevaba frente a él.

—Gracias —dijo, y se tomó un momento antes de continuar—. No esperaba que te fueras, pero cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que fui estúpido al creer que harías otra cosa. No debí haberte ocultado secretos.

Yo estaba de espaldas a él, observando cómo se llenaba la otra taza. Una parte de mí quería decirle que entendía por qué lo había hecho, pero quería escuchar primero lo que tenía que decir.

—Debí haberte contado sobre Monstera desde el principio. Es una excusa, pero cuando te vi aquella primera noche, pensé que nunca te volvería a ver. Y cuando te encontré al día siguiente en la oficina, me sentí eufórico pero también aterrado. Llevabas trajes caros y eres tan seguro de ti mismo. Pensé que me entregarías en cuanto descubrieras quién era, así que intenté ocultarlo.

Tenía razón, por supuesto. Si hubiera descubierto quién era ese primer día, lo habría entregado por la recompensa sin dudar.

—Y en cuanto al lobo... eso es realmente complicado —me miró, con esos ojos azules llenos de vergüenza—. Iba a contártelo... eventualmente.

—¿Cuándo? ¿Después de que hubiéramos estado juntos durante años o antes de que te convirtieras en un monstruo en la primera luna llena?

—Solo los Alfas se convierten en monstruos, y eso solo en ocasiones extremadamente raras.

—¿Entonces tú no eres un Alfa?

Negó con la cabeza. —No. Es algo de linaje, y el mío no es especial —tomó otro sorbo—. Pero quería decírtelo, de verdad. Es solo que... los humanos no suelen reaccionar bien a ese tipo de cosas. Hay una razón por la que es ilegal para nosotros emparejarnos fuera de la manada.

—¿Es ilegal?

—Bueno, en algunas manadas. Lo era para mí, pero ya no. Me estoy uniendo a una manada diferente.

—¿Puedes hacer eso?

Asintió. —Y los lobos de mi nueva manada todos tienen parejas humanas.

—¿Qué es eso de "pareja" de lo que sigues hablando? Suena un poco posesivo.

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—Es como almas gemelas, supongo. Los lobos pueden salir y tener relaciones con cualquiera, pero si tienes suerte, aparece alguien especial que te impacta de manera diferente. En el momento

en que los tocas, es como si explotaran fuegos artificiales dentro de tu cuerpo. Las historias de la manada nos harían creer que es el destino, nuestra alma gemela enviada por la diosa luna. No estoy seguro de si eso es cierto, pero sé que tú eres mi pareja. Puedo sentirlo cada vez que me tocas. Y tu aroma es embriagador.

—Compro buena colonia, eso es todo.

Negó con la cabeza. —No. No es eso. Puedo olerla, pero este es tu aroma.

Sentí curiosidad. —¿A qué huelo?

Respirando profundamente, Eoin cerró los ojos, una sonrisa se extendió por sus labios. —Como cuero en un día cálido y soleado y flores silvestres. Es dulce y terroso y perfecto al mismo tiempo —parpadeó varias veces, sacudiendo la cabeza—. Lo siento.

La forma en que hablaba de mí hizo que mi corazón latiera con fuerza.

—He oído que los humanos pueden sentir el vínculo de pareja, pero es diferente para ellos. De todos modos, no quiero que pienses que tienes que estar conmigo por eso. Solo quería explicarte un poco lo del lobo. No era que no quisiera contártelo. Es solo que pone a toda nuestra comunidad en peligro si lo comparto con la persona equivocada. Tenía que estar seguro.

—¿Entonces por qué me lo cuentas ahora?

—Porque —dijo en voz baja—, confío en ti. Y sé que no harás nada para lastimarnos.

Lo miré en silencio durante un largo momento, mi corazón latiendo rápidamente mientras sus palabras se hundían en mí.

—En fin —dijo, apartando su taza—. Probablemente debería dejarte solo —se levantó de la isla y agarró su mochila una vez más. Rebuscando en su interior, sacó una carpeta de manila llena de papeles—. Esto es para ti, por cierto. Pensé que querías una copia para más tarde.

La carpeta tenía el logo de la agencia inmobiliaria en el frente. La acerqué y la abrí. Eran los documentos de la casa de mi cliente, los que actualmente estaba en proceso de firmar.

—¿Por qué hiciste esto? —pregunté, mirando fijamente esos ojos azules—. ¿Por qué te molestaste en ayudarme?

—Quería hacerlo —se encogió de hombros—. Y porque, aunque sé que las cosas no funcionaron entre nosotros, aún quiero que seas feliz. Te importa mucho tu trabajo, y estabas atrasado por mi culpa. Así que hice algunas llamadas y lo terminé.

—¿Cómo?

—La familia que es dueña de esa casa es parte de mi antigua manada. Fui a la escuela con su hija y todavía tenía su número. Ella le pasó el teléfono directamente a su padre.

Tomé la hoja superior, mis ojos se abrieron de par en par cuando vi el precio de venta.

—¿Tú... tú sabes cuánta comisión vale esto?

—No —dijo, cerrando su mochila—. Pero sé que lo querías. Así que, por favor, tómallo como parte de mi disculpa —se echó la mochila al hombro—. Y por favor, ten una buena vida, ¿de acuerdo? Eso es lo que más quiero para ti.

Me quedé allí en un silencio confuso mientras él se dirigía a la puerta. Mis pensamientos corrían y mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Eoin estaba a punto de salir de mi vida para siempre. ¿Iba a permitirlo? Claro, me había mentido sobre quién era, pero nunca mintió sobre lo que sentía. Durante todo este tiempo, no me había mostrado más que amabilidad y comprensión, sin importar cuán frustrado o idiota me estuviera comportando.

Pero, ¿era eso suficiente? ¿Podría salir con un hombre lobo? ¿Sería seguro? ¿Qué significaba eso en términos de una relación?

No tenía respuestas, pero cuando escuché la puerta abrirse, supe que solo tenía una opción.

—Eoin —llamé, dejando los papeles sobre el mostrador.

Corrí hacia la esquina y lo encontré allí, a horcajadas en el umbral. Por un momento, me quedé en silencio, con las manos temblorosas mientras trataba de formar las tres palabras que tan desesperadamente quería decir.

—Yo... Aún estoy enojado contigo por no habérmelo dicho —dije al fin, viendo cómo la culpa coloreaba su expresión una vez más—. Y no me gusta que seas un poco delincuente. —Era doloroso verlo tan abatido—. Pero, y esto es un gran pero, no sé si quiero que te vayas.

Levantó la mirada hacia mí, con el ceño fruncido.

—No sé lo que significa salir con un hombre lobo o un artista del grafiti o lo que sea que puedas ser. Pero yo... quiero... intentarlo.

—¿En serio?

—Sí. Porque... —Tomé una respiración profunda—. Porque creo que estoy enamorado de ti.

La confusión en su rostro se derritió en euforia. Sus músculos se crisparon mientras luchaba por mantenerse en su lugar. Si hubiera seguido su impulso, podría haberme tacleado allí mismo.

—Yo también te amo —respondió suavemente—. Y te prometo que lo del lobo no se volverá demasiado extraño. Solo que a veces podría ser un perro.

Sonreí. —He salido con algunos perros antes, así que supongo que esto no será muy diferente.

Eso lo hizo reír. —¿Puedo... puedo besarte?

Asentí. —Por favor.

Con eso, corrió a través de la habitación, dejando la puerta completamente abierta, y me levantó en sus brazos. Antes de darme cuenta, me estaba haciendo girar. De repente, era mucho más fuerte de lo que esperaba. Tan pronto como mis pies tocaron el suelo de nuevo, sus labios se presionaron contra los míos, y la electricidad inundó mi cuerpo.

No tenía idea de cuánto tiempo estuvimos unidos, pero para cuando se apartó, yo estaba sin aliento de felicidad.

—Solo hay una pregunta —dijo.

—¿Cuál es?

—¿Dónde vamos a vivir?

Miré alrededor de mi apartamento, sabiendo que nunca me había sentido realmente en casa allí.

—Creo que estoy listo para volver a la vida en un pueblo pequeño.

Sonrió tan ampliamente que pensé que se haría daño, su cuerpo vibrando positivamente bajo mi tacto.

—Supongo que entonces necesitamos encontrar un lugar más grande.

—Creo que conozco a un agente con el que podemos trabajar.

Me atrajo hacia sí, sus dedos trazando mi espalda baja hasta mi trasero. —He oído que es bastante bueno.

No pude evitar mordirme el labio inferior. —Ya veremos.

Epílogo: Kent

Seis meses después

El cálido sol se filtraba por el parabrisas de mi SUV mientras me inclinaba hacia adelante para subir el volumen de la radio.

—El alcalde Anderson renunció hoy después de que un video se volviera viral en línea la semana pasada. El video supuestamente muestra al Sr. Anderson entrando en una conocida casa de baños donde tienen lugar actividades para adultos. La declaración oficial del Sr. Anderson indicó que deja su cargo para enfocarse más en su vida familiar. Sin embargo, el propietario de la casa de baños confirmó que el Sr. Anderson era un cliente habitual y que su establecimiento atiende exclusivamente a hombres. Muchos se han preguntado qué podría significar esto para la plataforma política del Sr. Anderson en el futuro. Fuentes locales también han confirmado que la esposa del Sr. Anderson solicitó el divorcio el lunes.

No pude evitar sonreír mientras bajaba el volumen. Eoin iba a estar eufórico. Después de todo lo que había sucedido el otoño pasado, se había sentido frustrado al ver que el alcalde continuaba con su caza de brujas. Sin embargo, gracias a mi consejo, Eoin se puso en contacto con otros lobos que conocía para que estuvieran atentos al alcalde y a cualquier cosa que pudiera hacer que a sus electores no les gustaría. Finalmente, recibió un soplo sobre cierta casa de baños y, en menos de un mes, tenía un video del alcalde entrando.

Al final, fui yo quien lo animó a publicarlo a través de una cuenta anónima. Después de eso, solo fue cuestión de enviar el enlace a las estaciones de noticias locales, y ellas hicieron nuestro trabajo por nosotros. Por supuesto, no garantizaba que alguien igual de malo no ocupara su lugar, pero era un alivio por el momento. Y, si era completamente honesto, era una pequeña venganza por haberme amenazado en la comisaría aquel día.

Supuse que era difícil estar lleno de tanto autodesprecio como lo estaba el alcalde. Pero ahora estaba libre de su política y pronto estaría libre de su esposa. Tal vez finalmente aceptaría quién era y se convertiría en un mejor hombre. Era un sueño descabellado, sin duda, pero no quería que sufriera por el resto de su vida. Cuanto antes aceptara quién era, mejor estaría.

Y no podría haber llegado en mejor momento porque la galería de Eoin estaba programada para abrir en menos de una semana. La ciudad había sido difícil de tratar hasta hace poco, cuando todo nuestro papeleo final de repente se aprobó sin explicación. Tenía la sensación de que el alcalde había visto su arte y hecho la conexión, por lo que retenía nuestro papeleo a propósito. Pero ahora que se había ido, todo se aprobó sin fricción. Todo estaba listo para comenzar. Todo lo que teníamos que hacer era colgar las últimas piezas y abrir las puertas.

Al llegar al estacionamiento de la galería, aparqué cerca de la puerta y salí, asegurándome de tomar nuestros pedidos de café del portavasos. La campana tintineó sobre mi cabeza cuando entré. Eoin, como de costumbre, corría de un lado a otro como un pollo sin cabeza. Vi que estaba en el proceso de colgar una de sus pinturas más grandes de un lobo de color jengibre. Era un retrato de su primo Wyatt en forma de hombre lobo. No es que nadie más lo supiera. Wyatt era

un poco tonto en la vida real, pero su forma de lobo era bastante hermosa.

—El café está aquí —anuncié—. ¿Por qué no te tomas un descanso?

Eoin se detuvo, probablemente por primera vez desde esa mañana. —¡No puedo! ¡Tenemos tanto que hacer! ¡Este lugar ni siquiera está cerca de estar listo!

—Literalmente tienes tres cuadros por colgar, y yo me he encargado del resto.

—Pero tenemos que revisar las listas y la comida para catering de la inauguración y...

—Ya me he encargado, Eoin —repetí, dándole una sonrisa comprensiva.

Era divertido verlo tan alterado, pero sabía que estaba aterrorizado. Comprensiblemente, ya que sus sueños dependían del éxito de esta galería, y ya había renunciado a su trabajo en la agencia. Quería que le fuera bien, y había hecho llamadas a mis amigos de Nueva York para asegurarme de ello. Pero incluso si algo saliera terriblemente mal, no teníamos nada de qué preocuparnos. Esa última venta que Eoin cerró para mí nos generó suficiente dinero para durar años en este pequeño pueblo. De hecho, tenía una sorpresa para él.

—Ven —dije, poniendo mi mano en su hombro y guiándolo hacia la parte trasera de la galería—. ¿Por qué no te sientas y te relajas un poco, de acuerdo? Además, tengo algo que decirte.

Nos dirigimos a la parte trasera, donde se habían colocado algunas sillas mullidas alrededor de una mesa de café. Eoin se sentó frente a mí, con su café humeante entre las manos. No estaba seguro de cómo soportaba beberlo negro todo el tiempo, pero esa era su pérdida. A mí me gustaba frío y dulce, como a todo buen hombre gay.

—Así que escuché algo sobre tu viejo amigo, el alcalde, en la radio durante nuestra carrera por el café.

—Joder... —suspiró—. ¿Qué hizo ese pedazo de mierda ahora?

No pude evitar sonreír. —Renunció.

—Tienes que estar bromeando...

—¡No! Renunció esta mañana, y aparentemente, su esposa solicitó el divorcio hace un par de días.

—¡Eso es increíble! Quiero decir... claro, me siento mal por su esposa que está envuelta en esto, pero ese tipo se lo merece. Imbécil.

—Aparentemente, negó que fuera él en el video.

—Por supuesto.

—Pero el dueño de la casa de baños confirmó que es miembro.

—Joder... —Eoin me miró con los ojos muy abiertos, una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro—. Dios mío, es como Navidad.

—Sé que estás feliz por esto, y estoy de acuerdo contigo. El tipo se lo merecía.

—¿Pero?

—Pero, recuerda que es como tú y yo. Y en lugar de aceptarse a sí mismo, eligió odiarse. —Levanté una mano para detener la réplica de Eoin—. Lo que hizo es inaceptable. Pero espero que, algún día, pueda llegar a términos con quién es y tal vez tener algo de felicidad en su vida. Eoin tomó otro sorbo de su café, sacudiendo la cabeza. —Eres una persona mucho más indulgente que yo. No sé cómo lo haces.

—No lo estoy perdonando. Pero no sé si alguien que se odia tanto a sí mismo merece sufrir más —tomé un sorbo de mi café—. En cualquier caso, todo eso ya pasó. La galería está aprobada y lista para funcionar, así que centrémonos en el futuro, ¿de acuerdo?

—Oh, Dios... eso me recuerda que tengo que revisar la lista de invitados otra vez.

Eoin empezó a levantarse de su silla, pero yo me estiré sobre la mesa y lo empujé de vuelta a su asiento.

—No. Vas a relajarte un poco —dije—. Has estado como loco durante semanas.

—Tengo cosas que hacer —espetó.

—No, no las tienes —le ladré de vuelta—. Y no me levantes la voz, o iré por el atomizador.

—No soy un perro.

—Entonces deja de actuar como uno.

Eoin me miró fijamente por un largo momento. —Eres difícil.

—Mírate al espejo.

Intentó levantarse de nuevo, pero lo empujé de vuelta. Dejando mi café en la mesa, rodeé la mesa y me agaché frente a él. —Relájate. Es una orden.

—No quiero.

—No tienes opción.

—Como si pudieras detenerme, cariño.

Extendí la mano, agarrando su entrepierna a través de los vaqueros. —¿Quieres apostar?

Lentamente se deslizó de vuelta a su silla, abriendo las piernas frente a mí. —Si lo querías tanto, solo tenías que decirlo.

Sentí cómo se endurecía bajo la tela. Claramente, tenía su atención. Miré por encima de mi hombro. Había una pared entre nosotros y el escaparate de cristal. Cualquiera podría entrar de la calle si quisiera, pero la idea de que nos atrapasen lo hacía aún más emocionante.

Sin soltar mi agarre, me incliné hacia adelante, mis labios rozando su cuello. —Siempre te deseo —susurré, mordisqueando el lóbulo de su oreja—. Así que deja de ser un terco y dame lo que necesito.

Un gruñido bajo surgió de su garganta. —Lo que quieras, cariño.

Me lancé sobre él en un instante, mis labios aplastados contra los suyos. Mientras tanto, mis manos buscaban desesperadamente la hebilla de su cinturón. Con un movimiento practicado, se soltó, el botón y la cremallera fáciles de abrir con una sola mano. Mis dedos se hundieron bajo su cintura, agarrando su firmeza, el calor llenándose de lujuria. Ya me había tomado esa mañana, pero no me importaba. Necesitaba que me llenara de nuevo.

Liberándolo, me sumergí entre sus piernas, su miembro ya presionado contra mi lengua. Un estallido de dulzura salada se extendió por mis papilas gustativas mientras lamía la gota de su hendidura. Era mi sabor favorito en todo el mundo. Abriendo la boca de par en par, tomé tanto como pude, casi ahogándome al llegar a la mitad.

—Mierda, bebé —arrulló, sus dedos enredándose en mi cabello—. Me encanta verte intentar tomarlo todo.

Era simplemente demasiado grande para caber todo en mi boca. Mi mandíbula dolía, solo llegando a la mitad, pero eso no me impidió intentarlo. No era un cobarde. Con una mano, bombeaba su eje, usando mi saliva como lubricante. Mientras tanto, mi lengua hacía una danza intrincada contra su carne palpitante. A juzgar por sus gemidos, seguía siendo genial, incluso si no podía tragarlo todo.

Con cada caricia, él embestía en mi boca, sus dedos agarrando mi cabello y tirando de mí hacia abajo. No pude evitar una pequeña risa. No importaba cuántas veces hiciéramos esto; seguía siendo tan ansioso como siempre. Pero me encantaba lo desesperadamente que me deseaba, incluso me necesitaba a veces. El sentimiento hacía que mi pecho se hinchara de calor, y mi miembro no se quedaba atrás.

Alcanzando con mi mano libre, desabroché el botón de mis vaqueros, bajando la cremallera para liberar mi miembro por fin. Sin decir palabra, me levanté, su miembro saliendo de mi boca con un sonoro pop. Quitándome los vaqueros, los tiré al suelo y me di la vuelta. Su grosor ya estaba

resbaladizo con saliva, justo como había planeado. Agarrándolo con una mano, lo apunté hacia mi túnel dolorido, la anticipación llenando mis sentidos.

—Joder... —respiró mientras me hundía en él, mi cuerpo aún listo después de nuestro encuentro de esa mañana—. Maldita sea, siempre se siente tan bien.

—Y tú siempre me llenas perfectamente.

No era mentira. Incluso después de meses de follar como conejos, todavía no podía tener suficiente de él. Su miembro era perfecto, grueso y lo suficientemente largo como para alcanzar todos mis puntos dulces. No solo eso, sino que ahora la sensación de ser uno con él era algo más. Me hacía sentir seguro, deseado y amado. ¿Despertar cada mañana junto a un hombre que no podía tener suficiente de mí? Bueno, ese era el sentimiento más maravilloso del mundo. Algo hermoso había florecido entre nosotros, y no podía negar que amaba cada momento de ello.

La mejor parte de despertar realmente era un gran miembro en tu trasero.

Pero ahora mismo, necesitaba fricción.

Con los brazos de Eoin envueltos alrededor de mi cintura, arqueé mi espalda baja, deslizándome hasta la punta de su vara antes de bajar suavemente hasta la empuñadura una vez más. Un gruñido bajo vibró a través de su pecho, llenando la habitación. El sonido hizo que mi piel se erizara, los pelos de mi nuca se pusieran de punta. Ese sonido significaba que era suyo, y así es como lo quería. Además, le encantaba cuando ordeñaba su miembro así. Yo marcaba el ritmo, y él no terminaba hasta que yo estuviera bien listo.

Sin embargo, eso no es cómo iba a ser hoy.

Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, Eoin me tiró hacia atrás hasta que prácticamente estaba sentado en su regazo. Luego metió sus manos bajo mis rodillas, forzándome contra su pecho con mis piernas extendidas en el aire. Con mis piernas forzadas a abrirse y sus dientes en mi cuello, estaba completamente bajo su control.

Y entonces comenzó a embestir.

—Oh, joder... —gemí, dándome cuenta de que no había escapatoria de esta prisión de éxtasis en la que me encontraba.

Esta era una posición nueva para mí, y en el momento en que comenzó, me encontré deseando que la hubiéramos estado haciendo desde el principio. Eoin me tenía atrapado, mis brazos y piernas inmovilizados por su fuerte agarre. Sus músculos se tensaban mientras me levantaba lo suficiente para asegurarse de tener espacio para mover sus caderas. En esta posición, podía enterrar cada centímetro de su grosor fácilmente, estirándome más de lo que jamás había experimentado.

Al mismo tiempo, encontré el nuevo ángulo casi abrumador. Su polla golpeaba mi próstata con fuerza en cada embestida, haciendo que el líquido preseminal brotara de mí a chorros mientras mi propio miembro se balanceaba libremente. Sus movimientos encontraban cada rincón de mi cuerpo, llenándome más de lo que jamás había sentido.

En cuestión de segundos, quedé reducido a nada más que un agujero necesitado. No podía hablar ni luchar ni hacer mucho más que recibir el placentero castigo que me estaba propinando. Y no lo querría de otra manera.

Pero no iba a durar mucho.

El calor ya se estaba acumulando en mi vientre, mi polla dura como una roca incluso sin poder tocarla. Quería aguantar, pero sabía que no podría contenerme. Además, las embestidas de Eoin ya se estaban volviendo erráticas, y tenía la sensación de que él también estaba al límite.

—¿Estás listo para que te preñe, cariño? —gruñó en mi oído, sus dientes mordisqueando mi piel. Asentí, todavía incapaz de hacer otra cosa que gemir mientras mis ojos se ponían en blanco.

No dijo otra palabra. En su lugar, sentí sus dientes clavarse en mi hombro, su ritmo adquiriendo un paso vertiginoso. Sus bolas golpeaban contra mi trasero mientras su polla machacaba mi agujero necesitado. El mundo a mi alrededor desapareció. No quedaba nada más que la sensación de él dentro de mí.

Estaba perdido.

Con un grito, Eoin se enterró hasta la empuñadura, su polla pulsando salvajemente. Un destello de calor llenó mi vientre mientras bombeaba su semilla dentro de mí. Era todo lo que necesitaba. Al mismo tiempo, mi propia polla palpitó y mi espalda se arqueó. Chorros calientes de semen se dispararon por el suelo y la mesa de café, cubriendo el papeleo en el que Eoin había estado trabajando.

Si no hubiera estado tan completamente exhausto, quizás me habría sentido mal. Pero estaba demasiado perdido en mi propio éxtasis como para notar mucho más en la habitación. Todo lo que existía en ese momento éramos Eoin y yo, nuestros orgasmos simultáneos desvaneciéndose lentamente mientras el mundo permanecía borroso y desenfocado a nuestro alrededor.

Después de un momento o dos, Eoin retiró suavemente su polla semierecta, su semilla derramándose por mis nalgas. En lugar de preocuparse por la silla, simplemente me giró de lado, acunándome en su regazo. Mi frente descansaba en el hueco de su cuello, ambos simplemente respirando juntos.

No estaba seguro de cuánto tiempo pasó, pero no me importaba. Allí, en sus brazos, era el lugar más seguro del mundo entero. El amor y la protección que sentía eran más de lo que jamás hubiera podido imaginar. Al principio, fue difícil acostumbrarse, después de haber tenido mis muros levantados durante tanto tiempo. Pero una vez que dejé que Eoin se acercara, derritió el hielo alrededor de mi corazón. Y cada vez que estábamos juntos así, me recordaba cómo esa elección cambió nuestras vidas para mejor.

Tal vez ahora era el momento de hacerlo aún más perfecto.

—Así que... nos compré una casa.

—¿QUÉ has hecho? —exclamó Eoin, su paz destrozada en un latido.

—No es para tanto —respondí, con una sonrisa de satisfacción curvando mis labios mientras lo acercaba más—. Solo un lugar para vivir y dejar de malgastar dinero en alquiler.

—¿Ni siquiera me dejaste ir a verla primero?

—¿Recuerdas que mi trabajo era crear casas perfectas para personas que no las verían hasta que estuvieran terminadas, verdad? —Le besé en el cuello—. Es perfecta. Te lo prometo. Y también incluí un estudio de pintura para ti. Tal vez tú y Aiden puedan pasar el rato allí y hacer cosas artísticas o algo así.

—¿Cuánto tiempo has estado trabajando en esto?

—El suficiente para hacerlo bien.

Eoin dejó escapar un largo suspiro, sus brazos apretándome con más fuerza—. No sé qué hice para merecerte, cariño.

—Lo mismo digo, cachorro.

Me agarró la barbilla entre el pulgar y el índice, depositando un suave beso en mis labios—. Te amo más que a nada.

—Yo también te amo, cielo.



¡Gracias por leer! Si disfrutaste el libro, por favor tómate un momento para dejar una calificación/reseña.

Siguiente en la serie: El Amor Prohibido de Hunter

Como el nuevo Beta de la manada, los humanos están estrictamente prohibidos. Pero cuando mi mejor amigo de la infancia aparece inesperadamente vistiendo solo una toalla, no puedo mantener mis manos lejos de él.

Logan

Han pasado casi quince años desde que pisé este pequeño pueblo, y nada ha cambiado. Entonces me topo de frente con mi mejor amigo de la infancia y no podría estar más feliz. Pero hay algo más en él ahora que no recuerdo. **Es fornido, encantador y tiene los ojos color avellana más hermosos que he visto jamás.** Sigue siendo tan **tontorrón** como lo recuerdo, pero me protege cuando unos borrachos locales intentan iniciar una pelea.

Ahora no puedo quitarle los ojos de encima.

Hunter

Ver a Logan de nuevo trajo tantos recuerdos y una oleada de sentimientos que no esperaba. Cuanto más lo miro, más me doy cuenta de que siento algo más que amistad hacia él. **Quiero abrazarlo, protegerlo y que todos sepan que es mío.** Pero nunca he salido con un hombre antes, y me aterra decirle la verdad. No soy el tipo más listo, así que probablemente lo estropearé. **Y está el hecho de que soy un hombre lobo y él es humano.** Exponer mi mundo podría ponerlo en peligro y costarme mi posición en la manada.

Pero vivir sin él suena como un destino peor que la muerte.

ADVERTENCIA: Este picante romance de cambiaformas lobo contiene giros sorprendentes, escenas de amor ardientes, descubrimiento de la homosexualidad, un alfa tontorrón, amigos de la infancia que se convierten en amantes, y un final feliz que te dejará sin palabras. Solo debe ser leído por aquellos a quienes les gustan sus hombres lobo candentes y sus chicos rotos recibiendo el amor que merecen.

Si deseas recibir actualizaciones de Blake sobre próximos lanzamientos, puedes unirte a su boletín en www.blakerwolfe.com

About The Author

Blake R. Wolfe



¡Obtén un LIBRO GRATIS al suscribirte a mi newsletter! blakerwolfe.com

Blake Wolfe ha adorado a los hombres lobo y los monstruos desde que era un niño y crecía en un pequeño pueblo rural. Ahora vive cerca de las orillas del lago Michigan con sus dos parejas y dos gatos a los que necesita alimentar cada tres segundos. Pasa la mayor parte de su tiempo caminando por el bosque cercano, pensando en la próxima gran historia de amor para sus lectores.